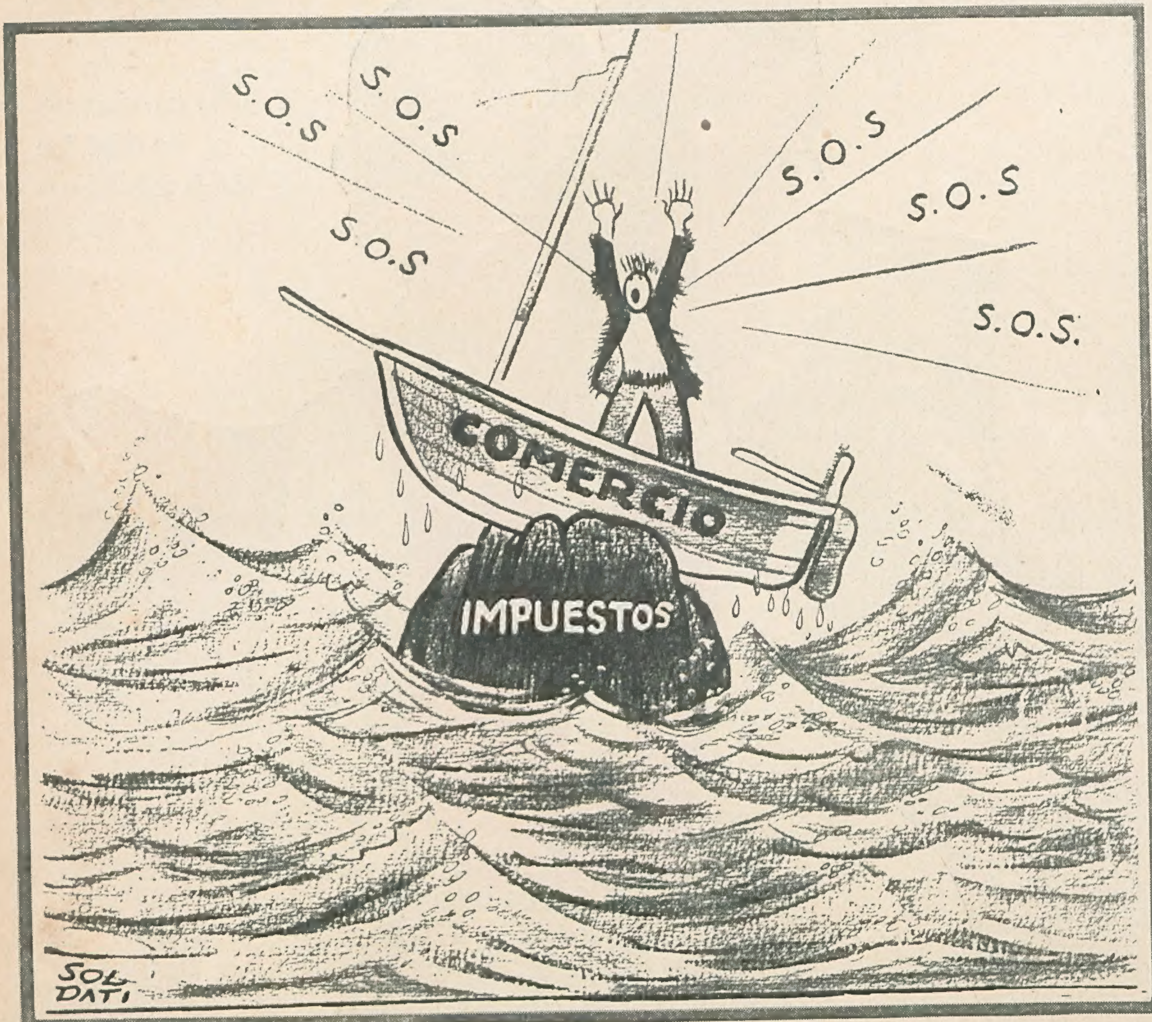


Mundo Argentino
20 centavos en toda la República
"Para rememorar sus días de la infancia, montaraz y dichosa, transcurrida a pleno sol, en el campo abierto, realizaron un corto paseo a caballo a través de los campos vecinos, pródigos en vegetación, y de las imponentes canteras, al pie de las sierras lejanas."
De la novela corta de ambiente nacional que se publica hoy:
LUNA DE MIEL
De
JOSE M. BRAÑA
En este número:
El legionario argentino que raptó a la favorita del Sultán

El espejo de la opinión pública en el país y en el extranjero



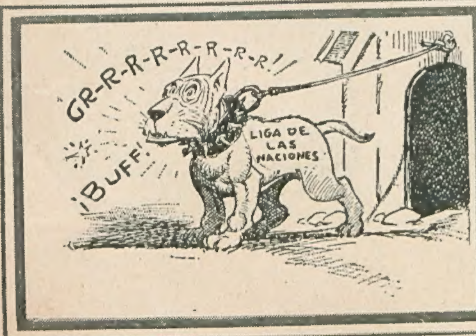
1 REPUBLICA ARGENTINA
La nave del comercio ha encallado en esta enorme roca que no la deja marchar.



2 ESTADOS UNIDOS
— Acaso la salvación esté en cambiar de caballo.
(De "World-Herald")

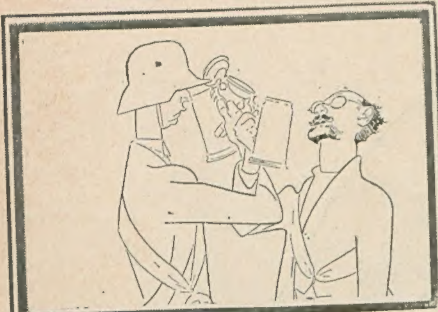


3 FRANCIA
En este caldero se está cociendo la amistad francogermana.
(De "La Victoire", París)





4 LA LIGA DE LAS NACIONES
Dos actitudes muy diferentes de este fiero mastín. (De "Tribune", Chicago)



5 ALEMANIA
El Casco de Acero. — Brindemos, profesor, por el restablecimiento de la paz.



5 BIS El Casco de Acero. — Lo primero que tenemos que hacer es armarnos. Después vendrá lo demás...
(De "Simplicissimus")

EL BALANCE DE LA POLITICA MUNDIAL

El comercio de nuestro país (1) ya ha lanzado su clamoroso S. O. S. al chocar con la roca de los impuestos aduaneros que acaban de ser aumentados considerablemente.

En el año 1896 se produjo en Estados Unidos (2) una crisis semejante a la presente. Los peritos financieros **pretendieron resolver la situación por el sistema monetario del bimetalismo,** que usa a la vez el talón oro y el talón plata.

Una fuerte **amistad francogermana tal vez surja (3) de las negociaciones diplomáticas**... o acaso otra guerra más terrible que la que ensangrentó al mundo europeo.

El fiero mastín de la Liga de las Naciones (4) **ha ladrado mucho**; pero cuando es inminente la guerra entre China y Japón, ha desaparecido con el rabo entre las piernas y no da señales de vida.

La institución alemana Cascos de Acero brinda por el restablecimiento de la normalidad en Alemania; **pero piensa que lo primero que debe hacerse es armarse... (5).**

Las chimeneas de las grandes fábricas no arrojan la abundancia de humo de las épocas felices; **mas donde se construyen armamentos, ésas sí que siempre están en plena actividad,** como en sus tiempos mejores (6).



6 ARMAMENTISMO MUNDIAL
Estas son las únicas chimeneas que no dejan de echar humo.
(De "Daily News", Wáshington)



Mundo Argentino

SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO

APARECE LOS MIERCOLES

EDITADO POR LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN: RIO DE JANEIRO 300 - U. T. 60, CAB. 1020 AL 1029



FUNDADOR ALBERTO M. HAYNES

AÑO XXI — BUENOS AIRES, OCTUBRE 28 DE 1931 — NÚM. 1084

Ya hablaron demasiado los políticos: ahora que hablen los Industriales y Economistas

LOS dos últimos años ofrecen abundantes demostraciones de una creciente intensificación de esfuerzos que hacen los países más adelantados para considerar y resolver, desde un punto de vista general, común a todos ellos, los graves problemas económicos y sociales que amenazan seriamente los principios más firmes y las instituciones más arraigadas en que descansa la civilización de Occidente. Visitas recíprocas de jefes de Estado, conferencias de ministros y jefes de partidos y reuniones de peritos y expertos se han sucedido con rara frecuencia, al mismo tiempo que hemos visto redoblar las actividades análogas de la Liga de las Naciones, todo lo cual constituyen índices reveladores de una firme y cada vez más intensa colaboración internacional, que se funda en la certidumbre de que las dificultades son comunes a todos los países y en el convencimiento de que las naciones tienen deberes mutuos de solidaridad e intereses recíprocos basados en la interdependencia en que todas viven.

Trece años después de haber terminado la guerra mundial, todavía subsisten las perturbaciones derivadas de aquel inmenso trastorno. Desequilibrios económicos, problemas sociales de todo orden, derivados de ese gran conflicto, permanecen aún sin solución; de manera, pues, que los esfuerzos de todos los países tienden a armonizar procedimientos y métodos, a aunar opiniones, tratando de hallar las fórmulas que salven, o que al menos corrijan las angustias financieras originadas en los presupuestos inflados por el armamentismo, afectados por las luchas aduaneras y ligados a una tributación que compromete la vitalidad de las industrias y del comercio.

Corresponde, pues, a los expertos, a los especializados en el árido estudio de las finanzas y de las cuestiones sociales, aconsejar a los gobiernos y a los políticos, libres de todo apasionamiento, y sin otro norte que el bienestar y la prosperidad general.

Entendiéndolo así, el gobierno de los Estados Unidos ha invitado recientemente al famoso pensador inglés Herberto Jorge Wells, universalmente conocido por sus novelas, sus estudios sociales y sus ensayos sobre filosofía de la historia, para analizar las causas de la presente crisis y sugerir un plan de reconstrucción. Las bases de dicho plan son ya conocidas, y uno de sus puntos principales y de mayor interés para la Argentina es aquel que se refiere a que los graves problemas que aquejan una nación deben ser vencidos por expertos y economistas, industriales, banqueros y otros, y nunca por políticos cuyos fines, en un noventa por ciento de los casos, son bien conocidos por todos nosotros.

El autor de la maravillosa concepción de *"un mundo políticamente unido y siempre en paz"*, H. J. Wells, es considerado como una de las figuras literarias y científicas más interesantes del mundo contemporáneo. Exento de todo prejuicio social o religioso y libre de opiniones políticas que puedan subordinar su pensamiento a intereses banderizos, su palabra es respetada no sólo en su país, sino en el mundo entero.

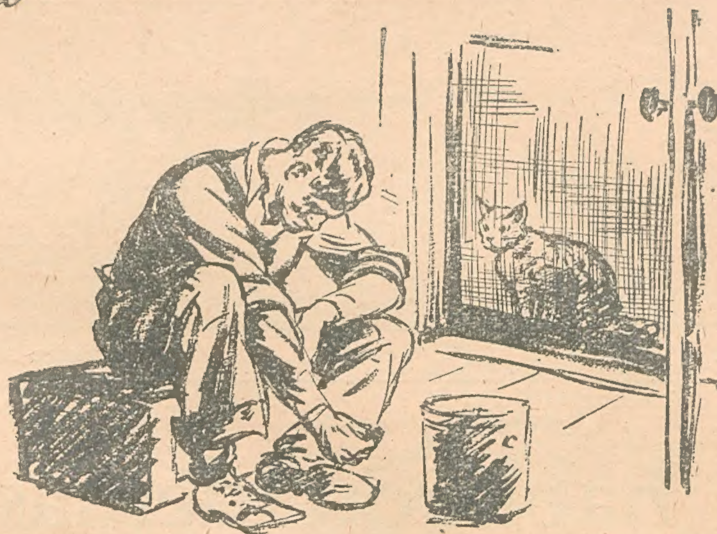
Cualquiera que sea el resultado de la misión que el gobierno de los Estados Unidos ha encomendado a Wells, no cabe duda que el hecho, considerado en sí, aisladamente, constituye un ejemplo de inestimable valor para nosotros. La República Argentina, libre, por fortuna, de los problemas inquietantes que afectan a las naciones más civilizadas del viejo continente como una consecuencia directa de la gran conflagración, y sí sólo castigada por el reflejo de la crisis mundial y la desorganización de sus finanzas, está, tal vez, en mejores condiciones que cualquier otro país para escuchar el consejo de los expertos — banqueros, industriales y economistas — para remediar los males que retardan nuestro progreso y que traban nuestro desenvolvimiento en todos los órdenes de la actividad.

Harto tiempo hemos escuchado la voz de los políticos que todo lo resuelven, sin preocuparse muchas veces más que de fines electoralistas. Convendría ahora, por lo tanto, escuchar a peritos de reconocida capacidad, que sólo tengan en vista el bienestar común y no el escalamiento de posiciones públicas, como suele acontecer con aquéllos. Y que no se nos diga que es Estados Unidos el único país que recurre a los peritos: en Inglaterra, en Francia y en otros países europeos, los gobiernos, y aun los partidos políticos, no adoptan resoluciones sobre problemas de esta magnitud, sin que previamente los hayan sometido al estudio de técnicos en la materia. Si entre nosotros adoptáramos esos procedimientos, estaríamos libres de las improvisaciones y de los arranques de elocuencia que tantos perjuicios han causado, y el país entraría de nuevo en una era de franco progreso.

ENRIQUE GOMEZ MATHEU



LA CIRCUNSTANCIA IMPREVISTA



Un manto sombrío ocultó los potreros y lo envolvió todo. Enrique continuó sentado, flemático, profundamente ensimismado.

Un cuento trágico de JOSE FAUS



Perdida ya la paciencia, Enrique Jorgensen había atacado a su mujer...

Cansado de soportar a su mujer, un día Enrique Jorgensen le da muerte aplicándole un golpe con un hierro. Su crimen, que parecía que iba a quedar impune, es descubierto de pronto por una circunstancia imprevista, en la que tienen su buena parte la tacañería y la conciencia.

EN la tarde del viernes, Enrique Jorgensen mató a su joven esposa, Greta. El crimen había sido inevitable. Ella lo había mortificado hasta hacerle perder la paciencia, aun sabiendo que él, cuando se encolerizaba, era capaz de cometer cualquier disparate. El hierro de la estufa había sido demasiado duro y la cabeza de Greta excesivamente blanda. Ella se lo tenía bien merecido, por imbécil y extravagante.

— Por suerte para mí — pensó Enrique haciendo una mueca, — que he visto a dos vagabundos merodeando por aquí esta tarde, y suerte también que Nilo Olson los ha visto.

En efecto: Nilo Olson, el hijo de un vecino, le había contado que esa mañana habían ido a su casa esos dos vagabundos pidiendo limosna, y que, cuando su madre los echó, asustada, se habían ido mascullando imprecaciones y amenazas. Podía, pues, decir que Greta también los había echado, sin pensar en las consecuencias, mientras él estaba en el campo, y que los dos hombres, enfurecidos, la habían atacado. Agregaría que, cuando él regresó de su trabajo, halló, horrorizado, a su joven esposa tirada en el piso de la cocina, muerta.

Enrique Jorgensen se puso tranquilamente una camisa limpia, el saco y el sombrero, y enganchando un caballo al sulky, se fué al pueblo a informar al comisario de la tragedia. Narrando los hechos, con voz entrecortada, sostenía firmemente la mirada de Lino Walls, el comisario. Este sabía que el chacarero tenía reputación de ser un hombre honrado y decente, y no había razón para dudar de su historia.

El comisario dió orden de que detuviesen a todos los vagabundos que anduviesen por la vecindad, y fué con Enrique Jorgensen a su chacra, que quedaba a varios kilómetros de la carretera principal y a uno de la finca de los Olson. Nilo apoyó el testimonio de Enrique de que habían merodeado los vagabundos por esos pagos, y su madre narró temblando las amenazas que habían proferido.

El veredicto fué: "Asesinato por desconocidos."

Cuando por fin su casa se vió libre de los oficiales de justicia y del cadáver de la víctima, que había sido trasladado a la comisaría del pueblo, Enrique Jorgensen se sonrió mefistofélicamente. Al día siguiente tendría lugar el entierro, y todo habría terminado para siempre. Muy pronto el suceso habría sido olvidado por todos..., y hasta por él mismo.

El sábado por la mañana, después de un sueño profundo, Enrique se levantó a las cinco como de costumbre. No tenía por qué cambiar la rutina por ese suceso. Preparó su desayuno como los demás días, pues ya estaba acostumbrado a hacérselo. Greta había sido siempre una haragana. Por supuesto, ella se disculpaba diciendo que se sentía enferma, pero, en realidad, no eran más que mimos.

Greta había sido demasiado consentida. Hasta había querido que él le comprase una radio y macetas y cortinas para todas las ventanas. Quería gastar el dinero tontamente, con los impuestos que subían y los bancos que no pagaban intereses tan altos. ¿Es que se creía que él era millonario?

¡No tenía necesidad de remordimientos ahora que todo había terminado! Sin embargo, no pudo evitar una reflexión tardía. No debió encolerizarse hasta ese bárbaro extremo. Pero ella tuvo la culpa, por tocar de nuevo la discusión del auto. ¿Un auto? El caballo y el sulky habían sido bastantes para su padre y su madre, y lo eran también para ellos. ¡Ya lo creo!... Pasado algún tiempo, se casaría de nuevo. La próxima vez lo haría con una muchacha fresca y fornida, capaz de ayudarlo en el campo cuando fuese necesario.

Desechando estos pensamientos, se sentó a la mesa y comió ávidamente su jamón con huevos. "Nada — pensó, sonriéndose, — podrá quitarme el apetito."

Un súbito quejido le hizo darse vuelta. Era el gato de Greta. El enorme felino gris estaba parado en la puerta de alambre de atrás, maullando, hambriento y humilde. Greta lo llamaba Tinker. ¡Qué nombre estúpido! Fastidiado, Enrique le tiró un cuchillo y el animal, encogiéndose, escapó.

Decidió deshacerse del gato; no quería a su alrededor nada que recordase a su mujer. El animalito era un estorbo para él, y, además, tenía que gastar en darle de comer. Que se muriese de hambre o se buscase otra querencia. ¡Bastante tenía él que sudar para ganarse la vida, sin tener que pensar en gatos! Greta lo había encontrado medio muerto, recordaba mientras comía, un sábado de tarde, en el pueblo. Lo había recogido y con sus cuidados le había devuelto la vida. ¡Se habían hecho grandes camaradas Greta y Tinker!

La tonta creía firmemente que un gato es un ser humano. Muchas veces le había dicho a Enrique que estaba segura que cuando se muriese, su espíritu volvería al cuerpo de su adorado Tinker, y que para darle bromas, lo perseguiría.

Al llegar a este punto, el chacarero, impasible, de escasa imaginación, se rió de buena gana, y levantándose exclamó en voz alta:

—¡Vaya una majadería la suya! ¡Encarnar en el gato y asustarme!... ¡Ni que yo fuera un tonto como ella! Pero... —agregó, desviándose a asuntos más prácticos: —Es mejor que me ocupe de trillar el potrero del sur esta mañana, para poder ir esta tarde al pueblo, al entierro de mi mujer.

Cerró cuidadosamente la puerta de la cocina al salir. Cuando estaba en el granero recogiendo los arreos del sulky, tuvo la vaga sensación de que alguien o algo lo estaba observando, y dándose vuelta nerviosamente vió desaparecer una gran cabeza gris detrás de un cajón de maíz. ¡Era ese gato endemoniado! ¿Por qué lo estaba observando, si realmente estaba observándolo? "No —pensó Enrique;— sin duda se siente hambriento y anda a la espera de alguna rata." Sin embargo, no había ratas en el granero.

Cuando el sol llegó a su ocaso, el chacarero regresó al granero y, luego de desenganchar las bestias, se dirigió a la casa. En el patio de atrás vió al gato Tinker amodorrado. Al acercarse, el felino se desperezó lentamente y se encaminó a su encuentro, maullando lastimeramente y arqueando el lomo en forma amistosa.

Estos movimientos le hicieron acordarse de Greta. Ella tenía un modo peculiar de adularlo cuando quería algún favor; su voz era también peculiar al hablarle; siempre había temido Enrique algo al notar así a su mujer.

—¡A mí no me vas a engatusar! —exclamó el hombre riendo brutalmente. —Eres como tu patrona muerta. Quieres algo. ¡Fuera!— Y agitó su largo brazo velludo con enojo, y el gato se retiró lentamente.

El chacarero se preparó una cena fría. Comió rápida y rapazmente. Al sonido de los platos, el gato volvió nuevamente a la puerta de la cocina y maulló en señal de protesta. Enrique Jorgensen soltó unas cuantas imprecaciones.

—Anda a buscarte comida a otra parte— fué su consejo cáustico. —Ya he gastado bastante en ti y en tu vieja amiga. ¡Fuera!— Y tiró su sombrero contra la puerta de alambre, y el animal desapareció de un salto.

Después de la comida el chacarero limpió la cocina, cambió sus ropas de trabajo por su traje de los domingos y se dirigió al granero a ensillar el caballo para su viaje al pueblo. De pronto, sin darse cuenta, dirigió una ojeada a sus zapatos. Estaban rajados y sin brillo. Vaciló.

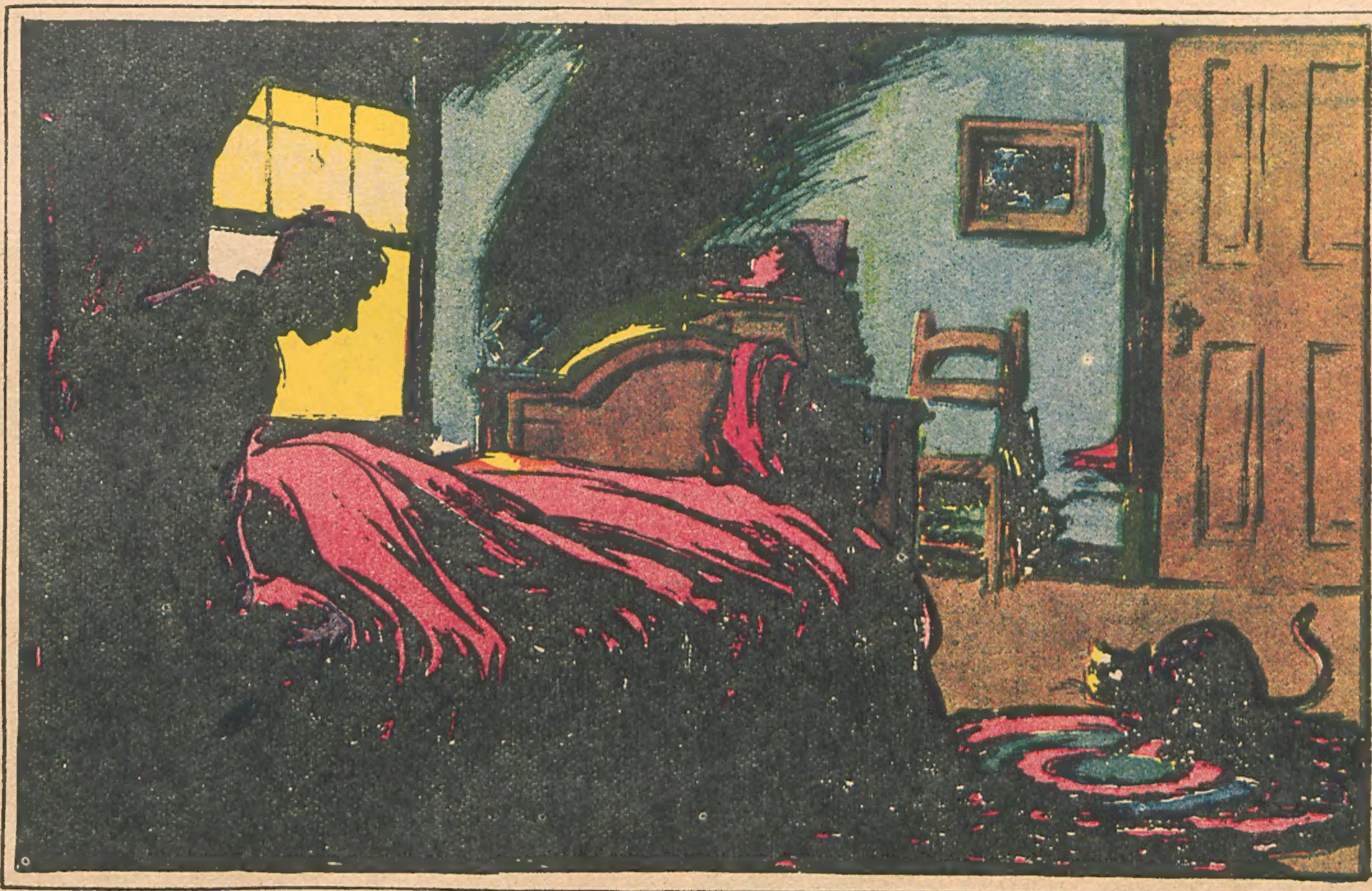
—Debo lustrármelos —se dijo en voz alta. —¡Un marido tiene que estar decentemente puesto para el entierro de su mujer! Sí, es mejor que vuelva y que me los limpie.— Y volviendo sobre sus pasos regresó a la casa.

Recordó entonces que hacía una semana Greta le había comprado un frasco de betún líquido. Había pagado por él un precio que Enrique consideró exorbitante.

—Es demasiado bueno y caro para un hombre como yo —decidió por espíritu de economía. —El frasco no ha sido abierto aún; lo devolveré la semana que viene y me guardaré el importe. Un poco de grasa de cerdo me los dejará brillantes. ¡Esto es ser económico!

Encontró grasa en la cocina, en un gran tarro de lata, y puso un poco de ella sobre sus zapatos, que frotó vigorosamente con un trapo. Las rajaduras eran ahora casi invisibles y les había vuelto algo del antiguo brillo. El hombre contempló su obra con complacencia. Al cerrar la lata y dirigirse a la puerta, vió al gato contra el alambre, vigilándolo atentamente. El chacarero no le prestó ninguna atención hasta que el gato, maullando, se estiró y con sus patas arañó el tejido de alambre.

Momentáneamente asustado, Enrique Jorgensen dió un salto hacia atrás. ¡Diablo de gato! Tomó un palo, abrió de un golpe la puerta, y cuando el gato se escurría, Enrique se lo tiró violentamente. Tinker hizo una zancadilla experta, se dió vuelta rápidamente, arqueó el lomo y mostró unos dientes largos, temibles, en su encolerizamiento. Hubo, de pronto, en la mirada malévola del felino, la misma expresión que el hombre había visto alguna vez antes. Pero, ¿dónde?... ¡Ah! ¡Sí! Greta lo había mirado así una vez en que él la había golpeado porque había dejado podrirse los duraznos en vez de ponerlos en conserva. ¡La imbécil mujer maldita! ¡El imbécil gato maldito! Le tiró con furia otro palo y el animal huyó al campo.



Sumamente alarmado, se sentó en el lecho. Allí, junto a su cama, aparecía inmóvil un gran espectro gris, cuyos ojos verdes y redondos brillaban imponentes y malignos.

El entierro, al cual asistieron muy pocas personas, duró muy poco. Lino Walls, el comisario, encontró al chacarero al salir del correo con su correspondencia: un catálogo de semillas y el diario semanal del pueblo.

—¡Ah! Antes que me olvide, Jorgensen— le dijo, —hay un pequeño punto referente a la muerte, que deseo discutir con usted, pero no tengo tiempo ahora. Quizá vaya a su chacra a eso de las ocho. ¿Le viene bien?

—Sí —respondió Enrique Jorgensen estoicamente y sin turbarse. —Yo estaré allí; venga a cualquier hora.

Cuando llegó, al anochecer, al granero, no vió señales del gato, por lo que se sintió bastante aliviado. Y es que el gato lo tenía un poco nervioso. Desensilló el caballo, le dió su ración y se dirigió lentamente a la casa.

Después de una cena frugal de huevos y pan con manteca, lavó los platos y barrió el piso de la cocina. Luego fué a sentarse con toda calma en los escalones de la puerta de entrada, a esperar la visita anunciada del comisario. Completamente satisfecho contemplaba a la luz crepuscular las altas parvas de maíz a su izquierda.

—Me rendirán unos mil pesos —estimaba con satisfacción. —Me compraré un traje nuevo e iré a la ciudad a conocer a las muchachas.

Se sonrió socarronamente y se pasó la lengua por su labio inferior, con un movimiento sensual. "Un hombre como yo —meditaba— debería estar casado con una muchacha linda y fuerte, que pudiese hacer todo el trabajo de la casa y ayudar un poco en el campo, y que no fuese tan gastadora como la otra."

Las sombras se alargaron; el brillo del sol en el oeste, se metamorfoseó en rojó; un manto sombrío ocultó los potreros y la noche lo envolvió todo. Enrique Jorgensen continuaba sentado, flemático, profundamente ensimismado en sus alegres perspectivas.

Un suave ruido a sus espaldas lo hizo enderezarse, súbitamente alerta. Se dió vuelta rápidamente, pero no vió nada. Un momento después, otro rasguño en las maderas de la terraza. El hombre volvió a darse vuelta rápidamente. Tinker, el gato gris, con sus ojos brillando con un destello inquietante, aparecía encogido sobre sus ancas, pronto, al parecer, para saltar sobre el hombre asustado. Enrique Jorgensen, como enloquecido, le tiró su silla al intruso. Tinker, con un maullido espantoso, huyó de la terraza y se refugió en las sombras.

(Continúa en la página 35)

• SE PREPARA OTRA GRAN GUERRA •
• MUNDIAL DE ESPANTOSOS ALCANCES •

LA CIVILIZACION SOLO

BERTRAND Russell es un noble británico; el tercero de su apellido. Detesta, empero, la aristocracia, que considera una necia creación innecesaria en la sociedad. Lo molesta que se le dé el título que le corresponde por derecho propio. Se declara míster Bertrand Russell.

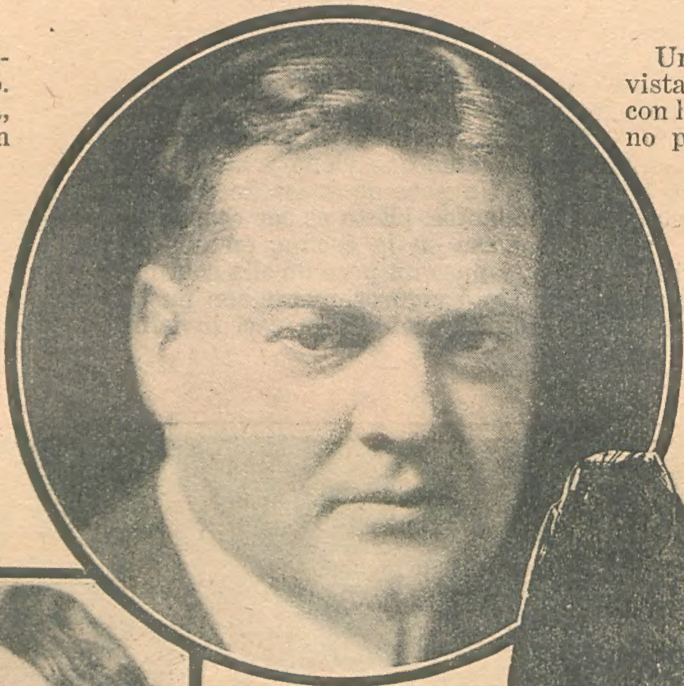
Russell es un educador, publicista, matemático insigne y filósofo de nota. Se le considera uno de los valores más positivos del pensamiento mundial.

Hace poco emprendió una campaña violenta en contra del armamentismo de las naciones, denunciando como causa originaria el estado político y social subordinado al capitalismo. No es socialista ni izquierdista. Cree, empero, que es necesario un reajuste estricto de la política económica para salvar a la humanidad de un desastre inminente y sostiene que la única forma de lograrlo consiste en implantar el pacifismo y destruir las grandes organizaciones financieras. Estima que si no se procede a hacerlo sin tardanza, no finalizará el siglo, no trancurrirán, tal vez, muchos años sin que una nueva contienda universal conmueva profundamente al mundo. En una conferencia que dió recientemente en Oxford expuso sus temores y los resultados catastróficos que tendría para la civilización actual un conflicto armado más grave, infinitamente más cruel que el pasado.

Lord Russell se propone visitar los Estados Unidos antes de terminar el año, para hacer conocer sus ideas pacifistas. Lo acompañará su esposa, oradora de reputación, y quien también dará conferencias sobre temas feministas y problemas sociales y económicos.

La señora de Russell es vastamente conocida en Inglaterra, donde se la considera una de las figuras más destacadas de la intelectualidad femenina. Lo prueba el hecho de ser una de las pocas mujeres que se sientan en la Cámara de los Comunes, habiendo sido elegida para representar a Chelsea como candidata del Partido Laborista.

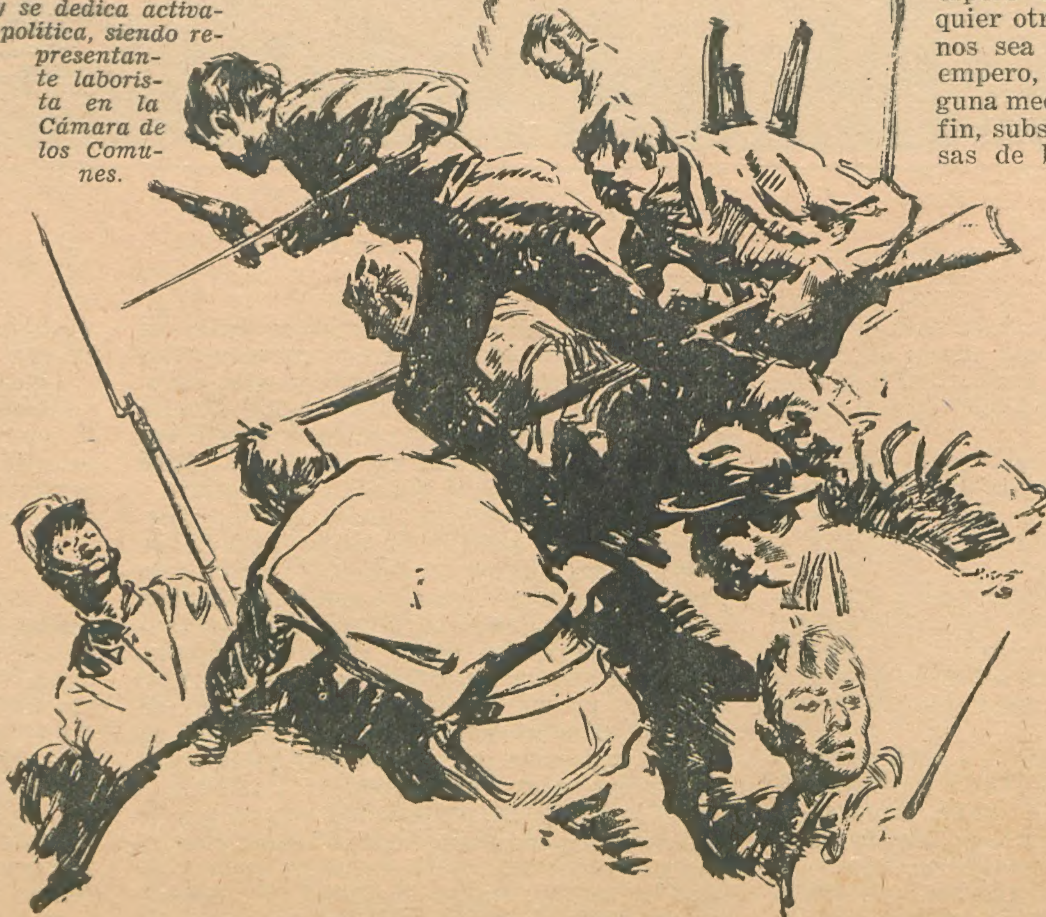
Actualmente los esposos Russell se encuentran en Hendaya, donde poseen una "villa" sobre el Bidasoa, en el límite entre España y Francia. Descansan de sus arduas tareas hasta octubre, en que emprenderán viaje a Nueva York para regresar a Londres en Navidad.



Hoover realiza desesperados esfuerzos por restablecer la confianza y la normalidad en el mundo, amenazado por el peligro rojo del comunismo, contra el cual entrará en acción el frente blanco.



La señora de Bertrand Russell es una eficaz colaboradora de su marido y se dedica activamente a la política, siendo representante laborista en la Cámara de los Comunes.



Un corresponsal de MUNDO ARGENTINO ha entrevistado en su residencia al noble lord, que lo recibe con llaneza y se presta a la entrevista, según lo declara, no por satisfacer un necio afán de publicidad, sino para que su voz también llegue a la América Latina y se una a otras igualmente altas y autorizadas, que reclaman cordura en nombre de la serena razón para arrancar al mundo del caos en que se halla sumido y tornarlo a la normalidad.

—Dije en Oxford—nos dice,—y deseo repetirlo en MUNDO ARGENTINO, que cuando se produzca la próxima guerra Alemania será el campo de operaciones en que se encuentren frente a frente los Estados Unidos como dirigentes del frente blanco que representará al capitalismo y Rusia con todo el Oriente, que formarán el frente rojo del comunismo. El resultado de ese tremendo choque que se avecina será decisivo, pues la Europa Occidental se verá arrasada. Diez naciones prósperas serán devastadas y millones de seres humanos caerán víctimas de la ceguera enorme de los estadistas y hombres de gobierno que no prevén ni se apresuran a evitar ese cataclismo tan claro, tan evidente.

"Millones de habitantes de Francia, Alemania, Bélgica y otros estados de la Europa Central serán exterminados en la guerra que anuncio, por el empleo de gases ponzoñosos y bombas llenas de microbios de la peste bubónica y fiebres malignas. El radio de acción y el alcance de esas mortíferas armas químicas que ya se preparan y ensayan en la penumbra y el secreto de los laboratorios alcanzará a centenares de millas de los campos de batalla.

"Al predecir otra gran guerra espero sinceramente, con cualquier otra persona de juicio, que nos sea dado evitarla. Observo, empero, que no se ha tomado ninguna medida seria para lograr ese fin, subsistiendo las mismas causas de beligerancia del pasado, de lo que se infiere que es probable que se produzca otra conflagración mundial en cuanto las naciones juzguen que pueden sostenerla.

"No creo que la próxima guerra destruya totalmente la civilización y entrañe el retorno a la barbarie. Creo que la civilización se salvará en América, y, posiblemente en el lejano Oriente.

"Será destruída provisionalmente en Europa, pero restablecida, en ambas Américas bajo la soberanía de los Estados Unidos.

"Es aventurado afirmar cómo o cuándo empezará. Las guerras se producen porque los hombres se encuentran en un estado

•TERMINARA CON LA CIVILIZACION ACTUAL•
•PARA REEMPLAZARLA CON EL ESTADO EUGENESICO•
SE SALVARA EN AMERICA

de espíritu que los hace desearlas, careciendo de importancia el pretexto que se pueda aducir. La guerra pasada tuvo como pretexto aparente la discusión sobre si los oficiales austríacos debían participar en el juicio de los asesinos de Sarajevo. A nadie se le hubiera ocurrido que un asunto de tan poca monta fuera la tea que pusiera fuego a la mina cuidadosamente cargada y preparada en largos años de armamentismo.

"Existe una causal, que es un factor de grave peso: la lucha entre el comunismo y el capitalismo. Alemania, como ya lo he dicho, será el campo de operaciones. Italia, por odio a Francia, probablemente se decida por el comunismo. También militará en las filas comunistas toda el Asia, por antagonismo contra Inglaterra, salvo que la Gran Bretaña se mantuviera neutral, lo que es improbable, aunque sería lo más sensato.

"Será una guerra del aire. Los aviones sembrarán gases ponzoñosos, pues es de esperar que para cuando se produzca esa colisión, la bacteriología haya sido aplicada a la guerra y fácilmente se comprende que con tales armas la población civil de los países beligerantes será extirpada casi en su totalidad."

—El cuadro es aterrador—interrumpe el periodista.—¿No habría algún medio de salvarse en el caso que usted describe?

—Lo mejor sería refugiarse en las trincheras, ya que el objetivo principal de las operaciones sería la desmoralización política del enemigo. No se tomarán prisioneros por temor a que se hallen infectados de pestes.

"Todo el mundo terciará en la contienda, que concluirá con la Europa Occidental y sólo terminará por extenuación, por cansancio, con un convenio entre los Estados Unidos y la Rusia de los Soviets.

"Los pacifistas británicos también prestarán su concurso a las actividades bélicas porque se luchará en defensa de la Liga de las Naciones y del Tratado de Versalles."

Prosigue lord Russell su interesante disertación, y respondiendo a una pregunta de nuestro corresponsal, dice:

—Desaparecida la civilización de la Europa occidental por la acción de la barbarie y el terrorismo de la próxima guerra, sobrevendrá, antes de que termine el siglo en curso, un "Estado Científico", en el cual los bioquímicos y los psicólogos reemplazarán a los políticos.

"Ese Estado Eugenésico sucederá a la Democracia actual, y en, él, para terminar contra la indudable degeneración de la raza, se tomarán severas medidas sobre el matrimonio y la natalidad.

"No, no se asombre usted. Eso que hoy reputa una enormidad mía, juzgándola con el criterio común tan plagado de prejuicios es una imposición ineludible si no se quiere que desaparezca la especie humana, cada vez más débil y degenerada por la influencia de factores biológicos y sociales conocidos.

"Será necesario que nos encaminemos decidida y científicamente al restablecimiento de la raza de acuerdo con un tipo física y mentalmente perfecto. El gobierno del Estado Eugenésico se encargará de hacerlo, convirtiendo en estériles al noventa y cinco por ciento de los hombres y al setenta y cinco por ciento de las mujeres.

"La implantación del estado científico que pronostico no es, lo declaro enfáticamente, mi anhelo ni está de acuerdo con mis ideales. Me encantaría que fuera posible evitarlo. Lo mejor, lo más selecto de la opinión científica es adverso a la Eugenesia, pero, en cambio, la preconizan muchos sabios de tendencias políticas y políticos de orientaciones científicas como un antídoto contra la democracia. Por eso juzgo que un sistema político que acuerde mayor poder a sabios de segunda categoría se afirmará tarde o temprano. Y ese sistema impondrá la esterilización de los sexos en las proporciones que acabo de señalar, o sea, noventa y cinco por ciento para los hombres y setenta y cinco por ciento para las mujeres. Vínculos como el matrimonio, por ejemplo, desaparecerán, aunque el Estado no se preocupará de las relaciones entre parejas esterilizadas.

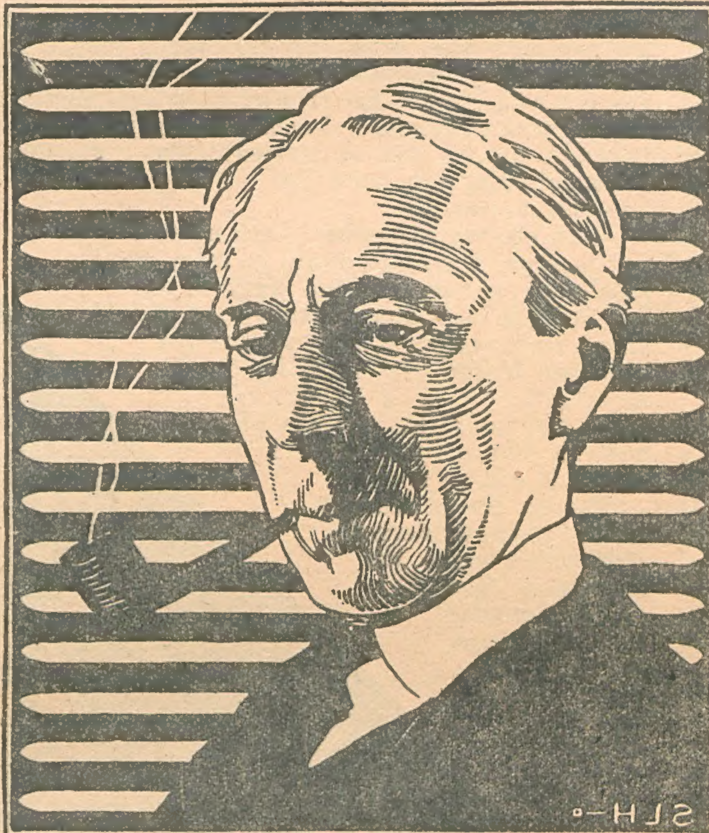
"Las actividades de los hombres y mujeres elegidas serán estrictamente reguladas.

"Naturalmente, el instinto animal de la maternidad es muy fuerte y difícil de desarraigar, pero opino que ese y otros instintos de los que se denominan maternales pueden cambiar por imperio de leyes especiales y con el auxilio de la ciencia.

"Desde el punto de vista que acabo de tocar, el poder de la psicología y la bioquímica recién empieza a ser comprendido. Su peligro es espantoso y contemplo con grande alarma el estado científico del futuro. El sentimiento no tendrá cabida en ese organismo social y político, y dudo de que se pueda producir una contrarevolución sentimental contra la esterilización de los sexos.

"El sentimentalis-

(Continúa en la página 35)



Bertrand Russell, eminente filósofo y matemático, predice una cercana conflagración a que se verán arrastrados todos los pueblos de la tierra.



Hindenburg, en Alemania, teme los peligros que señala tan claramente Russell y se empeña en salvar a su patria de la catástrofe que se avecina.



Avanzarán las infanterías en las sombras de la noche, protegidas contra los agentes químicos, y fusil de gases en mano, como un ejército de invencibles fantasmas que sembrarán rápidamente la muerte.

LUNA DE MIEL

PADRINO! ¡Padrino!

En cuanto se hubieron detenido frente al amplio atrio de la iglesia los carruajes en que venían los novios, los padrinos y los demás invitados, los chicos del barrio, allí reunidos, prorrumpieron en el clásico grito:

—¡Padrino! ¡Padrino!

Pero el padrino no se dignó colmar la ansiedad de los muchachos arrojándoles un puñado de moneditas, y esto le valió una rechifla que hizo reír a los innumerables curiosos — en su mayor parte mujeres — que se apiñaban a lo largo del atrio por el solo gusto de ver de cerca a la novia.

Cuando pasó ésta del brazo del padrino, toda de blanco, hubo entre las mujeres un murmullo de admiración. Y aquella admiración era justificada. La novia irradiaba su belleza como un faro irradia su luz. Pero era la suya una belleza enfermiza, de lirio. Un buen observador hubiera podido deducir que, si un día la vida le mostrara sus asperezas, aquella flor de invernáculo no sería capaz de defenderse y sucumbiría sin luchar.

Detrás de la novia y el padrino marchaban la madrina y el novio. Éste avanzaba tieso como un poste, enfundado en su traje de etiqueta. Era un hombre joven, muy simpático, de aire varonil. Como la novia, provocó en las mujeres un nuevo comentario de admiración.

—¡Qué hombre más apuesto! — exclamó una. — ¡Dan ganas de ser la novia!

— Es mucho hombre para ella — dijo otra.

— No se lo merece.

Cuando por fin desapareció por la iluminada puerta del templo la última pareja del acompañamiento, hubo un revuelo entre los circunstantes. Unos se volvían a los otros comentando e indagando.

—¿Conoce usted a los novios? — preguntó una vieja a una muchachona que tenía a su lado.

—¿Que si los conozco? A ella como a mí misma. Pertenece a la familia más antigua del barrio; puede decirse que sus padres han sido sus fundadores. Pero, ¿es que usted no ha oído hablar de los Villaespinosa? Son gente del montón, aunque ellos se empeñan en afirmar lo contrario; pero, eso sí, son gente de plata. Él, don Ergástulo, se hizo riquísimo vendiendo tazas de loza y otras bagatelas.

—¡Han tenido suerte!

— Mucha; ya lo creo. Pero con suerte sólo no se vive, señora. También hay que tener salud, y ellos no han gozado nunca de mucha. Ya habrá visto usted la novia.

— En efecto, he reparado en su gran palidez.

—¿Y no ha visto usted qué delgada? ¡Parece un junco!

—¡Oh, no tanto! ¿Y él? ¿Conoce también al novio?

— No, señora. Según se murmura, es un ingeniero español que se ha venido acá para explotar sus grandes conocimientos. Se ve que es todo un caballero.

— Presencia tiene mucha.

—¡Y es muy simpático! ¡Ah, si yo encontrara un novio así, me casaba en seguida!

— Por supuesto que los Villaespinosa lo habrán recibido con palmas y músicas.

— No crea. Tengo entendido que los viejos no aprobaron en un principio estas relaciones de su hija única.

—¡Ah!, ¿es la hija única del matrimonio?

— Ahora sí, pero han sido tres hermanas. Las otras dos, mayores que ella, murieron del mismo mal, a consecuencia de muy crueles desengaños amorosos. Esto, sin duda, fué lo que por esta vez les hizo transar más fácilmente. Y no es porque no les agradase el novio, sino porque ellos aspiraban a casarla con un pariente muy rico, que es estanciero allá por Santa Fe.

— La eterna.

— La eterna, es verdad; pero no se salieron con la suya. Y en este punto yo estoy con la muchacha; es una crueldad segar en nuestro corazón las dulces ilusiones del amor. De no ceder, a buen seguro que hubieran tenido que llorar lágrimas de sangre.

—¿Por qué? ¿Es que ella se hubiera rebelado y se hubiera escapado con su novio?

— Eso no, que es delicadísima. Pero se hubiera dejado morir como sus hermanas. ¡Qué tragedias aquéllas! Por cierto que los pobres viejos deben tener el corazón a prueba de golpes, cuando no sucumbieron a sus dolores.

— Ciertamente. Y dígame; lleva ella buen dote, ¿verdad?

— Ya lo quisiera yo para mí. Además del que le dan sus padres, algo así como doscientos mil pesos, lleva más de medio millón que heredó no hace mucho a la muerte de su padrino.

— Miel sobre hojuelas, como suele decirse.

—Ya lo creo. No puede quejarse el novio del tesorito que se lleva. Es verdad que como mujer no es ninguna ganga, porque si un día tuviera que valerse por sí misma para cocinar y arreglar la casa, se morirían los dos de hambre... Por lo demás, ya lo creo que se lleva un buen bocado. Una mujercita vistosa y enamorada y un buen montón de billetes de banco.

— Después de todo, es algo así como una compensación.

— Ni más ni menos.

Al llegar a este punto de su diálogo, las dos mujeres fueron interrumpidas por un nuevo revuelo en la larga fila de curiosos. Era que los novios y su comitiva salían del templo, bendecida ya su unión. Ahora venían los novios del brazo, majestuosos, formando la más encantadora de las parejas. Los ojos ávidos de las mujeres se desorbitaban por contemplarlos mejor. Los chicos, que habían aguardado impacientes la terminación de la ceremonia, en cuanto columbraron al padrino volvieron a irrumpir en su clásico grito:



Por el espejo, frente al cual realizaba su tocado, María de las Nieves lo observaba atentamente. De pronto, al volver una hoja del diario, la infeliz muchacha lo vió demudarse.

NOVELA CORTA DE
JOSE M. BRAÑA

La luna de miel, que tantas ilusiones despierta en el corazón de las mujeres que se casan por amor, es una luna trágica para María de las Nieves, quien ve eclipsarse su dicha cuando empezaba a paladearla. El hombre que le había subyugado el alma con su ternura no era digno de su cariño; pero él, que era un aventurero sin escrúpulos, con una acción heroica se dignifica ante ella, que ya no podrá maldecirlo, sino tender sobre él el velo piadoso del perdón.

—¡Padrino! ¡Padrino!

Y esta vez el padrino no se hizo de rogar. Inmediatamente relampaguearon en el aire centenares de moneditas. Y grandes y chicos se echaron sobre ellas, disputándoselas...

Diez minutos después, apagadas las luces y cerradas las puertas del templo, en la calle no quedaban más que dos o tres chicos rezagados, empeñados en encontrar una monedita más.

A la mañana siguiente los recién casados partieron para el Tandil en viaje de bodas. En la estación los despidieron los padres de la novia y algunos parientes. Fué una despedida llena de felices votos y de profundas emociones. Cuando el tren, en marcha ya, dejaba atrás los andenes, María de las Nieves no pudo reprimir un llanto de desconsuelo que le inundó las mejillas. Su flamante esposo se alarmó:

—¡Por Dios, querida mía! ¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras?

—Por nada, por nada—se defendía ella sin cesar en su llanto.

—No; tú me engañas; tú lloras por algo. ¿Es que estás arrepentida de haberte casado conmigo?

—¡Oh, no, Roberto! ¡Eso nunca! ¡Esta boda es el sueño más feliz de toda mi vida!

—Entonces..., ¿por qué lloras?

—Yo misma no lo sé, Roberto; acaso lloro de pena por dejar a mis pobres viejecitos solos, tristes, sin alegrías ni ternuras, mientras que yo...

—Tú, ¿qué?

—Mientras que yo voy a ser tan feliz..., ¡tan feliz que en este momento no me cambiaría ni por una reina!

—Y mucho que perderías si te cambiases, que te quiero más que a mi vida y estoy dispuesto a dar hasta la última gota de mi sangre por que no dejes de ser feliz. Así, pues, seca esos ojos y mira hacia afuera; fíjate en esa rápida sucesión de panoramas bajo este cielo gris que, lejos de restarles poesía, les presta un nuevo encanto.

María de las Nieves secóse los ojos y los fijó en el paisaje. El campo, a ratos, aparecía verde como una esmeralda; a ratos amarillento como el oro, y siempre salpicado de puntos obscuros, que eran las reses diseminadas en toda su extensión. De cuando en cuando, ya lejos, ya cerca, aparecía una arboleda, que descubría una estancia o un puesto. Solícito y enamorado, Roberto se complacía en ir indicándoselo.

—¿Ves allá lejos? Entre los árboles de aquel monte hay una casa, y en ella, acaso haya dos enamorados como nosotros; acaso también haya alguien que esté agonizando; pero aun así, ¡qué hermoso debe ser morir lejos del ruido, en plena naturaleza!...

Poco a poco el rostro pálido de María de las Nieves se fué alegrando. Llegó un momento en que sus labios bosquejaron una sonrisa. Roberto, que no le quitaba la vista de encima sino para indicarle algo afuera, reparó en aquel cambio de su mujercita, y le preguntó:

—¿Qué te ha vuelto de nuevo dichosa? Porque no me negarás que te sientes otra vez feliz y satisfecha...

—Es verdad. Me he acordado de pronto de mis amigas, y no he podido menos que alegrarme.

—¿Qué te ha ocurrido con tus amigas?

—¡Ah! No lo quieras saber, Roberto.

—Dímelo.

—No, no; es una tontería.

—Si no me lo dices, me enojaré. Quiero que me lo digas. ¿Qué te ha ocurrido con tus amigas?

—Una nimiedad. Figúrate. Que tú y yo...

—Tú y yo, ¿qué?

—Que no llegaríamos a casarnos... Que yo no merecía la suerte de ser tu esposa.

—¿Y por qué?

—Qué sé yo. Envidias, celos. Pero yo estaba segura de tu amor.

—Y no te has equivocado.

—Sin embargo, Roberto, había momentos en que dudaba de ti. Cuando tardabas más de lo natural en llegar los días de visita, un miedo inexplicable me hacía estremecer.

—¡Eres una tontuela!

—No sé, pero yo siempre te he querido con toda mi alma. Y no puedes ponerlo en duda, Roberto, que ya sabes que hace poco, cuando estuviste ausente casi una semana, al regresar me encontraste en el lecho, enferma, muy enferma...

—Ya lo sé; y en cuanto me viste a tu lado, amoroso como siempre, tiraste los jarabes y despediste al médico.

—Tu presencia me curó radicalmente, Roberto. Desde ese día estoy convencida de que no hay mejor médico que el amor.

—Yo puedo decir otro tanto, querida.

El tren corría veloz ganando camino. A ambos lados de las vías seguía sucediéndose el paisaje, siempre el mismo y siempre sugestionador. De vez en cuando, un estrépito de hierros arrancaba a los viajeros de su lectura o de su somnolencia. Era que el tren pasaba por sobre un puentecillo, por debajo del cual corría el hilo de agua de un arroyuelo, que, sinuoso, iba a perderse en la lejanía. Después de un breve silencio, Roberto Senillosa aventuró una pregunta:

—Y si yo, un día, no hubiera vuelto más a tu lado, ¿qué habrías hecho? Me hubieses olvidado en seguida, ¿verdad?

—¿Olvidarte? ¡Nunca! Me hubiera muerto de pena.

—De manera que si se me ocurriera un día abandonarte...

—¿Por qué me dices eso? ¿Es que no me quieres?

—¡Qué tonta eres, querida! Te lo he dicho en broma... ¡Qué pálida te has puesto! ¡Cómo te tiemblan las manos!... Desecha todo temor, vidita, que sólo la muerte podrá separarnos. Oyelo bien: ¡LA MUERTE!

El tren volvió a cruzar, con estrépito, por sobre un puentecillo. Roberto continuó:

—Si te queda un solo átomo de duda, bástete, para disolverlo, esta gran verdad: la de haber anticipado en casi dos meses la fecha de nuestra boda, por serme ya de todo punto imposible vivir lejos de ti. Y ahora, en este momento, sintiendo tus manos entre las

mías, bebiendo tu aliento, mirándome en tus ojos, le pido a Dios con toda mi alma que haga que sea eterna esta felicidad. ¿Sigues dudando de mí, querida?

—¡Oh, ya no!

En este momento el mozo se presentó para anunciar que era la hora de comer. Roberto consultó la hora en su reloj. Eran apenas las once. Alegó que era aún muy temprano para almorzar, a lo que el mozo le explicó:

—Es que los pasajeros que siguen por el ramal del Tandil, después de Las Flores, deben almorzar antes de las 11,55, pues a esa hora el coche comedor sigue por el ramal de Olavarría.

—Si es así, es otra cosa.

Invitó Roberto a María de las Nieves, y ambos pasaron al comedor. Alrededor de la mesa, el uno frente al otro, mirábanse los dos con ojos de enamorados, y se sonreían con embeleso. En seguida volvían la vista hacia el campo, envuelto en una neblina gris. El día, que había amanecido nublado, habíase aguado. Una llovizna sutil y tenaz corría por el vidrio de la ventanilla, dejando a trechos una gota que brillaba como una piedra preciosa.

La comida transcurrió cordial. Terminada ella, regresaron los novios a su coche. Cansados del trajín de la víspera y de la noche precedente, pasada en blanco, tanto ella como él sintieron que se les cerraban los párpados y que una dulce somnolencia hacía presa de sus espíritus.

Fué breve, sin embargo, aquel sueño, pero asimismo suficiente para despejarles.

Cerca de las cuatro, atisbando el campo por la ventanilla, Roberto descubrió allá lejos, sobre la línea del horizonte y envueltas en una sutil neblina, las moles negras y gigantescas de las sierras del Tandil. Y se volvió a María de las Nieves para que las mirase.

—Fíjate, querida, ya llegamos. Esas son las sierras, las famosas sierras de que tanto te hablé.

Asomóse ella y experimentó la agradable sensación del magnífico panorama. Aquellas moles, en medio del ambiente gris, parecían algo así como negras islas perdidas en medio del océano.

Hacía ya tres días que se hallaban en el Tandil, disfrutando a la vez que del grato clima de la preciosa ciudad serrana, de los pintorescos panoramas que ofrecen las sierras multicolores a los ojos ávidos de sensaciones de los turistas. Después de almorzar en el hotel en que se alojaban, subían al parque, en lo más alto de una de las magníficas sierras. El primer día quisieron hacer la ascensión a pie, siguiendo la retorcida escalera de piedra que lleva hasta la cima. Si bien les había entusiasmado la ascensión, María de las Nieves se había fatigado mucho. A cada tramo de la escalera se detenía y, sentándose en uno de los escalones, se entretenía en contemplar la pequeña ciudad, allá abajo, de cuyo abigarrado conjunto de edificios emergía, a modo de una protuberancia, la cúpula redonda de la iglesia.

Al otro día, para rememorar sus días de la infancia, montaraz y dichosa, transcurrida a pleno sol, en el campo abierto, realizaron un corto paseo a caballo a través de los campos vecinos, pródigos en vegetación, y de las imponentes canteras al pie de las sierras lejanas, donde muchos hombres, sudorosos, sostenían rudas batallas con las moles de piedra, inconmovibles. Este paseo también fatigó a María de las Nieves, por lo que tuvieron que hacer frecuentes altos en la marcha.

A partir del día siguiente, optaron por consagrar sus paseos al Parque, y realizar éstos en automóvil. Eran unos paseos poéticos alrededor de la sierra, siguiendo un blanco camino practicado en ella con este fin. A medida que ascendían, en caprichosa espiral, sus ojos podían recrearse en los múltiples paisajes que se iban sucediendo. Era para ellos cosa nunca vista aquella sucesión de sierras pedregosas, de infinitos matices, a las que el brillante sol de la tarde imprimía maravillosas tonalidades. No se veía en ellas alma viviente alguna, a pesar de que en muchos lugares podía observarse la sinuosa y blanca vereda hecha por el constante paso de los hombres.



Roberto se asomó al abismo, como si hubiera querido calcular una vez más el camino que acababan de recorrer. Se asomó demasiado, sin duda, y fué como presa de un vértigo.

—Fíjate, Roberto, ¿qué habrá detrás de esas sierras?

—Otras sierras, querida.

—¿Y detrás?

—¡Quién sabe! Seguramente campos, arroyos, nuevos pueblos...

—Sería aventurado internarse en las sierras, ¿verdad?

—Ya lo creo. Nadie sabe lo que le espera en ellas. Son muy resbalosas las piedras, y un traspié puede costar la vida.

Estaban ahora en lo más alto del parque. Lo mismo que las que ornaban la falda, todas las piedras ostentaban innumerables inscripciones. Nombres, fechas, y a veces corazones entrelazados con unas iniciales dentro. María de las Nieves tuvo un capricho:

—¿Quieres que hagamos inscribir nuestros nombres en una de estas piedras?

—Si tienes ese gusto...

Un muchacho que merodeaba cerca de ellos se ofreció e inscribirlos. Fué en busca de un tarrito de pintura y un pincel, y se puso en seguida a sus órdenes.

—¿Qué nombres pongo? — preguntó.

—María de las Nieves y Roberto — contestó ella.

Luego se sentaron al borde del precipicio, respirando a plenos pulmones el aire fresco y bienhechor que les sacudía ligeramente.

Cada vez que María de las Nieves se asomaba al abismo para contemplar a los que subían trabajosamente la interminable escalera pétrea, sentía que se le iba la cabeza y se aferraba al brazo de Roberto, temblorosa:

—¡Qué miedo! Si me cayera de aquí, me mataría.

Posaron luego frente a uno de los fotógrafos que ofrecían a los ojos de los paseantes sus muestrarios tentadores. María de las Nieves tuvo el capricho romántico de que los retratasen juntos, tan juntos que parecieran fundidos el uno con la otra. Como siempre, Roberto accedió gustoso a su deseo. Se sentaron en el borde de una piedra, reclinada ella sobre su pecho, en esa actitud de la mujer desamparada que se cobija en el primero que le ofrece su protección. El fotógrafo, acostumbrado ya a esta clase de caprichos, no se sonrió siquiera.

A la caída de la tarde, cuando el sol, reflejándose blandamente en la falda de la cadena de sierras, les arrancaba nuevas y siempre caprichosas tonalidades, descendieron. Ella se apoyaba en el brazo de su marido, mimosa, oyéndole contar cosas de su juventud, en el pueblo natal, donde la vida se le ofrecía exenta de inquietudes y de maldades. Luego le habló de sus luchas y de sus sueños realizados y por realizar, y de vez en cuando reiterábale su promesa de hacerla eternamente feliz.

María de las Nieves, sintiéndose transportada a un mundo ilusorio, dábale gracias a Dios por el inmenso bien que le había deparado al poner a aquel hombre tan bueno en su camino.

Por las mañanas María de las Nieves permanecía en el lecho del hotel hasta muy cerca de la hora de almorzar. Roberto, en cambio, madrugador por naturaleza, se vestía a las ocho y salía a pasear por la ciudad, regresando más tarde con un presente para su mujercita, que se lo agradecía de todo corazón.

Una de aquellas mañanas, desde el lecho, le pareció a ella ver sobre un velador, en un diario que, sin duda, la víspera por la tarde había dejado allí la camarera, un retrato conocido. Miró con más atención y creyó reconocer al hombre allí retratado: "¿Es Roberto?", se preguntó con asombro, y se echó del lecho para comprobarlo.

Cuando lo contempló de más cerca, un frío mortal le corrió por todo el cuerpo. Aquel retrato, aunque no muy reciente ni muy perfecto, era el de Roberto, y si no lo era, no cabía duda de que se trataba de un hombre sumamente parecido a él. Sus ojos, aquellos ojos grandes, límpidos, serenos, no podían engañarle: eran sus ojos, los que la habían conquistado, y en los que se miraba confiada y dichosa.

Pero..., ¿qué hacía allí el retrato de su marido, si en realidad era el suyo? María de las Nieves ignoraba que su marido tuviera figuración alguna, ya fuera como artista, o escritor, o político, o simplemente como funcionario. Entonces, de ser él, ¿cuál era el motivo por que aparecía su retrato en el diario?

No sabía María de las Nieves cuál era, y, sin embargo, rogaba a Dios por que aquel retrato no fuera el de su marido. Cuando se hubo serenado, trató de leer el texto que acompañaba a aquella foto y, ante todo, el nombre del sujeto. Cuando dieron sus ojos con éste, un gran suspiro de alivio se escapó de su pecho. Aquel hombre no se llamaba Roberto Senillosa como su marido, sino Ricardo Salvetti: ¡Ricardo Salvetti! Lo raro era que, a pesar de todo, las iniciales de uno y otro eran las mismas. Esta comprobación y la mirada sugestiva de aquel hombre volvieron a llenar de zozobra su corazón. Pero, pasando de un razonamiento a otro, María de las Nieves acabó por tildarse de mentecata, ya que era una ridiculez temblar a la vista de un retrato cuya publicación podía obedecer a un motivo enorgullecedor. Se dispuso, pues, a leer el suelto periodístico, que era el siguiente:

"La policía uruguaya ha solicitado de la nuestra la captura de un sujeto llamado Ricardo Salvetti, acusado de reiterados atentados a la propiedad, y, sobre todo, de un nuevo género de estafa.

"El sujeto de referencia, bastante bien portado por cierto, usando de nombres supuestos, se ha venido dedicando últimamente a enamorar niñas de elevada posición social, con las que contraía enlace rápidamente con pretextos muy justificados, como ser, "ardiente amor", "necesidad de emprender un viaje de negocios", etc. Una vez contraído el matrimonio y en poder del dote de la novia, el tal sujeto se ha hecho siempre humo, dejando a la crédula enamorada con el corazón desgarrado, sin dinero, y, lo que es más trágico, ni soltera ni casada ni viuda. Son varias las familias damnificadas, pero ninguna de ellas ha querido dar parte a la policía de esta burla, para evitar el consiguiente escándalo.

"Ricardo Salvetti, cuyo retrato publicamos, es buscado ahora empeñosamente por la policía de la vecina orilla a raíz de una estafa por más de treinta mil pesos de que ha hecho víctima a la sucursal del Banco Tirolés. Como, por referencias, sabe aquélla que el tal Salvetti se halla en esta capital, tramando acaso una nueva boda, ha solicitado la cooperación de nuestra policía para aprehenderlo.

"Por nuestra parte, al mismo tiempo que ponemos en guardia a las niñas enamoradas, anticipamos la noticia de que una comisión de pesquisantes anda sobre la pista del tal sujeto. De caer en sus manos, creemos que este avisado enamorador no volverá a saber por el resto de sus días qué cosa tan hermosa es la libertad."

La lectura de este suelto produjo un efecto angustioso en el ánimo de la pobre María de las Nieves. Si el tal Salvetti era, efectivamente, su marido, ¿cómo podría tener ella valor para seguir conviviendo a su lado? ¡De ser él, estaba segura la infeliz de morirse de horror sintiendo sus caricias! Sus labios serían tizones del infierno sobre su boca pura de enamorada; sus ojos le causarían espanto en vez de confianza... ¡Ah, sentía erizársele hasta la raíz de los cabellos de sólo pensar en su situación frente a aquella terrible noticia!

—¡Yo la mujer de un ladrón, de un bandolero abominable!... ¡Antes prefiero la muerte!... Pero, ¿acaso sería esto lo más grave? Lo verdaderamente terrible sería mi situación. Si ese hombre fuera, en efecto, mi marido y lo prendieran, yo, la esposa de Roberto Senillosa, no tendría marido... ¡No tendría marido!... ¡Esto sí que es torturante, Dios mío!... Y ahora me explico también su gran apuro por que nos casáramos. ¡Es que deseaba apoderarse cuanto antes de mi dote para huir con él! Su casamiento conmigo sería así una estafa más en su larga lista... Yo, tan enamorada, tan crédula, ¡engañada así! ¿Qué daño he hecho yo a los demás para merecer este cruel castigo?... ¡Cómo se reirían mis amigas, esas malas amigas mías que no querían creer en mi boda!... ¡Mi dolor para ellas sería un nuevo motivo de satisfacción!... ¿Y mis padres? ¿Podrían soportar ellos este nuevo revés de su suerte?... Se morirían de dolor y yo tendría la culpa... ¡Pesaría toda mi vida sobre mi conciencia la muerte de mis pobres viejecitos!... ¡Señor mi-

(Continúa en la pág. 30)



JOSE M. BRAÑA

Autor de la novela corta que se publica en este número

LUNA DE MIEL

hace para los lectores de

Mundo Argentino

SU AUTOBIOGRAFIA

Allá por el año 1906, cuando nadie publicaba libros en Buenos Aires y los folletos literarios y poéticos estaban de moda, surgió una nueva figura en el ambiente literario. Era un muchacho de poco más de 15 años, lleno de vida y de ilusiones, que aspiraba a conquistar la gloria a breve plazo.

Aquel muchacho era una máquina para escribir. Escribía en el tranvía, en el restaurante, entre plato y plato, y en los bancos de las estaciones, en sus excursiones a los pueblos suburbanos. Entre las publicaciones hebdomadarias de la capital y del interior, llegó a colaborar en diez y ocho distintas por semana. No diré que sus versos fueran dignos de un Goethe o un Petrarca, pero sí diré que eran mucho mejores que los de más de cuatro poetas de la nueva sensibilidad, ya que aquéllos, por lo menos, tenían ritmo, rima y emoción.

Este exceso de publicidad le trajo a aquel muchacho la consiguiente consecuencia: su nombre se hizo en breve popular entre la gente del pueblo, ¡y bastante popular, por cierto! Esto que digo es la más pura verdad. Muchas venerables mamás y abuelas de hoy, que entonces coleccionaban sus versos, podrían confirmarlo.

En este tren de producción, aquel muchacho llegó a publicar treinta y cuatro folletos poéticos, cuyo contenido era casi siempre superior al de un libro corriente de 80 páginas. Las ediciones de estos opúsculos constaban de 20.000 ejemplares, que se difundían por todo el país. Del primero de todos, titulado: "La Fuente de los Cantares", publicado en 1906, se hicieron dos ediciones: total ¡40.000 ejemplares!

Escribió también algunas novelas cortas y muchas piezas teatrales, que los cuadros filodramáticos, tan abundantes en aquella época, representaban frecuentemente. Podría afirmar que durante mucho tiempo no pasaba semana que no se representasen una o más piezas suyas en los salones de la capital y de provincias. Su drama "Corazón criollo" fué un éxito; ¡obtuvo más de veinte representaciones en un año!... De las 19 piezas que llegaron a imprimirse, aún andan algunas rodando por las librerías de viejo.

Aquel muchacho se llamaba José Braña. En 1913, desengañado, aburrido, se suicidó. Y, cosa natural, todos se olvidaron de él. Pero esto no debo reprochárselo a nadie, porque hasta yo mismo lo olvidé. Desgraciadamente, ¡así es la vida!

II

Ahora diré cuatro palabras de mí: de José M. Braña; cuatro palabras solamente, pues mi vida y mi actuación carecen de biografía.

Surgí a la vida literaria en 1914. Hice mis primeras armas en "EL HOGAR", que, francamente, fué la cuna de muchos ingenios literarios del presente. Luego colaboré en todas las demás publicaciones de la capital, con excepción de alguna, a la que, por pereza, no envié colaboraciones.

Mi bagaje literario lo constituyen once libros que tengo preparados para publicar, algunos con su correspondiente portada y todo. Estos once libros sólo esperan el rasgo generoso de un Mecenas, o el de un editor que viera en la publicación de mis libros un negocio estupendo.

No tengo ideas políticas, ni ilusiones. La última ilusión que perdí fué la de sacarme la lotería. Y no me la he sacado, seguramente porque no he adoptado la actitud del paisano del cuento, de amenazar de muerte al director de la Lotería Nacional si no le concedía el premio mayor a su número.

Pero, a pesar de todo, me quedan una mujercita buena y cariñosa, unos hijos a quienes amo mucho a pesar de cuanto me hacen rabiar, y una esperanza: la de que los buenos amigos que tanto han hecho por mí no me abandonarán. Si alguno de ellos está cansado de favorecerme, le ruego que aguante un poco más, que yo trataré de morirme lo antes posible.

¿Y qué más? ¡Así es la vida!



A bordo del vapor que lo transportaba, un leopardo logra escapar de su jaula, y Frank Buck, el experto cazador de animales vivos para los jardines zoológicos, pasa por momentos de gran peligro para conseguir que la fiera vuelva a su encierro. Como de costumbre, la serenidad y la pericia de este hombre extraordinario triunfan de la ferocidad y del instinto.

COMO HE CAZADO VIVOS LOS ANIMALES SALVAJES

Un LEOPARDO en LIBERTAD

Por FRANK BUCK

EL episodio que a continuación narraré aconteció a bordo del "S. S. Granite States", mientras regresaba con una nueva colección de animales destinada a diversos zoológicos de mi patria. Entre las fieras enjauladas en la cubierta, una había que se destacaba por su extremada fiereza. Era un leopardo. Recuerdo que aquella noche llovía torrencialmente, por lo que sugerí al capitán, viejo amigo mío, la conveniencia de transportar la jaula del leopardo a un sitio más seguro, pues donde se hallaba no tenía protección alguna contra el agua. Así lo hicimos, y más tranquilo me retiré a dormir. Eran las cinco y media de la mañana cuando unos furiosos golpes dados en la puerta de mi habitación me despertaron.

— ¿Qué pasa? — interrogué, medio dormido aún.

— ¡Pronto, señor; pronto, señor! ¡Abra! — contestó una voz desde fuera.

Somnoliento, fuí a abrir. El que a tan intempestiva hora me llemaba era un oficial de a bordo. Tenía el rostro demudado y sus ademanes eran nerviosísimos.

— ¿Qué diablos sucede? — volví a preguntar.

— ¿Qué sucede? ¡Pues casi nada! ¡Que su leopardo se ha escapado de la jaula!

Pegué un salto y no esperé más. ¡Mi leopardo en libertad! Rápidamente me vestí y salí. Mientras lo hacía, el oficial me informaba de cómo se había producido la catástrofe. Esa noche había reinado gran tormenta y una enorme ola echó a rodar la jaula sobre cubierta. Pocos instantes después varias toneladas de agua la habían desfondado, dejando en libertad al animal, que se refugió en uno de los puentes. Mandé llamar de inmediato a Lal, mi criado hindú, y me dispuse a capturar viva o muerta a la evadida fiera. Los pasajeros dormían aún. Tanto mejor, pues de esa manera evitaríamos escenas, por cierto, nada gratas. Pocos minutos después Lal llegó, poniéndose aún los pantalones. Le ordené que cargara mi revólver con balas de las llamadas de fogueo. Me proponía, pues, cazar viva a la fiera. Al capitán del buque no le agradó mi intención y muy seriamente me comunicó que no estaba dispuesto a hacer peligrar la vida de sus pasajeros para salvar la de un leopardo. Sin embargo, cedió cuando le di mi promesa formal de que si el animal se enfurecía, lo mataría. Le pedí también que enviara de inmediato la caja a los carpinteros para que la repararan. Me dirigí a mi habitación, de donde regresé con mi rifle cargado con balas de verdad. Avisté al leopardo y hacia él me dirigí lentamente, apuntando con el rifle y con el dedo puesto en el gatillo, listo para disparar al menor intento de rebelión. Pero antes de adoptar esa medida extrema deseaba conocer el grado de ferocidad de aquel gato de las selvas.



Deslizándome entre unos grandes barriles de aceite, seguí avanzando. Estaba listo para matar. Lal, a mi lado, gozaba al conocer mis intenciones. Como buen hindú que era, sostenía la creencia de que todo ser que peca debe morir, y que en ese caso sólo la muerte correspondía al pecado de haberse evadido de la jaula. Más y más nos acercamos con mi rifle preparado y mi vista acechando constantemente a la fiera. Sólo cinco metros nos separaban de ella. Mi dedo reposaba en el gatillo, pero a pesar de eso no tenía deseos de disparar. Me acerqué un poco más. Todo lo que hizo el leopardo fué lanzar un bufido, desnudando sus garras mientras hacía movimientos como si se dispusiera a saltar sobre los barriles y alejarse lo más pronto posible de mí Toda su acción parecía indicar su deseo de escapar. Por supuesto, de haberlo yo atacado, habría peleado hasta morir, pero mi intención no era tal.

— Creo que podemos atraparlo vivo, Lal — murmuré. — Estoy seguro que nos tiene miedo.

Observé el rostro de Lal, donde se pintaba la más grande de las desilusiones. Mi decisión lo desencantaba, pues creía poder ver a la fiera morir. Le entregué mi rifle y retorné al centro de la cubierta, donde se hallaba el comedor para oficiales completamente desocupado. La jaula había sido ya arreglada y la coloqué no lejos de allí, con la puerta abierta. Abrí la del comedor, y, revólver en mano, volví a perseguir al leopardo. En otras oportunidades creo haber dicho que a pesar de mis muchos años de cazador, jamás expuse mi vida inútilmente o en homenaje a alguna baladronada. Sabía de sobra que estos gatos manchados son muy peligrosos, principalmente cuando son perseguidos. Mi plan consistía en tratar de introducir a la fiera en el comedor, cerrar la puerta, colocar la jaula delante y obligarla luego a salir de la habitación para entrar, como se comprenderá, en su primitiva prisión. De nuevo Lal y yo nos encontramos entre los barriles frente al enemigo. Sin saber qué hacer, el animal se hallaba aproximadamente en el mismo sitio donde lo dejamos. Me coloqué en un ángulo desde el cual mi posición me permitía disparar y hacer que el salto lo condujera al centro de la cubierta. Así fué, disparé, y de dos grandes saltos ca-

(Continúa en la página 15)

EL CONSEJERO DE LOS NOVIOS

Por NENUFAR

1º — **LOS ANILLOS** deben entregarse en presencia de los padres de los novios; cuando lleguen los invitados ya se habrá realizado este sencillo acto.

2º — La fiesta se realizará a continuación, celebrando el acontecimiento.

3º — El novio es el indicado para colocar el anillo a su amada.

Contestando a "Shakespeare", de Bahía Blanca.



LOS HOMBRES, al parecer inconscientemente, se fijan en todo. Una posición grosera al sentarse, una costumbre antipática: el morderse los labios o arrugar la frente o pellizcarse las mejillas, por ejemplo, son cosas que a veces les sublevan, o sin llegar a tanto, los van desilusionando, y ya es conocido que gota de agua tras gota de agua termina por horadar la piedra. Pues bien, entonces es preciso no desilusionarse. Y, sobre todo, jovencitas, hay que dominar los nervios y tratar de mostrarse del modo que se haya comprendido que más atracción se consigue.

Y cuando lo hayan atraído y asegurado, entonces hay que preocuparse de conservarlo.

Cdo. a "Clotildita", de Caballito.

Los celos de la mujer proceden generalmente del despecho. Los del hombre son hijos del egoísmo.

SI EL NOVIO VISTE TRAJE DE SACO NEGRO llevará corbata negra, gris u obscura el día de su boda; es preferible que el sombrero también sea negro.

Contestando a "Novio ignorante", de Moquehuá.



CORRESPONDE AL NOVIO comprar la ropa de cama y la mantelería, como ya hemos contestado en otras ocasiones; el resto del ajuar corre por cuenta de la familia de la novia.

Cdo. a "El Pollo", de Pergamino.

Queremos que esta página sea un verdadero consejero para los novios. Por eso contestaremos en ella toda pregunta que nos sea dirigida sobre este tema.

Quien así te hable...

Por SANTIAGO P. SCHERINI

El que te hable de amor
y te diga que es muy bello,
pintándote en un destello
todo su grato esplendor,
el que así te hable de ello,
no ha conocido el amor.

El que te hable de amor
y te diga que es malvado,
y que encierra, despiadado,
sólo engaños y dolor,
el que así te lo ha explicado,
no ha conocido el amor.

El que te hable de amor
y te diga que es delirio,
continua lucha, martirio,
esperanza, luz, valor...,
¡ése conoce el amor!

PARA CONQUISTAR UN MARIDO no haga nunca nada que rebaje su dignidad, pero tenga cuidado que sea su dignidad y no su vanidad o algún convencionalismo anticuado y ridículo lo que le impulse.

Contestando a "Novia insegura", de Venado Tuerto.

LA MADRINA DE LA BODA debe hacer un regalo a los novios. Puede regalar una alhaja, un mueble, un objeto de arte o vajilla para la casa.

Si está disgustada con la familia de la novia, haga un obsequio al novio si lo prefiere.

Contestando a "Madrina agradecida", de Tucumán.

LOS GRANDES ENLACES



Entre los grandes enlaces realizados últimamente en esta capital figura el de la señorita Delia de Oliveira Cézar, con el doctor Sylla Monsegur (hijo), ambos vinculados a dos tradicionales familias porteñas. La ceremonia de este casamiento dió margen a una reunión social de destacadas proporciones.

Foto Witcomb

1º — **ERA COSTUMBRE HASTA HACE ALGUNOS AÑOS** usar el anillo después de casados en la mano derecha, pero hoy es más usual seguirlo llevando en la izquierda; puede usarlo indistintamente en la mano que más le agrade.

2º — El traje de novia es siempre blanco, a no ser que desee casarse con traje de calle.

Contestando a "Amanda Z.", Concepción del Uruguay.



EL HECHO DE QUE SEA DOS AÑOS MAYOR que su prometido, no es causa para que interrumpa esas relaciones, sobre todo, si se aman con locura como me manifiesta.

Haga todo lo posible por mantener siempre vivo el fuego de esa pasión y nada tema.

Contestando a "Diosma inolvidable", del Azul.



EN LAS PARTICIPACIONES DE ENLACE corresponde figurar el nombre de su madre aun cuando resida en otra localidad y no tenga amistades en el sitio en que usted vive.

Contestando a "Futuro esposo", de Chivilcoy.

El matrimonio es el acto más trascendental de la vida, y por consiguiente, el que menos se medita.

LA NOVIA EL DIA DE SU BODA se mostrará suave, amable, delicada y atenta con todos los que la rodean, tratará de ser agradable en todo momento, ya que ese día más que ningún otro es el blanco de todas las miradas.

Trate de ponerse lo más linda posible y resultará completa.

Cdo. a "Munyinga", de Lanús.



EN LOS MOMENTOS QUE NO ESTE CON SU NOVIO trate de adquirir personalidad que es indudablemente una de las cualidades que proporcionan mayor atracción del hombre hacia la mujer.

Cdo. a "Ruborosa", de capital.

DIRIJA USTED SU CORRESPONDENCIA A
Sección
"Consejero de los novios"
Redacción de
Mundo Argentino
RIO DE JANEIRO 300 — B. AIRES

LA AUSENCIA ACRECIENTA EL AMOR VERDADERO

UNA CLASE DE BELLEZA POR SEMANA

Arrugas en la frente

Por JOSEFINA HUDLESTON

EL aire marino, el sol y la excesiva actividad física pueden provocar arrugas en la frente. Los gestos un tanto exagerados que hacemos al practicar el tennis o cualquier otro juego atlético, contribuyen en cierto modo a la aparición nada grata de esas contracciones en la piel. Y he aquí que gozando de las esplendideces veraniegas olvidamos estos detalles, que si bien en esos instantes nos parecen de escasa significación, no por eso podemos más tarde dejar de reconocérsela, y muy grande. Al llegar a nuestros hogares nos sentimos demasiado cansadas para prestarles atención y las desatendemos. Pero luego que todo ha pasado, después que los días de playa y de deportes se alejaron, vienen los quebraderos de cabeza. Recién entonces reconocemos la perniciosa influencia que sobre la piel han ejercido los ardorosos rayos y no pensamos más que en buscar la forma que nos permita desterrar de nuestra frente esas arrugas que, amenazadoras, comienzan a insinuarse.

Esta semana ofrezco a mis lectoras un procedimiento, realizado esencialmente a base de masajes y manipuleos que la propia interesada podrá aplicarse. Será sorprendente la prontitud con que la frente responderá a ellos si la lectora consiente en seguir las instrucciones que a continuación detallo: Una de las razones por las que la frente cede ante este masaje es debido a la escasa cantidad de tejido que necesita ser rejuvenecido, consistente tan sólo en una delgadísima lámina colocada entre el hueso y la piel misma. El tratamiento superficial de la frente que incluye su purificación y alimentación destinadas a aumentar la circulación, es todo cuanto se necesita para hacer que la piel que cubre la frente sea fina y suave. Sucesivos experimentos llevados a cabo en los más grandes institutos de belleza del mundo han demostrado que los cepillos de pelo suave son ideales para vitalizar la circulación. Ellos han de ser los encargados de extender la crema por sobre la frente. Recomiendo para estos casos los cepillos de pelo de camello, sumamente adaptables por su extremada suavidad, que no solamente estimulan la circulación, sino que también atraen gran cantidad de sangre pura a la frente, haciendo así aumentar la actividad de los conductos y capacitándolos para desalojar cualquier impureza que pudiera existir en los poros. Antes de comenzar con el tratamiento es necesario hacer desaparecer de la piel la más insignificante presencia de grasitud. Luego que una abundante capa de crema ha cubierto la frente, el suave cepillo entra en acción. Efectúese un enérgico movimiento de rotación hasta que una pequeña mancha indique que una abundante cantidad de sangre ha sido traída a aquel lugar. El pequeño cepillo de goma, cuya forma puede ser apreciada en uno de los grabados, es utilizado a continuación. Para lograr el mayor beneficio posible de este masaje en la frente, debe trabajarse comenzando por el final de las cejas en dirección a la sien, moviendo gradualmente el cepillo hacia el centro, hasta que toda la frente ha sido tratada. Finalícese el proceso con movimientos circulares hechos con el cepillo de pelo de camello. Y a propósito de esta clase de cepillos, debo añadir que hay muchos de clases distintas en venta. El que se observa en la fotografía es de los mejores, pues la goma gruesa (sin ser dura) hace el trabajo de los dedos.

El procedimiento citado puede ser aplicado dos o tres veces por semana, hasta que la piel cobre la suavidad requerida. En adición a esto tenemos la rutina nocturna, si se desea hacer



He aquí el pequeño cepillo de goma cuya acción es simular a la impresa por los dedos.



Masaje de la frente con los dedos, partiendo de las cejas hacia arriba en dirección al cabello.



Distribución de la crema sobre la frente que luego será trabajada con el cepillos de goma.



Colocación de la cinta aisladora para evitar que durante las arrugas vuelvan a pronunciarse sobre la frente.

que los resultados sean mas satisfactorios. Por supuesto, la piel debe ser purificada todas las noches antes de retirarse. Terminado esto debe aplicarse la crema y luego masajear la frente con los dedos. Colocando sus puntas en los finales de las cejas, trabájese lenta y firmemente hacia arriba y hacia el costado, siempre en dirección a la sien. Levántese los dedos y repítase este movimiento cinco veces. Colóquense las puntas de los dedos en el centro de las cejas, y trabájense hacia arriba hasta llegar a la línea del cabello. Este movimiento debe ser hecho cinco veces. Colóquense a continuación las puntas de los dedos en el centro de la frente, y repítase la operación anterior, también cinco veces, hasta el cabello. El movimiento de "trabajar los dedos hacia arriba" es siemple, pues constituye en apretar y suavizar alternativamente sobre la piel hasta que se llega al cabello. Nunca debe retorcerse o presionar dos veces sobre un mismo sitio. Una vez removida la crema, puede ser aplicado cualquier líquido tónico que goce de fama. Mientras éste se seca, córtense pequeños trozos de cinta aisladora que pueden ser colocados sobre un trozo de género de la forma de una V, que sea lo suficiente larga como para cubrir la frente. Muchas de ustedes, a buen seguro, que necesitarán un trozo más corto que el que puede apreciarse en una de las ilustraciones. Suavícense las líneas de la frente antes de colocar el emplasto. Esto no sólo evita que las arrugas vuelvan a formarse durante el sueño, sino que imprime una acción reactivadora a los tejidos que los beneficia. Por la mañana la cinta es despegada pudiendo los residuos que queden adheridos ser exterminados con alcohol. Y así periódicamente puede repetirse la operación que no es complicada, aparte de proporcionar magníficos resultados.

Recomiendo, pues, a mis lectoras, este proceso para desterrar las arrugas de la frente y evitar la aparición de otras nuevas.

EN EL PROXIMO NUMERO
UNA MALA MUJER
NOVELA CORTA
De HECTOR C. IGLESIAS

COMO HE CAZADO...
(Continuación de la página 12)

yó no lejos de la habitación de los oficiales. Lentamente avancé. Cuando lo creí oportuno, volví a disparar, pero esta vez no tuve suerte. Al oír el disparo, el leopardo se agachó, listo para saltar, mientras mostraba sus afilados dientes y sus garras puntiagudas. No intenté irritarlo más. Frente a frente nos miramos varios minutos. Nuevamente apreté el gatillo. Fué algo inverosímil. Tuve la intuición de que algo pasaba volando sobre mi cabeza. Rápidamente me agaché. Seis metros detrás de mí cayó el elástico gato, después de haber cubierto no menos de doce metros con su salto. Apuntando a sus ojos, volví a hacer fuego. El ataque imprevisto lo sorprendió y saltó nuevamente. Sentimos gritos agonizantes. Provenían de un muchacho chino que en ese momento, ajeno por completo a todo cuanto ocurría en aquella parte de la cubierta, traía una bandeja con dos vasos de agua. Gritando como un desesperado, cayó, levantándose de inmediato y echando a correr en dirección a la puerta. Y tras él, haciendo lo propio, iba el leopardo. La sorpresa producida por el choque les había echo perder a ambos la noción de las cosas. Cuando lo inesperado ocurre de una manera tal, tanto el hombre como el animal pierden el control de sus nervios. Al acercarse a la puerta, el muchacho vió una cuerda suspendida y a ella se trepó, quedando colgado como un mono. Traté de sacar partido de la confusión del animal y volví a hacer una serie de disparos. Mientras tanto, los pasajeros (eran ochenta, aproximadamente) habían despertado, y enterados de lo ocurrido, presenciaban la escena. Nuevamente delante de la puerta permaneció quieto. Allí estaba cuando los gritos de los pasajeros lo enfurecieron, haciendo que sus ojos brillaran furiosamente.

—¡El rifle, Lal! — grité.

El muchacho estaba tan ansioso de entregármelo, que ya me lo había extendido. Era evidente que deseaba a toda costa la muerte del leopardo. Le entregué el revólver, advirtiéndole que cuando yo hiciera una seña con la mano izquierda, debía él hacer fuego. Pocos instantes después bajé la mano. Sonó el disparo; pero el gato, en lugar de meterse por la puerta, pegó otro formidable salto y se alejó de ella.

Aquello comenzaba ya a cansarme. No estaba dispuesto a gastar muchas energías para capturarlo vivo o muerto. Pero, por fortuna, la fiera también estaba cansada. La perseguimos nuevamente, y diez minutos después volvimos a arrinconarla. Hicimos tres disparos, y finalmente, viendo que no había otro sitio donde ir, entró en el comedor. Cerré de inmediato la puerta y lo primero que hice no fué precisamente traer la jaula, sino secar el sudor que con abundancia cubría mi rostro. Y después de algunos momentos de descanso, la trajimos ya arreglada y reforzada, colocándola frente a la habitación, cuya puerta abrimos con grandes precauciones. Mientras un grupo de marineros la sostenía allí firmemente, abrí una pequeña ventana circular, situada en la parte trasera de la habitación, y con un largo palo traté de hacer pasar al leopardo a su jaula. ¡Inútil tarea ésta! Seis veces cambié de mano, hasta que ya cansado y enfurecido, arrojé el palo lejos de mí. Fuí a mi camarote y regresé con un fino látigo que me fué regalado en Singapur. Con él en una mano y el revólver con balas de fogueo en la otra, hube de sostener una verdadera batalla con aquel gato que duró no menos de quince minutos. Al fin, mis deseos se vieron cumplidos. Cansado de recibir latigazos, el animal cruzó la puerta y se metió en la jaula, cuya puerta fué de inmediato cerrada. Los gritos que lanzaba al ser castigado habían atraído a todo el pasaje y la tripulación, que por entre los barrotes de la jaula contemplaba tan rara escena. Yo también recibí mi parte de castigo consistente en dos zarpazos que hicieron saltar verdaderos chorros de sangre de mi brazo derecho. Al final, pude nuevamente contemplar a aquel leopardo debatiéndose furiosamente entre los gruesos hierros de su prisión.

Cinco semanas más tarde, la peligrosa fiera entraba a formar parte de la colección de fieras de un zoo de Chicago.

SEGUNDO GRAN CONCURSO DE CUENTOS CORTOS

¿Cómo termina este cuento?

(Ver las bases en la página 46)

POR fin iba a unir su destino con Blanca, después de tanto tiempo de adversidades, en que los obstáculos parecían brotar uno detrás de otro para impedir la realización de su ensueño! Ahora estaba con ella en una de las principales mueblerías de Buenos Aires. Iban a elegir los muebles con que adornarían su nido de amor. El dependiente que los atendía sonreía con indulgencia ante las exigencias de los novios, pues ninguno de los juegos que veían era de su agrado. Por último, se decidieron por dos, acaso de peor gusto que muchos de los rechazados, y ordenaron que se los enviaran.

Ya tenían comprado el dormitorio y el comedor a su gusto. Ahora faltaban otros detalles no menos importantes. La casita también la tenían elegida en el barrio de Palermo, en una calle tranquila y arbolada, sobre la cual se abrían sus balcones.

Iban del brazo por las calles del centro como dos recién casados. ¿Qué importaba que los viera nadie así? ¿Acaso no iban a casarse dentro de contados días? Eugenio, sobre todo, parecía ir del brazo de una princesa, pues la ufanía que denotaba era la de un hombre que va orgulloso de acompañar a una mujer que los demás hombres miran con codicia... Blanca también, naturalmente, revelaba estar muy contenta, aunque no tanto como su futuro marido. Era una mujer menos apasionada que Eugenio y le gustaba dominarse, contener todos los impulsos, por temor de la gente o de sí misma, no sabría ella misma explicar por qué.

Después de haber comprado todo cuanto les hacía falta, entraron en una confitería a reparar las fuerzas. Habían caminado bastante sin casi darse cuenta de ello; luego, el regatear con los vendedores les había consumido energías. Así que devoraron más que comieron los sandwiches y bebieron ávidamente el café con leche que les sirvieron. Durante el tiempo que estuvieron en la confitería Eugenio estuvo afectuoso como siempre y no le sacaba los ojos de encima. Se sentía henchido de felicidad y le parecía una tontería disimularla. Por otra parte, no era él hombre de ocultar sus emociones. La expansión era su debilidad o su fuerza, vaya uno a saberlo, y cuando estaba contento o triste, lo manifestaba ampliamente, sin ocultaciones de ninguna especie.

Salieron de la confitería y echaron a andar por la avenida de Mayo, que era un hervidero de gentes que iban y venían a esa hora de la caída de la tarde.

—Vayamos a casa, Eugenio. Hace ya varias horas que hemos salido y mamá se intranquiliza en seguida.

—Como quieras.

En ese instante Eugenio se quedó observando a un hombre que le miraba fijamente. Era el mismo que ya había visto varias veces esa tarde. Al principio, no le hizo caso; pero la insistencia del desconocido comenzó a chocarle.

—¿Qué miras? — le interrogó ella.

—Observa con disimulo a ese tipo que ahora cruza la calle. Ya lo he visto varias veces esta tarde con la mirada clavada sobre mí. Me está poniendo nervioso. ¿Quién será? ¿Acaso un loco?

Blanca se encogió de hombros.

—No le des importancia. ¿O tienes miedo que me rapten?

El sonrió y dijo:

—Tendrían que pasar por encima de mi cadáver, como dicen en los melodramas, antes que te sacaran de mi lado.

—No sería la primera vez que una novia es raptada en vísperas de casarse, ¿no es cierto?

—Ha ocurrido algunas veces, es verdad. Pero fíjate ahora, Blanca: ahí está otra vez ese tipo inquietante. El cree que no lo observo, pero no dejo de hacerlo... No recuerdo haber visto nunca esa cara... Y tampoco es de esos tipos que son capaces de seguir a una mujer cuadras y cuadras sin decirle una palabra... No, no... Ese tipo no mira a nadie más que a mí... ¿Quién diablos será?

—Pero te estás poniendo nervioso, negro... ¿Para qué te preocupas de ese idiota?

—¡Es que, francamente, es demasiada impertinencia!

—Mira: tomemos este ómnibus y no te acuerdes más de ese sujeto.

Subieron a un ómnibus rojo que iba a plaza Italia. Anochecía. Ya comenzaban a encenderse los focos de luz y los tranvías pasaban repletos de obreros y empleados de rostro fatigado.

Blanca y Eugenio hallaron un asiento desocupado. Ella estaba más contenta ahora que él, que callaba todavía dominado por la nerviosidad que le había producido el desconocido con sus insistentes miradas de loco o delincuente.

—¿Todavía te preocupa el imbécil ése que te miraba?

—No... Estaba pensando en que por fin voy a ver realizado mi sueño...

Pero mentía. La realidad era que seguía preocupado con el individuo que le había seguido por las calles del centro. ¿Quién sería? ¿Por qué, cuando él le había mirado con fijeza que era un reproche a su impertinencia, el desconocido había rehuído la mirada y hasta cruzado la calle, haciéndose el distraído?

Mientras rodaba el ómnibus por las calles en dirección a Palermo, Eugenio continuaba su monólogo interior. Por más que quería prestar atención a su novia, que hablaba incansablemente a propósito de todo, él estaba absorbido y no podía arrancar de su mente la imagen del desconocido. A veces le parecía que aquella cara le era conocida, que aquel hombre había conversado alguna vez con él; pero ¿dónde? ¿Cuándo? No, no... El no había visto nunca aquellos ojos perseguidores que le obsesionaban ahora con esa mirada impresionante de los locos. Lo que pasaba era que él, siendo tan nervioso, se preocupaba por cosas que a los demás hacen reír o les tiene sin cuidado...

A Eugenio le ponía nervioso cualquier motivo, y eso que era de temperamento más bien optimista; pero sus nervios le dominaban y le hacían sentir inexplicables fobias, antipatías que él comprendía que eran ridículas pero inevitables.

—Pero ¿qué te pasa? Otra vez te has quedado distraído, con el pensamiento ausente... No puedo creer, Eugenio, que te siga preocupando todavía ese individuo... A ti te pasa algo... ¿Por qué no me dices lo que tienes?

El le oprimió cariñosamente la mano y la miró sonriente.

—¿Qué quieres que me pase? Nada... Será porque de pronto me ha venido el recuerdo de mi madre, la pobrecita que no pudo ver a su hijo casado, tal como ella quería. Yo en mis cartas le hablé mucho de ti... Tú sabes que ayer hizo un año que murió, y su recuerdo me asalta a veces llenándome de melancolía...

Ella le estrechó más fuertemente la mano, cual si quisiera consolarle sin palabras, y le clavó sus ojos húmedos de emoción.

—¡Pobre mi negro! — exclamó después de un instante de silencio. — Comprendo tu pena... Pero yo seré tu nueva madrecita; yo te mimaré como lo hacía ella cuando eras niño...

Eugenio la miró como escrutándole el alma, y vió en sus ojos que decía la verdad.

Blanca era la única mujer que había sabido comprenderlo. Las demás, todas esas mujeres que habían pasado por su vida sin dejar rastros, no habían hecho más que dejarle insatisfecho, con hambre y sed de un verdadero amor. Y este amor definitivo por fin había llegado.

Es verdad que sufrió mucho luchando con la adversidad, al ver que pasaban los días y no podía realizar la unión que tanto deseaba. Fueron los más amargos de su vida, no obstante contar con el cariño de Blanca, que le estimulaba a esperar el momento oportuno, cuando su situación cambiara y pudiese hacer frente a las necesidades de un hogar.

Ella, que se había enamorado de él por él mismo, y no porque tuviera un buen empleo o porque supiese bailar muy bien, como les pasa a cierta clase de mujeres que por desgracia abundan, no desesperaba. Creía que Eugenio era un hombre de talento y de capacidad de trabajo para labrarse una posición con el andar del tiempo.

Cuando llegaron cerca de la plaza Italia, ya era de noche. Bajaron del ómnibus y encaminaron sus pasos por la calle Malabia hacia Las Heras. Iban del brazo, respirando voluptuosamente el aroma de las flores del Jardín Botánico. A lo largo de la calle no se veía un alma. Un auto estaba parado en la esquina de Arenales. La pareja iba embebecida mirándose en los ojos. El mundo había desaparecido para los enamorados...

De súbito, Eugenio dió un grito al recibir un fuerte golpe en la cabeza que le hizo perder el sentido y rodar por tierra.

. . . .

Cuando lo recobró, vió que se encontraba en su cama. Un papel estaba encima de la mesa de luz. Lo tomó y lo leyó rápidamente: "No diga nada a la policía. Aquí tiene cinco mil pesos. Es el precio de su silencio."

Eugenio se dió un pellizco terrible para comprobar si estaba soñando. Luego habló por teléfono a la casa de su novia. La noticia terminó de anonadarlo: ¡su novia había desaparecido!

—¡Dios mío! ¿Qué es esto? ¿Qué es lo que pasa? ¿Acaso el desconocido aquél tiene algo que ver en este misterio?... ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Yo voy a enloquecerme!

Fué a tirarse de bruces sobre la cama, sollozando como un niño, y en eso vió un guante de mujer a los pies del lecho. Lo alzó, y su estupefacción no tuvo límites al comprobar que no era de su novia, pues ella usaba guantes cortos y éste que tenía en las manos era largo.

—Pero ¿qué misterio es éste? — se interrogó presa de la angustia. — ¿Quién es el que ha tramado todo esto? ¡Yo voy a volverme loco!

Termine este cuento y...

Gane usted 100 pesos

LAS LLAVES DEL ÉXITO

El que no sabe ahorrar, no puede administrar el dinero de los otros

El ahorro es la base de toda prosperidad. No se puede empezar una empresa sin dinero. El hombre que no ha ahorrado un peso, no es apto para ser depositario de la confianza, el capital o el crédito de otros. La ineptitud para ahorrar sugiere la carencia de otras aptitudes.

Los hombres de finanzas y negocios más prósperos empezaron a ahorrar a edad temprana. John D. Rockefeller ahorraba antes de los siete años, y cuando tenía nueve era un verdadero hombrecito de negocios. Ahora enseña a sus nietos a ahorrar.

Henry Frick empezó a ahorrar dinero antes que empezara a votar y no dejó ese hábito aun después que hubo ganado su primer millón. La fortuna de Armour de hoy en día fué sólo posible gracias a la laboriosidad y frugalidad de Felipe Armour cuando era un joven que trabajaba en California. Ahorró 5.000 dólares, ganados principalmente cavando la tierra.

Todos sabemos que la fortuna de Vanderbilt fué fomentada por la severa economía de la digna esposa del comodoro. George Eastman, cuando era muchacho, fué perseguido constantemente por el espectro de la pobreza, y desde el día que empezó a trabajar comenzó también a ahorrar cada centavo posible. Si no hubiese hecho esto, no hubiera podido iniciar el negocio que lo ha convertido en uno de los treinta hombres más ricos de América.

Henry Ford tuvo que luchar penosamente para obtener el capital necesario que lo capacitase para iniciar la fábrica de automóviles que posee. Si él no hubiera ahorrado, no hubiese podido inducir a otros a prestarle su apoyo financiero.

A. Barton Hepburn tuvo que pedir prestado dinero para costearse los gastos de la universidad, y fué solamente porque era ahorrativo que pudo iniciarse en los negocios a una edad temprana. Hoy en día es uno de los banqueros más prósperos del mundo.

"Nadie puede adquirir una fortuna —dice D. O. Mills discutiendo la prosperidad— si no hace un esfuerzo, y el hábito de la economía, que se aprende ahorrando los primeros cien pesos, es de incalculable valor más adelante. No es el dinero, sino el hábito lo que vale. No hay nadie más inútil que el hombre sin un centavo; no importa cuán capaz sea. No hay ningún hábito más perjudicial para su reputación entre hombres de negocios que los continuos pedidos de pequeñas sumas de dinero."

"Se me ha dicho con frecuencia —dijo sir Thomas Lipton, el famoso hombre de negocios y deportista recientemente fallecido— que defina el verdadero secreto del éxito. Es la economía en todas sus fases. Un joven puede tener muchos amigos, pero no hallará ninguno tan constante, tan pronto para responder a sus necesidades, tan capaz de llevarlo adelante como un pequeño libro con el nombre de un banco en sus tapas. El ahorro es el gran principio de todo éxito. Crea la independencia, le da crédito a un joven, lo llena de vigor, lo estimula con la verdadera energía; en realidad, le trae la mejor parte de cualquier éxito: la felicidad. Si fuera posible inyectar la cualidad del ahorro en cada niño, tendríamos una mayor cantidad de verdaderos hombres."

"La primera cosa que debiera aprender un hombre es ahorrar su [illegible] Andrew Carne[illegible] —

Ahorrando su dinero, fomenta la frugalidad, el más valioso de los hábitos. La frugalidad es la gran hacedora de fortunas. Divide la línea entre el salvaje y el hombre civilizado. La frugalidad no desarrolla solamente la fortuna, sino también el carácter del hombre."

Marshall Field, cuando se le preguntó cuál creía que había sido el momento decisivo en su carrera —el momento desde el cual no hubo más peligro de pobreza,—dijo: "Ahorrando los primeros 5.000 pesos que tuve cuando pude haber gastado el sueldo moderado que ganaba. La posesión de esa suma, una vez que la tuve, me dió la capacidad para aprovechar las oportunidades. Ese es el momento que considero decisivo."

Un hombre que es incapaz de manejar con buen resultado sus propias finanzas, es poco probable que pueda manejar satisfactoriamente las finanzas de los demás. El ahorro exige prudencia, imperio de sí mismo, disciplina y abnegación.

La fundación de nuevas industrias, la construcción de nuevos ferrocarriles, la apertura de minas nuevas, la edificación de casas nuevas: para todo esto se necesita capital, y el capital no es más que el dinero que ha sido ahorrado.

El ahorro, como podemos verlo, es esencial para el progreso en tiempos de paz.

Los ahorros son el trabajo acumulado. Representan el trabajo que usted ha hecho y cuyo producto no ha derrochado.

El hombre que gasta todo lo que gana, rara vez va muy lejos. El viejo proverbio dice que el tonto y su dinero pronto se separan. No hay virtud en la pobreza. Pero la pobreza a menudo engendra el vicio, enfermedades y todas clases de males.

El derrochador nunca es feliz, nunca está satisfecho, no conoce la tranquilidad. ¿Ha conocido usted a alguien que se haya arrepentido de haber ahorrado dinero?

Una cuenta de banco eleva el respeto a sí mismo de un hombre, realza su hombría, aumenta la confianza en sus fuerzas, fortalece la tranquilidad de su espíritu; por tanto, lo hace mejor empleado, mejor ciudadano, mejor padre.

El hombre que no ha ahorrado nada, rara vez puede aprovechar oportunidades en los negocios.

Muchas fortunas han sido hechas por la habilidad de un hombre al saber aprovechar la oportunidad cuando se presentó, una oportunidad que exigía la pronta habilitación de una suma de dinero.

Un hombre que depende del salario para comer, que vive al día, teme emprender cualquier negocio. No puede correr ningún riesgo ni aventurarse en otro campo más propicio.

(Continúa en la página 19)

La trágica aventura amorosa del príncipe Humberto de Saboya con la estrella Jeannette Mac Donald fué sólo un producto de la fantasía

"Jeannette Mac Donald, la famosa estrella del cinematógrafo, al ser sorprendida "in fraganti" en una aventura amorosa con el príncipe Humberto de Saboya, fué herida de tres balazos por la esposa de aquél, la princesa María José de Bélgica, uno de cuyos disparos le ha quitado el ojo derecho a la famosa actriz."

HE ahí la escalofriante y sensacional noticia con que un día nos desayunó el cable. En verdad, debemos confesar que, en parte, no nos habría producido gran sorpresa por hallarse envuelta en el suceso una de las más brillantes figuras de la pantalla, pues la publicidad cinematográfica ha excedido ya todos los límites de la fantasía y nos tiene curados de espanto hasta para las más fabulosas e inverosímiles historias.

Pero, en cambio, la versión de este "affaire" resultaba fuertemente sospechosa desde que afectaba nada menos que a los miembros de dos familias reales de las más tradicionalmente austeras y protocolares, y era lógico suponer que aun en el más extremo de los casos, admitiendo que el trágico incidente hubiera sido cierto, no habría podido trascender de la hermética reserva de los círculos palaciegos.



Con una encantadora y expresiva sonrisa, he aquí a Jeannette Mac Donald luciendo una corona que, sin ser legítima, ella la lleva con mucha más gracia que otras reinas auténticas.



En su primer viaje a Francia, Jeannette consulta democráticamente a un gendarme de París, que le indica con tanto énfasis como si le estuviera señalando el camino de la gloria.

Sin embargo, la noticia se difundió extraordinariamente. Y de inmediato comenzaron a surgir nuevas versiones sobre las consecuencias del suceso. Se habló de una posible separación entre los principescos cónyuges, de que la Jeannette Mac Donald se retiraba de la escena, de que sería reemplazada por su hermana Blosson que es idéntica a ella... etc., etc.

Y el público tuvo así durante varias semanas un plato extraordinariamente propicio para el comentario escandaloso, en el que la atracción se reforzaba por la calidad de los protagonistas, mezcla de sangre azul y fulgor de estrellas...

SILENCIO POR DISCRECION Y SILENCIO POR CONVENIENCIA...

Entretanto, y a pesar de la considerable algazara periodística formada alrededor del insólito episodio que había llegado a apasionar al público ávido de sensaciones fuertes, no se había logrado concretar ningún indicio cierto, de fuente indiscutible que permitiera establecer la exactitud de los hechos.



La flamante pareja principesca de Humberto de Saboya y María José de Bélgica, injustamente involucrada en el calumnioso "affaire" con la Mac Donald, sigue gozando de la dulce paz del hogar.

Por una parte, no obstante la regia investidura del matrimonio afectado por la noticia, los círculos oficiales mantuvieron un silencio inconmovible. Ni siquiera partió la más leve insinuación en el sentido de rectificar o desmentir la versión. Actitud explicable y muy digna, por cierto, que puso de manifiesto la indiferencia y el desprecio que merecieron los autores de la sensacional patraña, demasiado burda para poder penetrar los

inexpugnables muros de la corte.

Y por otra parte, tampoco la propia Jeannette Mac Donald se apresuró a traer su palabra de protesta por la calumniosa versión. Por el contrario, se limitó a dejar que las cosas siguieran su curso con el consiguiente beneficio de su publicidad, que a costa de este escándalo, se acrecentó con una intensidad que jamás había logrado ni en las épocas de sus mejores éxitos...

Y EL RESULTADO FUE...

El resultado fué que Jeannette Mac Donald, que a todo esto gozaba de una perfecta salud moral y física, muy distante de las graves complicaciones en que gratuitamente se la había involucrado, fué llamada desde Estados Unidos, donde se hallaba trabajando, para ir a París, a desmentir con su sola presencia todo el cúmulo de fabulosas invenciones originadas por los oficiosos difamadores, y, lo que es más interesante, contratada con 11.000 dólares a la semana...

Lo cual prueba una vez más aquello tan viejo y repetido como cierto, de que "no hay mal que por bien no venga..."

Jeannette llegó a París, con todas las pruebas necesarias para desmoronar instantáneamente todas las falsedades que se le habían atribuído. Primero: con su físico inmaculado y su ojo derecho tan sano como el izquierdo, y los dos tan bellos y expresivos como de costumbre. Segundo: con su pasaporte, que acreditaba su permanencia en Estados Unidos en la época en que se dijo había sucedido el trágico incidente. Y tercero: con su prometido, Bob Ritchie, con cuyo cariño está a cubierto de todas las tentaciones principescas de este mundo.

Y, como era de esperarse, el recibimiento de Jeannette en París fué tan extraordinariamente triunfal, como se lo merecía una estrella que resucita con más brillo que nunca, después de haber sido eclipsada momentáneamente por una publicidad malsana y absurda.

ASI SE ESCRIBE LA HISTORIA...

Pero, la verdad, la pura verdad, sin el vuelo fantástico de la imaginación de las gentes, se reducía a un episodio que, sin mezclar personajes de tanta alcurnia social o artística como las del supuesto affaire María José de Bélgica-Humberto de Saboya-Jeannette Mac Donald, no estaba, sin embargo, desprovisto de interés.

Pues esa verdad tiene como reales protagonistas a Nardi Beltrami, opulento banquero de Milán, de destacada figuración en la política italiana, y a la señora de Lodigliani, de la alta sociedad de Milán, quienes mientras realizaban una jira en automóvil por la carretera de Ostende a Brujas, sufrieron un serio accidente en las proximidades de Westkerke, del cual resultaron gravemente lesionados. Atendidos en el Hospital Saint Joseph, de Brujas, ambos hicieron adoptar las medidas de reserva necesarias para evitar toda publicidad que pudiera hacer escándalo con sus nombres. Y fué esa reserva la que aguzó la curiosidad de las gentes, que no tardaron en descubrir en la enferma, de cuyo rostro no se veía más que una parte, un extraordinario parecido con Jeannette Mac Donald, y en el herido, un cierto aire con el príncipe Humberto.

La indiscreción y el afán del sensacionalismo periodístico hizo lo demás...

FIN

EL QUE NO SABE AHORRAR, NO PUEDE ADMINISTRAR EL DINERO DE LOS OTROS

(Continuación de la página 17)

¡Su pobreza es una traba!

La pobreza retardó varios años la ambición de Colón de descubrir a América y le hizo sufrir toda clase de vejámenes y penalidades.

El Viejo Mundo y el Nuevo no hubiesen sido unidos por el cable hace tantos años si el proyecto hubiera sido acometido por un hombre pobre. Fué solamente porque Cyrus Field era un hombre rico y podía disponer de la ayuda financiera de otros que triunfó al fin, después de fracasos muy costosos, llevando a cabo su propósito.

El teléfono casi quedó en la nada como instrumento comercial por la falta de fondos. Afortunadamente, el suegro de Alexander Graham Bell — que había ahorrado dinero — vino en su ayuda.

Si alguna gente no hubiese ahorrado dinero, nosotros, que vivimos en las ciudades, no hubiéramos podido abrir una canilla y ver el agua saliendo a chorros, o apretar un botón y tener nuestros hogares inundados de luz, porque la instalación de las aguas corrientes y las usinas eléctricas cuestan dinero, millones de pesos, el ahorro de muchos individuos.

No podríamos tampoco tomar un tranvía para que nos llevase y nos trajese de nuestras ocupaciones, si algunas personas económicas no hubiesen gastado menos de lo que ganaban, y, por tanto, acumulado ahorros disponibles para la construcción de líneas de tranvías.

El ahorro racional engendra en el individuo cualidades valiosas, cualidades que son tan útiles como nocivas las costumbres que engendra el despilfarro.

Luego, para citar a Benjamín Flanklin: "Recordad que el dinero es de una naturaleza prolífica, fecunda. El dinero puede engendrar dinero. Cinco pesos invertidos le podrán producir una ganancia de cincuenta centavos, lo que serían cinco pesos con cincuenta; éstos, a su vez, invertidos, producirían otros cincuenta y cinco centavos, y en esta forma hasta llegar a los cien pesos. Cuanto más dinero hay, más produce en cada inversión, de modo que las ganancias aumentan con más rapidez cada vez."

Es un egoísmo no ahorrar nada para un día de lluvia, no proveerse para la vejez, porque cuando llega la adversidad, la carga del sustento recae sobre otros.

No se apoye en nadie; manténgase firme en sus propios pies. Sea capaz de poder mirar a todo hombre con la frente alta.

Para conservar su propia estimación, ¡ahorre su dinero!

He aquí el Original Sabor Cubano *que cautivó a generaciones de* Hombres Recios...

Allí, donde el sol ardiente dora el paisaje y las lianas enlazan amorosas los robustos troncos de los árboles de leyendas...

Allí, nació esta bebida espirituosa, que cautivó a los hombres recios que pusieron las Américas sobre el mapa.

En la Cubana Brandy encontrará concentrados el calor de las Antillas, los sabores tropicales. Unas gotas pondrán un rayo de sol en su cocktail, le prestarán más fuerza a sus grogs, más carácter a sus punches ¡y para sus bizcochuelos y budines, qué delicioso realce en el sabor!

En todas partes encontrará esta bebida añeja que es espirituosa y fuerte, suave y fina a la vez por la madurez que le prestan los años. ¡Traerá más alegría a su corazón!



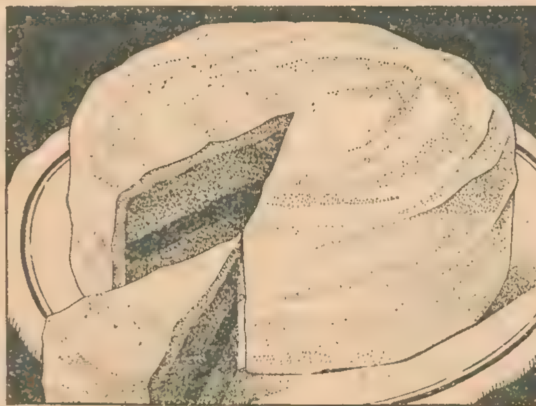
Pruebe este cocktail...

MANHATTAN

½ copa de madera - Cubana Brandy
½ „ „ „ - Vermouth Padilla
4 chorros . . . . . - Curacao
4 „ . . . . . - Maraschino

Agítese, cuélese en una copa de cocktail y sírvase con una corteza de limón y una guinda al maraschino.
MANHATTAN SECO: Usar Vermouth Francés en vez de Padilla.





CUBANA BRANDY

Con el sol de los trópicos...

Angel Baldi, el mago de la repostería, director de la afamada Academia de Cocina el "Cordon Bleu", es el creador de este postre que la Cubana Brandy hace más tentador.



Torta: "REINA DE CUBA"

Usted puede prepararla siguiendo con atención la receta:

Batir 3 huevos con 100 gramos de azúcar molida, agregarles una cucharada de almendras ralladas, 100 gramos de harina y cocinar esta mezcla en una budinera mantecada y enharinada, en horno moderado, durante 45 minutos. Cuando esta torta esté fría, cortarla por la mitad horizontalmente, remojarla con un vaso (150 gramos) Cubana Brandy, ponerle en el medio un poco de dulce de membrillo y bañarla con glacé real. Este se prepara así: Poner en una taza media clara de huevo, agregarle azúcar impalpable, revolver hasta obtener una masa lisa, trabajarla con una cuchara de madera y añadirle un poco de zumo de limón.

CUBANA BRANDY *CON EL SOL DE LOS TROPICOS...*

¿COPETINES CASEROS?

Corte ahora el cupón y mándelo en seguida, así recibirá más pronto las notables recetas de cocktails que trae "Joie de Vivre". Han sido ideadas especialmente para que las dueñas de casa preparen con facilidad y poco gasto, deliciosos copetines caseros.

Sres. GUILLERMO PADILLA, LTDA.
Brasil esq. Azopardo - Buenos Aires

Ruégole me envíen gratis "Joie de Vivre".

NOMBRE..........

DIRECCION..........

CIUDAD.......... F.C..........

C2-M-A-28-10-31

¡EDISON...!



Tras una madurez ilustre y una ancianidad gloriosa, Tomás Alva Edison, el mago de la electricidad, acaba de apagarse como la única luz efectiva de nuestro siglo mecánico. Se va con él uno de los genios más representativos de la humanidad. Fué el poeta de la energía, como se ha dicho por ahí, y consiguió, por la virtud de su esfuerzo y su maravillosa intuición darnos la certidumbre del origen divino del hombre. Sus manos, prolongadoras del día, anuladoras de las distancias, domadoras de lo desconocido reposan hoy para siempre en una tumba de la gran democracia del Norte. Ante esa tumba se ha detenido un instante el vertiginoso corazón del mundo y ese simple parpadeo en medio de las rudas realidades del presente, ya significan la eternidad para el hombre inmenso que acaba de morir.

De EMILIO KARSTULOVIC B.

Es un simple paseo atravesar hoy los Andes en avión

MIENTRAS SE VUELA SOBRE LA CORDILLERA A 6.000 METROS DE ALTURA Y A 200 KILOMETROS POR HORA, PUEDE CONVERSARSE COMODAMENTE CON BUENOS AIRES

EN LAS MODERNAS AERONAVES SE COME Y SE DUERME IGUAL QUE EN UN TREN. DESCRIPCION DE UN VIAJE ENTRE BUENOS AIRES Y SANTIAGO DE CHILE

LECTOR amigo: lo invito a una excursión aérea. Y larga. Vamos a ir a Chile en uno de los poderosos trimotores de la Panagra.

No es una hazaña lo que vamos a hacer. Es un simple paseo. En siete horas estaremos, desde Buenos Aires, en Santiago de Chile, después de haber trasmontado el macizo andino, la mansión de los cóndores. ¿Acepta?

—¡...!

Bueno, entonces mañana, a las ocho, nos encontraremos en el aeródromo de Morón.

. . . .

—Lindo día. Dentro de pocos minutos llegará de Montevideo la fantástica casa voladora. Tiene capacidad para catorce pasajeros.

. . . .

—Ahí viene... Ya aterrizó... Se detiene breves instantes y zarpa... Subamos... Como usted ve, aquí todo ocurre dentro de la sencillez más absoluta, pues los viajes aéreos modernos constituyen hechos matemáticos, tan exactos como los que se realizan en trenes o vapores.



...Pueblecitos pequeños y campos labrados, cuyos cortes, caprichosos y geométricos a la vez, se distinguen unos de otros, por los distintos tonos de color verde o tierra.

Las máquinas vuelan con tan apreciable reserva de velocidad que atrasar o adelantar la llegada es voluntario.

. . . .

—Estamos en pleno vuelo... Los galpones del aeródromo de Morón ya no se ven y los pañuelos que nos despedían, garabateando en el espacio, hace rato que deben estar guardados.

—¿...?

—Seguimos la inconfundible línea del ferrocarril. Observe los caminos llenos de automóviles que parecen de juguete y que apenas se mueven... Casitas de campo, quintas hermosas, grupos de animales pastando tranquilamente, minúsculos bosques, pueblitos pequeños y campos labrados, cuyos cortes, caprichosos y geométricos a la vez, se distinguen unos de otros, por los distintos tonos de color verde o tierra.

—¡...!

—Estamos a 2.000 metros de altura. Es imposible mayor serenidad a bordo. ¿No parece que no es el avión el que se mueve y que es lo de abajo lo que va corriendo, pero lentamente? Y, sin embargo, vamos a doscientos kilómetros por hora y en línea recta...

—¡...!

—Mire abajo. Vea sobre la línea férrea ese largo tren que jadeante camina como avergonzado de nuestro pájaro que, a fantástica velocidad, traslada en su vientre catorce cuerpos humanos, en su paso despiadado por entre, sobre y bajo las nubes...

Ahí viene el camarero solicitando los boletos igual que si fuera inspector de tren. Aprovechemos pedirle un poquito de algodón para taponarnos los oídos. Así amortiguaremos un poquito el bullicioso y continuo ronquido de los motores, cuyas hélices se enroscan en el aire a dos mil revoluciones por minuto, arrastrando tras sí esta inmensa mole, que incluídos los diez pasajeros y cuatro tripulantes que vamos, pesa varias toneladas.

. . . .

—¡...!

—Estamos sobre Mercedes. Ya hemos dejado atrás muchas poblaciones de menor importancia. ¿Quire comer algo? Apriete ese botón que está debajo de su ventanilla de vidrio inastillable y verá que, solícito y amable, vendrá en seguida el camarero. Puede pedir sandwichs, café con leche o frutas.

—¡...!

—¿...?

—Ahora puede dormir la siesta como lo hacen esos dos señores que están a su izquierda.

. . . .

—¡...!

—Ya hemos atravesado tres provincias. Por el Norte, la de Buenos Aires y por el Sur las de Santa Fe y Córdoba. Ahora volamos sobre San Luis. Nos hemos elevado a 2.500 metros. Ya no vemos ese campo fértil. Todo a nuestro alrededor es sequedad desoladora: ni una casa, ni una vaca, ni un caballo se ve. Durante 300 kilómetros seguirá lo mismo. ¿Quiere enviar un radiograma a su casa? Desde la estación receptora de la Panagra en Buenos Aires se pondrán, telefónicamente, en comunicación con su hogar o escritorio. Usted, así, podrá conversar con los suyos mientras vuela a unos tres mil metros de altura y a 200 kilómetros de velocidad...

—¡...!

—¿Ha visto? Apenas han transcurrido seis minutos y ya obtuvo contestación. Desde un tren no hubiera podido hacer lo mismo.

. . . .

—¡Por fin hemos dejado atrás esa tierra árida e inhospitalaria de San Luis!

Ese punto lejano que se divisa allá lejos es Mendoza. Todo su campo parece un jardín. ¡Qué suave hacen el descenso estos pilotos!... Ya estamos sobre el aeródromo de Los Tamarindos... El aterrizaje es, como siempre, magistral. Bajemos un momento. Mientras fumamos un cigarrillo el trimotor carga nafta... Los pasajeros que han dejado libres sus asientos en Mendoza serán reemplazados por otros que nos acompaña-

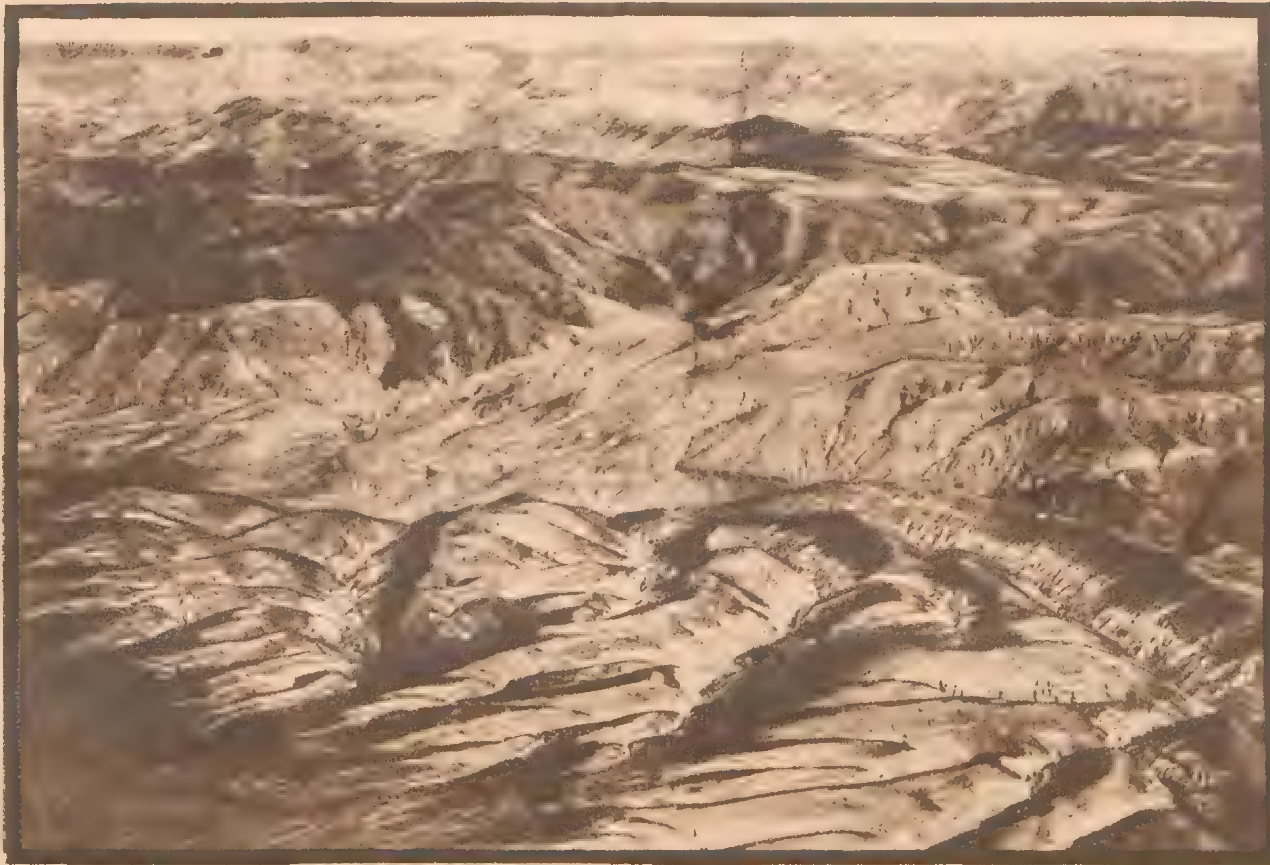


Suavemente estamos descendiendo. Un instante más y el piloto tocará tierra, en forma magistral.

rán a Chile. El avión trasmontará el macizo andino con su capacidad máxima... ¡Listo! Vamos pronto arriba... ¡Qué hermoso "decollage"!... El piloto ha enfilado resueltamente hacia los picos más altos de la majestuosa cordillera, que para vencerla el ferrocarril demora catorce horas, mientras este avión lo hace en menos de cien minutos.

—¡...!

—Antes de media hora estaremos a más de seis mil metros de altura sobre el nivel del mar, volando por una zona cuyo frío es de veinte grados bajo cero. Pero no es necesario que nos pongamos abrigo. Podemos seguir con nuestros trajes de verano, gracias a la calefacción que existe en esta cabina y al confort que suministran estos trasandinos aéreos, mientras afuera la congelación es absoluta.



Los primeros contrafuertes de la cordillera. Aquí no hay nieve, pero al frente se divisan ya las crestas milenarias de nevados montes. Esta soledad es única, dilatada y desigual como un paisaje de la luna.

—¿...?

—Son los primeros contrafuertes de la cordillera. Aquí no hay nieve, pero al frente se divisan ya las crestas milenarias de nevados montes. Esta soledad es única, dilatada y desigual, como un paisaje de la Luna... El cielo está azul... El avión sube... Sube, sabio y recto...

—¿...?

—Sobre esa planicie fácilmente podría posarse el avión como un cóndor, para volver a remontarse y mirar desde muy alto, sintiéndose como éste, nuevo rey de todas estas regiones vírgenes, en cuyas entrañas debe haber incalculables riquezas de preciosos metales, tan ambicionados por el hombre. El altímetro marca 4.500 metros. ¡Qué abrupto es el terreno que tenemos ahora a nuestros pies! Sólo un pájaro puede posarse sobre él. Pero no hay peligro: las hélices, infalibles, siguen atornillándose en el espacio. Además hay demasiada reserva para, en el peor de los casos, barajar cualquier inconveniente; pues los pilotos toman todas las precauciones en forma que conservan la suficiente altura para planear quince veces la distancia que los separa de la tierra, buscando uno de los tantos refugios que ofrece la cordillera.

—¿...?

—¡5.000 metros! Si se siente mal utilice ese tubo que está al lado de cada asiento. Es oxígeno. Pero verá que nadie lo emplea. Note cómo la sensación de seguridad es completa e incomparable. Ni el tren ni el automóvil pueden darla... El aire en las alturas tonifica y abre el apetito. Sólo el ruido de los motores no nos deja conversar a gusto para comunicarnos mejor las impresiones de la majestuosidad del panorama de los macizos andinos, sus valles y sus ríos. Todo es nieve a nuestro alrededor. ¡Qué espectáculo es ver cómo pasamos entre el abismo de estas continuas cadenas cordilleranas! El avión, al pasar de un cajón a otro, deja en sus huecos el estrepitoso piafar de sus motores... El radiotelegrafista está en continua comunicación con tierra, indicando altura, velocidad, temperatura, posición, etc.

—¿...?

—A la derecha es el soberbio Aconcagua, emperador de los Andes, y el de la izquierda es su rival el Tupungato, frente a frente uno del otro; desafiantes, poderosos... ¡6.000 metros!... Todo esto parece un sueño fantástico... Casi rozamos el pico del Aconcagua, el cual vigila, por lo siglos de los siglos, a sus súbditos, los cerros inferiores, y dominante ostenta su altura al Tupungato que, por escasa diferencia, Dios lo ha relegado al segundo término... Empezamos a descender... El avión, desde ahora se cobija bajo el cielo azulado de Chile... Unos minutos más y estaremos sobre Santiago... ¡4.000 metros!... ¡3.000!... Estamos sobre el cajón de Maipo, primer contrafuerte de la cordillera chilena... Estas montañas me recuerdan mi primera aventura aeronáutica, allá por el año 1918, cuando obtuve mi brevet, en el "Teniente Origone", globo que obsequió Argentina a Chile y que yo, por igualar el récord chileno de altura, inutilicé en un descenso forzado en estos mismos lugares, no practicándose más, desde entonces, este deporte.

—¡...!

—El panorama es estupendo, magnífico... Son encantadores estos valles chilenos; estos ríos, que, zigzagueando llevan su cauce en busca de su desembocadura, hacia el Pacífico... ¡Mire esos hermosos caminos!... La gente, allá abajo, debe estar mirando a este pájaro mecánico, al escuchar el ensordecedor ruido de los motores, en los que, en diabólico sube y baja, los pistones juguetean entre las paredes de su cilindros, felices porque la bomba les suministra, inalterable y matemáticamente, su alimento: el lubricante...

—¿...?

—Es Santiago. En su centro luce, como si fuera una perla, el frondoso cerro Santa Lucía, que, poco a poco, va perdiendo su abolengo ante el embellecimiento del San Cristóbal, cerro de 800 metros de altura y en cuya cúspide está esa inmensa Virgen con los brazos extendidos y la cara hacia el cielo, como implorando a Dios que bendiga a los habitantes que tiene a sus pies y evite las luchas fratricidas... Es, además, para mí, el San Cristóbal, un grato recuerdo: fuí el primer volante que llevó un automóvil a su cima, allá por el año 1917. Entonces no había caminos ni cosa parecida. Hice una apuesta y vencí. Fué mi primera hazaña deportiva, según se dijo. Con motivo de mi ascensión hubo una campaña periodística para la construcción del camino al San Cristóbal, lo que, desde años, era un proyecto que dormía...

—¿...?

—Estamos cruzando la ciudad por el lado sur. En tres o cuatro minutos más estaremos sobre el aeródromo Los Cerrillos... Suavemente estamos descendiendo... Un círculo más y el piloto tocará tierra... Hemos aterrizado.

- - - - - - - - - - - - - - - - - -

Lector amigo: esta es la historia de un vuelo de Buenos Aires a Mendoza en cinco horas y tres cuartos, y de Mendoza a Santiago de Chile en poco menos de cien minutos.



¡Qué abrupto es el terreno que tenemos ahora a nuestros pies! Sólo un pájaro puede posarse sobre él. Pero no hay peligro...

LOS DUEÑOS DE LA CALLE



Los dueños de la calle son los muchachos de toda edad y condición que improvisan su cancha de football en plena calzada, sin importárseles nada de los vecinos, ni de los transeúntes, ni de los peligros del tráfico. Los conductores de autos, ómnibus o camiones pasan por momentos de angustia al encontrar en el camino esta turba de muchachones imprudentes que no tienen respeto por nada ni por nadie.



No pueden los vecinos estar en la puerta de su casa si en la cuadra hay football callejero. Los pelotazos y los empellones lloverán sobre ellos, sin que aparezca un agente de policía que haga dispersar a los perturbadores de la tranquilidad pública. Nótese que la mayoría son muchachones de pantalones largos, cuya infancia hace rato que se ha desvanecido...



Cuando se cansan de jugar con la pelota, que siempre tiene el don de romper algo o manchar la ropa de los que se ven obligados a pasar por la "cancha", los jugadores toman posesión de la acera para discutir las incidencias del juego. Las palabrotas y los gritos destemplados se suceden sin interrupción, sin cuidarse si son mujeres u hombres los que escuchan sus dicharachos.



No siempre hay que creer, injustamente, que los conductores de vehículos tienen la culpa de los accidentes callejeros. Muchas veces, como lo habrá comprobado el lector, los muchachos que juegan al football en la calle son los únicos culpables. Aquí hemos sorprendido una escena en que el conductor del camión reprocha a un menor la imprudencia que acaba de cometer al cruzarse en el camino. Si la policía cortara de raíz este mal nuestro del football callejero, la estadística de los accidentes bajaría en seguida de nivel y el vecindario de ciertas calles y los transeúntes recobrarían la tranquilidad que les falta.

Fotos Louzán



Don Fermín por DANTE QUINTERNO

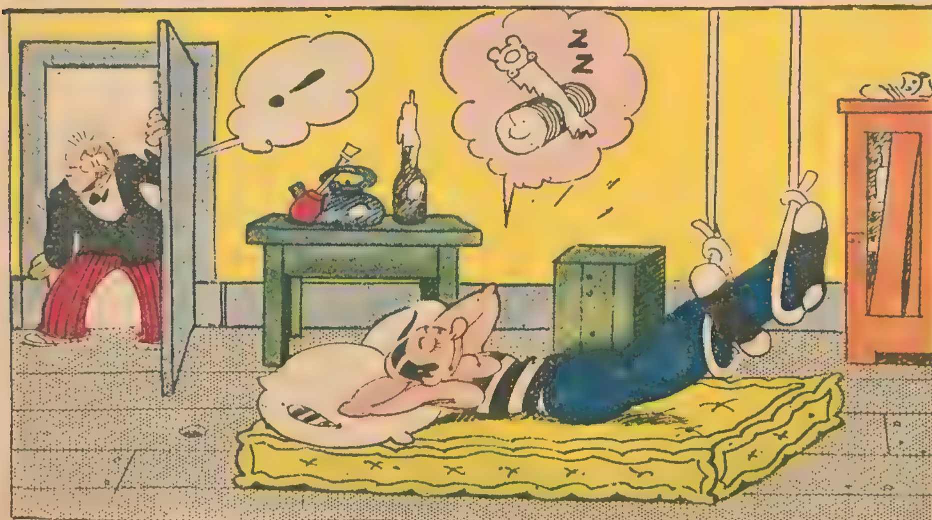
















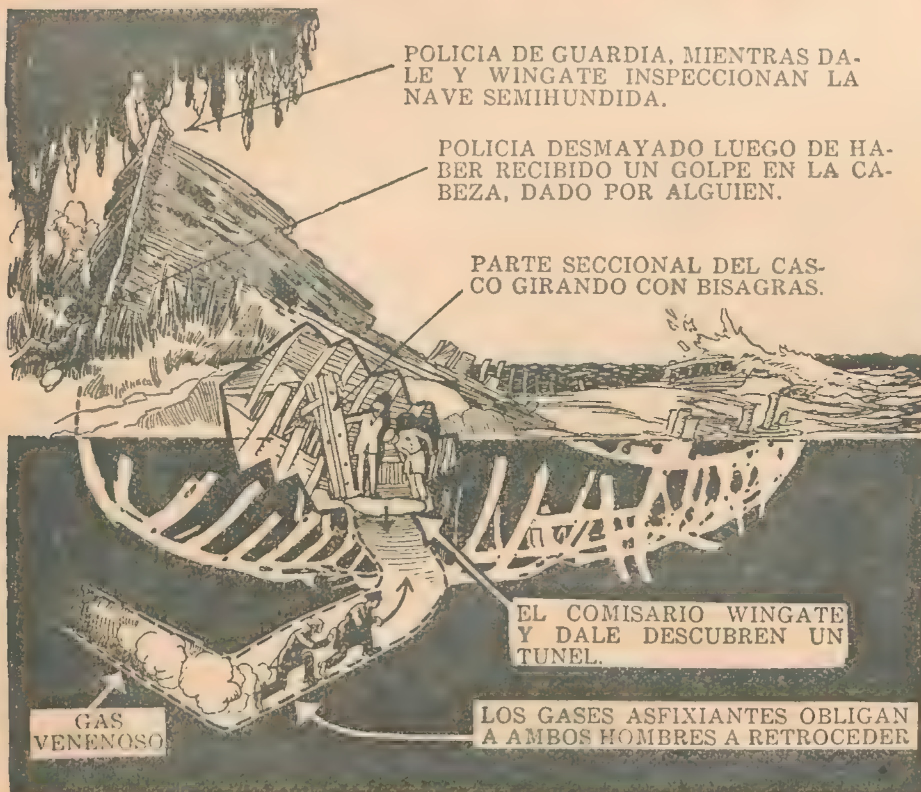




EL FANTASMA DE SCRYMLEY

En un lugar de Long Island circula la leyenda de que fué enterrado el tesoro de un pirata y que Scrymley, su guardador en vida, siguió siéndolo después de su muerte. Cada una de las apariciones del fantasma coincidía con un asesinato. Ahora bien, ¿quién era el fantasma? ¿Cuál era el móvil de los crímenes? Robin Dale, sagaz como siempre, después de duras pruebas, desentraña el terrible secreto.

Un cuento policial de ARTURO HOERL



CORTE SECCIONAL DEL TUNEL, DESCUBIERTO POR DALE Y WINGATE

SCRYMLEY murió hace muchísimos años; doscientos aproximadamente. En vida era un individuo malo y cuando pasó al otro mundo nadie imaginó que su fantasma habría de elevarse por sobre la tierra de su sepultura. Más o menos en el año 1900 el primer duende hizo su aparición; es decir, doscientos años después de la muerte de Scrymley. Una muerte fué el peaje del fantasma en aquel período. Después de su aparición y durante un cuarto de siglo no volvió a hacerse presente. Otra muerte provocó su retorno de las profundidades de la tierra, y otra vez más su influencia se hizo sentir. Robin Dale, el joven detective y periodista, perteneciente en calidad de repórter al "Daily Journal", había tomado personal interés en el asunto del que poseía tan sólo vagas noticias. Tales hechos ocurrían en una pequeña villa situada en la costa sur de Long Island, no lejos de las aguas del Atlántico. Como sus informes eran bastante escasos y su curiosidad bastante grande, lo primero que hizo al llegar al pueblo, fué dirigirse a la estación de policía. Pero allí no logró tampoco obtener noticias de importancia. El fantasma en cuestión no había cometido, hasta el presente, en apariencia, delito alguno y por consiguiente no era aquello cuestión que incumbiera a la policía. El comisario Wingate, individuo bonachón y reposado, le recomendó que fuera a ver al viejo Gabriel, que era el hombre más viejo de toda la comarca. Recibidas las indicaciones, para encontrarlo Dale se puso en camino. Lo encontró tres kilómetros más allá, sentado sobre una roca y fumando suavemente su pipa, mientras los últimos destellos solares se reflejaban en las plateadas hebras de su barba.

—Nada puedo decirle que no haya sido dicho ya, sobre el fantasma de Scrymley —dijo en respuesta a la cortés interrogación de Dale.

El viejo sonrió en silencio, pero sus ojos brillaban, y Dale comprendió que estaba orgulloso de su sabiduría y ansioso por poder demostrarla. Entonces volvió a interrogarlo.

—Usted habrá oído nombrar al capitán Fergus —dijo el anciano extendiendo un brazo hacia el océano. —Acostumbraba a vagar por estos mares. Scrymley, era uno de sus hombres. ¿Ve aquel sitio? Allí es donde vive el fantasma. —Y señaló con un dedo una larga playa no muy distante de allí. —Aquél es el casco del buque donde se guarece. Nadie sabe cuándo apareció semihundido, ni yo mismo, que soy el más viejo de todos. Pero volviendo a mi tema del capitán Fergus, le diré que el año 1697 partió del puerto de Nueva York con su buque "Aventurero". ¡Era todo un hombre de mar! Dos años después regresaron portadores de un gran tesoro arrancado a otros buques piratas. Poco tiempo más tarde Fergus hubo de regresar a Inglaterra y confiando en Scrymley le dejó su tesoro. Este lo enterró en alguna parte, nadie sabe dónde. Al morir, su espectro se convirtió en su guardián.


VISTA DE LA NAVE SEMIHUNDIDA EN LA PROPIEDAD DE LOS BOYLESTON.

DALE VIO ALGO QUE FLOTABA EN LAS AGUAS.

El anciano hizo una pausa, volvió a encender su vieja pipa y continuó:

—Y ahora alguien se ha apoderado de su secreto y tendrá que morir, como le ocurrió a Joe Keefe en 1900. El fantasma de Scrymley ha regresado para darle muerte.

—¿Y quién era ese Joe Keefe? —preguntó Dale a quien el asunto comenzaba a interesarle.

—Era un colono, administrador de estas tierras; un usurero... Tenía esposa y un hijo que ahora ya es un hombre. Nadie sabe si Joe logró o no dar con el paradero del mapa del tesoro enterrado, que según parecía se hallaba en la granja propiedad de los Boyleston. A menudo el fantasma vagaba por aquellos campos hasta que una noche el viejo Harley Boyleston se encolerizó y salió para atraparlo. Cuando vió que la forma se aproximaba, disparó. Se oyó un grito y vióse caer el cuerpo de Joe. Pero a través del campo el espectro blanco se alejó saltando como siempre lo había hecho. Lo


ENCONTRARON FLOTANDO EL CUERPO DE ERNESTO, AHOGADO DE LA MISMA MANERA QUE SU HERMANO, LA NOCHE ANTERIOR.

cierto es que el mapa desapareció con la muerte de Joe. Alguien dijo que Harley lo había robado. Era un viejo de corazón bondadoso y comprendiendo que él había muerto, aunque impensadamente, a Joe Keefe, trajo a la viuda y a su hijo a vivir en su casa. Pasaron los años, y Juan, el hijo, es ya un hombre que trabaja con los Boyleston. Diez años más tarde, cuando ya todo estaba casi olvidado, el viejo Harley, se casó con Sara Keefe, la viuda. Todos vivieron muy felices; pero ahora, con su muerte, ocurrida hace dos meses, alguien más ha llegado a conocer el secreto del tesoro y el fantasma ha vuelto. Espero que no será Juan quien lo sepa, porque si no, es seguro que morirá.

Aconsejado por el viejo Gabriel, Dale no se hospedó en la granja de los Boyleston, porque al decir de aquél no recibiría buen trato, sino en otra adyacente, donde se ad-

mitían pensionistas. Pertenecía a Edd Rolfe y era estilo Reina Ana, con un gran balcón de madera que corría por todo su frente. Edd Rolfe, individuo alto, de rostro colorado, vivía allí con su hija Marcela y su ama de llaves, la señora Gray, a quien pocas veces se le veía como no fuera a las horas de las comidas. Marcela era de notable belleza; rubia y delgada, con ojos de agradable azul suave. Por conversaciones oídas ocasionalmente Dale supo que Rolfe quería hacerla casar con Avery Boyleston, pero ella no parecía inclinada a ceder. Aquella misma noche el detective tuvo ocasión de conocer al impuesto galán. Marcela misma se lo había presentado. En suma, un ambiente pleno de misterio parecía rodear a aquellas dos familias. Después de la cena Dale subió a su dormitorio desde cuya ventana podía contemplarse un gran espacio de campo. Vagaban sus pensamientos esforzándose por hallar el punto de partida en aquel asunto. ¿Vería alguna vez al tan temible fantasma? ¿Alcanzaría a presenciar su vuelo que al decir de las gentes era prodigioso? En estas vacilaciones se hallaba sumido cuando oyó un grito prolongado de mujer. Saltó del sillón y en pocos instantes bajó las escaleras. En la puerta de la sala se hallaba de pie Marcela Rolfe, teniendo en la mano derecha un pequeño trozo de papel. Avery llegó a su lado al mismo tiempo que Dale, quien arrancó el papel de las manos de la joven.

—¡Es el duende! — exclamó entre sollozos.

—No se excite usted, señorita Rolfe — contestó Dale tratando de tranquilizarla. — Los duendes no escriben papeles ni los arrojan en los hogares.

—¡Pero entró volando por la puerta! ¡Yo lo vi! ¡Es el duende! ¡Está escrito con sangre!

Dale pudo apenas contener la risa. Avery, que acababa de leerlo, estaba pálido y su brazo temblaba al entregar el papel a Dale. Este lo leyó. Estaba escrito en caracteres rojos y decía:

"No te cases con el hijo de Boyleston, o morirás como él". Debajo podía verse una firma ilegible, con una bandera a su lado y un cráneo y dos fémures cruzados.

—Tal cual yo lo imaginaba — murmuró Dale: — no es más que tinta roja.

—¡Yo sé quién ha hecho esto! — exclamó Avery, y ante de que el detective pudiera detenerlo salió corriendo, perdiéndose en la obscuridad de la noche. Cinco minutos después cuando ya Dale había logrado calmar a la joven, se oyeron de pronto afuera, los gritos agonizantes de un hombre. Eran gritos de Avery Boyleston...

Dale no dudó ni un instante y salió. De improviso se encontró en la más completa obscuridad, rodeado de plantas y árboles. Se guiaba tan sólo por las luces que salían del hogar de los Boyleston, de donde ya comenzaban a emerger formas humanas moviéndose indecisamente. Las antorchas de mano comenzaron a aparecer unas tras otras. Los campesinos se llamaban, pero nadie parecía conocer con exactitud el lugar de donde provenían los gritos.

Acercándose a un grupo, Dale exclamó:

—Si Avery no está entre ustedes, entonces es él quien dió esos gritos.

Todos comenzaron a llamar al joven por su nombre. Pero nadie contestaba.

—Y usted ¿quién es? — algien le preguntó.

—Robin Dale. Soy un viajero y me hospedo en el rancho de los Rolfes. Avery estaba allí. Salió corriendo y a los pocos minutos oí sus gritos.

No pudo decir más. De pronto, de entre la espesa negrura de la noche surgió el más infernal muñeco que Dale había visto en su vida. Diríase que había emergido de la tierra despidiendo una débil luminosidad verde. Se hallaba erguido cual un espectro horripilante sobre el casco del buque semihundido. Una voz al lado de Dale murmuró desfallecida:

—¡Dios Todopoderoso! ¡El fantasma!

Se oyeron gritos de mujeres, y luego otra vez el silencio. Dale no podía apartar los ojos de aquella visión. Quiso gritar, pero se encontró con que tenía la garganta seca. Sintió que las piernas le temblaban, mientras un sudor frío corría por todo su cuerpo. Después la aparición comenzó a balancearse, mientras el verde cobraba tonalidades más subidas. Por sobre el profundo silencio reinante se elevó un extraño ruido que crecía por momentos. Era algo semejante a una sirena, pero de voz más gruesa, imperceptible al principio, pero aumentando de volumen gradualmente hasta convertirse en algo endemoniado. Tres veces se repitió, y a cada vez el espectro desaparecía repentinamente. En su lugar sólo quedaba un punto verde que la extraordinaria luminosidad sostenía en la retina. Dale fué el primero en hablar:

—Sería bueno que nos llegáramos hasta aquel sitio. Sospecho que algo horrendo ha ocurrido.

Brillaron las antorchas, pero el avance fué lento. Al fin llegaron a los costados del casco. La creciente marina, en su auge a esa hora, hacía más dificultosa aún la operación. El casco se hallaba casi totalmente hundido. Dale fué el primero en montar sobre él, y cuatro hombres le siguieron. Su decisión parecía haberle convertido en jefe de aquel grupo. Gran parte de la cubierta estaba llena de agua. Tan sólo el arco de la popa, descansando sobre un peñasco, se había librado de ella. Había, sin embargo, suficiente espacio para moverse con libertad.

—De manera que aquí vive el fantasma, ¿eh? Es el primero que he visto en mi vida. — Y rió. Pero notó que nadie le acompañaba en su risa.

Unos minutos más de búsqueda dieron un resultado negativo. Se preparaban a regresar, cuando Dale vió algo que flotaba en las aguas, aprisionado entre un gran madero y el costado de la embarcación. Saltó sobre aquello, a tiempo que una ola le cubría. Flotó por breves instantes, y extendiendo sus brazos lo aprisionó, mientras lanzaba un involuntario grito. Prestos, los otros se le aproximaron para socorrerlo. A la incierta luz de las antorchas pudo comprobarse que aquello era el cuerpo de un hombre. Su rostro era blanco, los ojos brillantes y desesperados. Dale tembló horrorizado. ¡Aquel cuerpo era el de Avery Boyleston! Un hombre alto y corpulento, que según después supo el detective, era Ernesto, el hermano mayor de los Boyleston, se arrodilló a su lado, permaneciendo con la mirada fija sobre el cadáver.

Ardua fué la tarea de sacar aquel cuerpo fuera de la vieja nave. Mientras esto se hacía, Dale vió algo amarillento entre sus dedos. Trató de arrancarlo, pero fué en vano. Comprendió que aquel era el misterioso mapa del cual el viejo Gabriel le había hablado. Parecía haber sido partido en dos durante una lucha. El regreso fué penosísimo. Al

(Continúa en la página 48)


EL REGRESO FUE LENTO Y SILENCIOSO.

MANO APRISIONANDO UN TROZO DE PAPEL AMARILLENTO.


AL SER RETIRADA LA MANTA QUE CUBRIA EL CADAVER DE AVERY, EL DETECTIVE CONSTATO QUE EL PAPEL HABIA DESAPARECIDO DE LA MANO.



¡ES DEL FANTASMA! ¡Y ESTÁ ESCRITO CON SANGRE!

NUESTRO FOLLETIN

LA QUE TODO LO DIÓ

Novela de BEATRIZ B. MORGAN

UN sábado, a la tardecita, durante los primeros días de noviembre, Ana María entró en el departamento a su regreso de las compras para el día siguiente. Al ir a poner la llave en la puerta, ésta se abrió, apareciendo la madre de Jorge con la cara congestionada.

— ¡Jorgito! — le dijo con desesperación. — Tiene convulsiones; el teléfono está descompuesto; llama al doctor mientras yo le preparo el baño.

El teléfono más cercano estaba en la confitería de la esquina. Ana María corrió a él y pidió la comunicación con la casa del doctor Ortega. Mientras esperaba, llegó a sus oídos la voz de Jorge, que hablaba con alguien muy cerca. Y antes de terminar de hablar con el doctor, vió que Jorge pasaba ante la puerta.

— Hasta lueguito — oyó que él decía, y luego una voz femenina que le contestaba:

— Hasta luego. Te veré más tarde.

Lo vió salir; después oyó el arranque de su coche. Habiendo terminado de hablar con el doctor, salió casi corriendo para atender a su hijito, no sin antes haber oído que detrás de ella canturreaba una mujer. Sus pensamientos en ese momento estaban donde estaba su corazón: en su casa, junto a su hijito. En ese momento los celos eran algo sin importancia en comparación con la angustia que sentía por la enfermedad de su hijo.

Llegó a la puerta de su casa en el preciso instante que Jorge volvía después de haber dejado su coche en el garage.

— ¿Dónde has estado? —le preguntó él, esperando que ella abriera la puerta.

— En el mismo lugar donde estabas tú — le respondió con amargura.

No le dió tiempo a responder; abrió la puerta y corrió a su habitación, donde la madre de Jorge tenía al nene en un baño caliente. No volvió a pensar en Jorge sino hasta las ocho, cuando el doctor se había retirado ya y ella se encontraba sentada junto a la cunita de su hijo, observando cuidadosamente su respiración otra vez normal.

Jorge apareció en la puerta de la habitación, haciéndole ademán de que se acercara. Ella no se movió, limitándose a mirarlo pensativamente.

— Jorge — le dijo por fin, levantándose de la silla, — te vi esta noche en la confitería y te oí que hablabas con esa mujer. ¿Cómo puedes hacer esas cosas?

— ¡Cállate! — le interrumpió él. Habían llegado al comedor y él se sentó junto a la mesa, sacudiendo la cabeza. — ¿Qué estás tratando de hacer, Ana María? ¿Obligarme a confesar que estoy enamorado de una mujer solamente porque he ido a la confitería algunas veces a comprar cigarrillos y otras contigo a tomar algo?

Así diciendo, abandonó su asiento y fué hacia ella.

— ¿Qué es lo que te pasa? — le preguntó, deteniéndose ante ella.

Ana María movió su cabeza.

— Jorge, tú estabas en la confitería con ella. ¿Te parece propio de un hombre como tú?

— ¿Y qué hay con eso? Estaba hablando con don Roque y esa chica. ¿Ves algo de malo en ello?

Ella sabía que don Roque era el propietario de la confitería, pero no había oído siquiera su voz. Si Jorge decía que él también había estado allí, ella, a pesar de no haberlo oído, quería creer que estaba; no deseaba dudar de las palabras de su marido. Quería pensar desesperadamente que no había nada de malo, que Jorge no tenía ningún interés por aquella mujer...

— Ultimamente has estado tanto fuera de casa... — le dijo mirándolo tiernamente.

El frunció el ceño.

— He estado trabajando mucho, tú lo sabes muy bien, Ana María. No he querido molestarte con detalles, pensando que sería suficiente para ti que te dijera que tenía que salir por cuestiones de trabajo. Ni por un momento pensé que estarías torturándote en esa forma.

— Pero lo estaba. ¿Cómo podía evitarlo, Jorge, cuando te vi cómo le sonreías a esa mujer de la orquesta aquella noche que entramos juntos en la confitería? Además, últimamente has salido todas las noches y no has regresado sino a la madrugada.

Ana María lloraba ahora; su rostro estaba intensamente pálido.

— Jorge, sé que a ti te disgusta verme llorar — él la miraba con desprecio — pero no puedo evitarlo; ¡si supieras qué enfermo ha estado nuestro hijito esta noche! Y tú no estabas aquí; además, Jorge, he estado tan triste y tan celosa durante los últimos meses...

— No sé qué motivos te he dado para que estés celosa.

— Cualquier mujer que ama a un hombre se pone celosa cuando ve que él está interesado en otras mujeres. Sé que tú nos quieres, a mí y al nene.

— Y si lo sabes, ¿por qué te pones así? — le interrumpió él secamente, casi con brutalidad. Después continuó en el mismo tono, aunque encolerizándose cada vez más. — Déjame que te diga algo, Ana María. Si de vez en cuando hubieras dejado de lado tus pensamientos fúnebres y tus celos, y me hubieras esperado alegre y contenta, no tendrías que afligirte por mí y otras mujeres. Después de todo, si no te sigo como una sombra, solamente tú tienes la culpa.

Tomó su sombrero y salió dando un portazo. Ella se quedó donde él la había dejado, retorciéndose dolorosamente las manos y sufriendo ante la injusticia de lo que había oído. Sabía que las palabras de Jorge eran injustas y que no las merecía; pero, por otra parte, experimentaba la sensación de su fracaso. Debería haber sabido conservarlo para sí, mas había fracasado. ¡Sí, esa era la verdad! Ella sabía que Jorge quería que todo a su alrededor fuera alegría y diversiones, y que al no tenerlas en su casa, las estaba buscando fuera de ella.

— ¿Cómo podía reír y estar contenta cuando Jorgito estaba tan enfermo? — pensaba ella, y cuanto más pensaba, más se rebelaba ante la injusticia del proceder de Jorge. — ¿Cómo podía aparentar alegría y buen humor a su regreso, después de haber pasado la tarde con aquella otra mujer? ¿Podía acaso sonreírle y pretender que no sabía dónde había estado, y más aún en qué compañía?

No era posible que todos los hombres fueran iguales. Debían existir hombres que se sentirían felices al calor del hogar, junto a su esposa y sus hijos, sin buscar constantemente nuevas sensaciones y amoríos; hombres que supieran valorar y sentir la sana



felicidad que solamente se encuentra en el hogar.

Jorge, pensaba Ana María, es solamente un niño malcriado, y es inútil tratar de hacerlo entrar en razón; el único remedio es tener paciencia y fe hasta que él mismo, con el correr del tiempo, se dé cuenta lo que representa la familia.

Esa noche él no regresó. A la mañana siguiente, ella habló por teléfono a la oficina y la telefonista le contestó que había estado en la oficina, pero que en ese momento no se encontraba allí. Si había ido al estudio, todo estaba bien, pensó ella. Seguramente el disgusto que habían tenido le había impedido regresar; ¡era tan orgulloso! Pero ella estaba tranquila pensando que seguramente habría pasado la noche con Juan Maldon.

RESUMEN DE LO PUBLICADO

Ana María, empleada de oficina va a casarse con Jorge; pero surge un inconveniente: la madre de él ha aconsejado que debía postergarse el casamiento hasta que gane un sueldo mayor. Jorge tiene una amiga, Raquel, por quien siempre tuvo simpatía. La muchacha se ha ido enamorando de él y a Jorge le ha ocurrido lo mismo. Además, como su madre continúa oponiéndose a que se case con Ana María, él termina por confesarle todo a su novia y rompe las relaciones. No viendo ella más norte que el trabajo, resuelve volver a la casa del señor Nesbit, y éste la recibe afectuosamente. Es, más que su secretaria, una amiga leal a quien se estima de veras. Ana María comienza a consolarse del desengaño que ha tenido con Jorge. Un día el señor Nesbit invita a su secretaria para que lo acompañe a una joyería, donde comprará un anillo para su hermana. Allí se encuentra con Jorge, lo saluda y se muestra indiferente. Esto despierta los celos de su ex novio, y al día siguiente se presenta en casa de Ana María para pedirle perdón. Al propio tiempo le dice que si ella quiere pueden casarse en seguida. Ella acepta y el casamiento se realiza. Viven la embriaguez de la luna de miel. Jorge es amigo del matrimonio Maldon, al cual hace una visita la pareja de recién casados. El ambiente no es del agrado de Ana María; pero por no disgustar a su flamante esposo, ella nada le dice al respecto. Jorge es despedido del empleo por haber cometido una defraudación. Ella le facilita sus ahorros para que pueda instalarse y trabajar por su cuenta. El comienza a hacerlo y toma una empleada. Cuando Ana María le pregunta cómo se llama su secretaria, él le contesta: "Ketty". Y ella confía en que la buena suerte acompañará a Jorge en su tentativa de independizarse. Todo parece auspiciar el comienzo de la nueva vida de Jorge, que confía en sus fuerzas con mucho optimismo. Ana María siente los síntomas de la maternidad y, jubilosa, va a decírselo a su marido a la oficina; pero allí lo sorprende en compañía de Raquel, que pasa por ser su empleada, y entonces no le dice el motivo de su visita. Jorge le reprocha diciéndole que ella fué a espiarle, y como, por otra parte, ha fracasado en su deseo de independizarse, resuelve separarse de su mujer y buscar otro ambiente más propicio. Ana María y su suegra se quedan solas. Para hacer frente a las necesidades de la vida ella comienza a trabajar en una oficina y continúa viviendo con la madre de Jorge. Al poco tiempo se presenta éste para decirle que debe pedir el divorcio, pues su casamiento ha sido un error. Ella no accede y él se retira furioso. Ana María da a luz, Jorge se entera, y arrepentido de lo que ha hecho vuelve a su hogar. Pasa algún tiempo. Ana María es feliz con su hijito, pero no lo es respecto a Jorge, que continúa con sus líos amorosos y tratándola con indiferencia. El se enferma y ella lo cuida solícitamente hasta que recupera la salud. Jorge no se enmienda, y, por el contrario, hace gala de sus aventuras amorosas. Ella sufre en silencio y se pregunta: "¿Tendré que divorciarme?"

A la tarde Jorge volvió al departamento y dijo que tenía dolor de cabeza y de garganta. Sus manos estaban secas y muy calientes, y los ojos le brillaban de fiebre. Mientras le ayudaba a despojarse de la ropa, Ana María observó que se había comprado una camisa nueva y una corbata. Ultimamente había usado continuamente esta clase de corbatas; por lo visto, debían gustarle mucho a la chica de la confitería... Pero su imaginación se resistía a continuar; lo único que ella pensaba ahora era que él estaba enfermo y que necesitaba de sus cuidados.

—¡Qué contento me siento de estar aquí otra vez! — suspiró. — Después de todo, no hay lugar mejor que la casa de uno, Ana María. — le dijo mientras ella, solícita, le ayudaba a ponerse en cama.

Después que lo hubo acostado, arropándolo bien, salió y se dirigió al teléfono para hablar con el doctor Ortega.

—Jorge no está bien otra vez — le dijo a su suegra, que entraba en ese momento de la calle. — He llamado al doctor.

—¡Naturalmente! — le contestó la madre, sumamente complacida ante la idea de ver al doctor, y cuando él llegó, ya se había cambiado y colocado junto a la cama de Jorge.

—Y bien, doctor: ¿qué tiene nuestro muchacho? Nada más que un poco de dolor de garganta, ¿verdad? — le preguntó tan pronto como él dejó de auscultarlo.

Pero el médico le dijo que no era dolor de garganta esta vez.

—Tiene una bronquitis sumamente aguda — dijo dirigiéndole una mirada de inquietud a Ana María; ella comprendió. — Tengan la pieza lo más templada posible y abran las banderolas, a fin de que el enfermo pueda recibir un poco de aire. No lo deje fumar, ni comer absolutamente nada. Solamente deberá tomar agua, caldo liviano o jugo de naranja, y la medicina que voy a prescribirle.

Las órdenes del médico parecían muy simples, pero resultaron sumamente difíciles para Ana María al tratar de ponerlas en práctica, pues cada vez que iba a hacer alguna de las cosas que había ordenado el doctor, la madre de Jorge se le oponía. Abrió las banderolas, y ella las cerró diciendo que el enfermo no necesitaba más aire que el que entraba por la puerta. Lo mismo acontecía con la dieta que había ordenado el médico; cuando Ana María quería darle caldo, la madre deseaba darle jugo de naranja...

Y así continuaron durante una semana. Ana María tratando de obedecer las órdenes recibidas del doctor Ortega, y la madre oponiéndose a cada instante; pero, a pesar de todo, al final de la semana Jorge estaba mucho mejor. El domingo por la tarde se levantó y cenó con ellas.

—Voy hasta la farmacia y vuelvo en seguida. — le dijo Ana María, inclinándose para besarlo y diciéndole que había sido un paciente muy bueno.

El le tomó la mano y se la besó.

—He sido un mal marido durante los últimos meses, Ana María. No me he portado contigo como hubiera debido y te he dado pena. Créeme que lo lamento mucho...

Fué lo único que dijo; pero ella sabía que quería decir mucho, ya que él nunca admitía sus faltas, y su corazoncito se llenó de una ternura infinita.

Al acercarse a la puerta del departamento, vió que una mujer delgada, vestida de negro, se detenía como para llamar. Ana María se apresuró para alcanzarla antes de que tuviera tiempo para tocar el timbre. Al oír los pasos de la que llegaba, la mujer se dió vuelta.

—¡Ana María!

Era Clara. Estaba muy delgada y con más polvos y pintura que de costumbre. Ana María abrió la puerta y entraron en el vestíbulo.

—Juan me dijo que Lalo está enfermo — dijo Clara encendiendo un cigarrillo. Los cigarrillos, el rouge y el rimmel parecían constituir algo imprescindible en la vida de aquella mujer.

Ana María asintió.

—Ha estado enfermo. Si me permite, iré a ver si necesita algo; recién vengo de la farmacia. Tome asiento, Clara; estaré de vuelta en seguida.

—Pregúntele si está demasiado enfermo para ver un segundo a una amiga.

La voz de Clara, chillona como de costumbre, apenas si llegaba a Ana María, pues ya había salido de la habitación y sólo pensaba en Jorge.

Cuando regresó al vestíbulo, Clara ya no estaba allí. Había entrado en el comedor, se había sacado el sombrero y estaba arreglándose el cabello frente al espejo.

—¿Puedo verlo?

—Está durmiendo.

Clara se encogió de hombros, dejándose caer en la silla de Jorge.

—Lo mismo que Juan; cuando salí, estaba roncando en su sillón. Sabía que habíamos estado separados durante los últimos meses, ¿no es cierto?

Sus ojos penetrantes estudiaban el rostro de Ana María a través del humo de su cigarrillo.

—Usted está cansada y envejecida — le dijo a Ana María antes de que ella tuviera tiempo



—¿Qué es lo que te pasa? — le preguntó, deteniéndose ante ella.
—Jorge, tú estabas en la confitería con ella. ¿Te parece propio de un hombre como tú?



para contestarle. — Es usted una tonta al quedarse siempre en su casa trabajando incansablemente y haciéndose una esclava del hogar. Sé que Lalo ha estado enfermo y que tiene un niño a quien cuidar, pero ante todo debiera pensar en usted misma. Cuanto más egoísta es una mujer, más la quieren los hombres. Probablemente usted no lo crea, pero algún día llegará a darse cuenta de que tengo razón.

Después continuó hablando de ella y Juan.

— Volví a casa para ver si puedo continuar viviendo con Juan. Probaré por un mes, y si las cosas siguen como antes, entonces pediré el divorcio. Me creerá terrible por lo que digo, ¿no es así, Ana María?

Ana María estaba nerviosa y no sabía qué decir.

— Siempre creí que usted y Juan se llevaban bien — fué lo único que le dijo.

— Todos nuestros amigos pensaban lo mismo. Todos, menos Lalo. El vivió en nuestra casa y sabía que no éramos felices.

Una sonrisa iluminó el rostro de Clara al decir estas palabras, como si un pensamiento feliz hubiera cruzado por su mente.

— Lalo es como yo. Le gustan las diversiones y la alegría; en cambio, usted y Juan son parecidos; a los dos les gusta la tranquilidad. El se divierte quedándose en casa leyendo o buscando alguna compostura para hacer. Si las cosas en este mundo fueran como deben ser, usted se habría casado con Juan y yo con Lalo...

Habiendo pronunciado esas palabras, Clara se rió festejando lo que ella consideraba como un gran chiste. Ana María le sonrió tímidamente, aunque estaba lejos de tomar las palabras de Clara como una broma. ¿Cómo una mujer puede decir semejante barbaridad?, pensaba Ana María mientras que Clara se despedía diciéndole que todos juntos deberían pasar el Año Nuevo, que esperaba que Lalo mejoraría pronto y que no se olvidara de decirle que ella había estado a visitarlo.

— Creí haber oído la voz de la Maldon aquí, y por eso no entré — dijo la madre de Jorge entrando en el comedor. — ¡Qué voz tiene esa mujer! No sabes cuánto me irrita oírle hablar continuamente de Jorge. Está enamorada de él; acuérdate de lo que te digo. Te lo he dicho antes, y vuelvo a repetírtelo...

(Continuará en el número próximo)

LUNA DE MIEL

(Continuación de la página 11)

sericordioso, que velas por los buenos que alentamos sobre la tierra, haz que este hombre no sea mi marido y te prometo ser tu más humilde sierva!...

Y tornaba a fijar sus ojos ansiosos en aquel retrato fatal que, no sabía por qué mal sino, había caído bajo su mirada cunado más dichosa se sentía. Su angustia no tenía límites. Hubiera querido correr en busca de Roberto para mostrarle aquel retrato y pedirle una explicación que limpiase su corazón de sombras y torturas o que la hundiera definitivamente en los abismos de la desesperación.

Cerca de las once regresó Roberto. Venía jovial y apasionado como siempre. Para no perder la costumbre, le traía una caja de bombones, de los que la sabía muy devota. Al verlo llegar, María de las Nieves hizo esfuerzos indecibles por aparecer serena. Debió lograr su objeto, porque Roberto no reparó en su rostro las huellas de la desesperación que torturaba su almita, frágil como un cristal.

Agradecióle ella, mimosa, el presente, pero no tuvo el valor suficiente para probar uno solo de aquellos bombones. Roberto se lo observó:

— Pero..., ¿no los pruebas, querida, siendo que te gustan tanto?

— Es que..., como ya es casi la hora de almorzar y como tú te molestas si almuerzo mal...

— Si es por eso, está bien.

María de las Nieves empezó a vestirse en silencio. Roberto se paseó un momento por la habitación, charlando de cosas sin importancia y de cuanto había visto en la calle, y por fin, para no distraer a su mujercita en su tocado, se sentó junto al velador y, automáticamente, tomó el diario que momentos antes había llenado de inquietudes el corazoncito de su compañera.

Recorriendo las páginas del diario, su rostro no revelaba ninguna contrariedad. Por el espejo, frente al cual realizaba su tocado, María de las Nieves lo observaba atentamente. De pronto, al volver una hoja del diario, la infeliz muchacha lo vió demudarse. Vió cómo el rostro de su marido se tornaba pálido como la cera. El suyo también se había desangrado, como si en sus venas no quedase ya una sola gota de sangre. Quiso pedir socorro, pero el grito no surgió de sus labios; quiso correr hacia la puerta de la habitación para ponerse en salvo, y tampoco le fué posible; se sintió como paralizada, como clavada al suelo con garfios invencibles.

Roberto, después de leer el suelto periodístico, sonrió enigmático. Aquella sonrisa, vista por María de las Nieves a través del espejo, se le antojó satánica. La prueba que necesitaba ya la tenía; era la esposa de un bandolero, la esposa de nadie, pues ni siquiera tenía su nombre; su fortuna estaba ya a merced de aquel estafador, y acaso también su vida. Un grito que diera, una palabra que descubriese su secreto, acaso fuera lo suficiente para que aquel hombre, perdido y acorralado, le echase las manos al cuello y la estrangulara. ¡Y ella no quería morir! La vida, a pesar de la terrible prueba a que la sometía, era algo muy preciado para ella. Pudiendo siquiera salvar la vida en aquel naufragio sentimental, acaso un día pudiera reconquistar la felicidad que había gozado tan brevemente. Procurando serenarse de nuevo, terminó su tocado. Roberto, en silencio, manipulaba con el diario; mirándole de soslayo, María de las Nieves le vió arrancar disimuladamente la hoja y guardársela en el bolsillo. Hecho esto, pareció sentirse más aliviado. Comenzó a silbar muy bajito una música popular. De pronto se interrumpió para decir:

—¿Sabes lo que he pensado, querida?

— Tú dirás.

— Que ya hemos estado aquí demasiado tiempo. ¿Qué te parece si nos fuéramos a otra parte..., por ejemplo a... a Chile?... ¿Te gustaría dar un paseo por Chile? Te advierto que aquello es encantador. Hay allí playas muy hermosas y, sobre todo, panoramas extraordinarios.

— Me da mucho miedo salir de la patria.

—¡Tonta! Pero, ¿no irás conmigo? ¿O es que yo no te inspiro la suficiente confianza?

—¡Oh, nada de eso, Roberto! ¡Iremos adonde tú quieras.

— Ya verás cuánto nos divertiremos juntos. Porque no nos separaremos ni un momento. Somos dos enamorados que parecemos dos chicos inconscientes. Pero no creas que a mí me importa que alguien se ría de mi pasión. Para todo lo que no seas tú, soy sordo, ciego y mudo. Así que pueden reírse todo lo que quieran, que a mí no me molesta. Y a ti, querida, ¿no te pasa lo mismo?

— Lo mismo, Roberto, exactamente lo mismo.

Cuando María de las Nieves terminó su tocado, eran ya las doce. Roberto la invitó a pasar al comedor y ella le tomó el brazo, como siempre; pero al tomárselo temblaba como una hoja; Roberto reparó en ello y se lo observó:

—¡Tiemblas! ¿Qué tienes? ¿Te sientes mal?

— No es nada; un chucho de frío. Comiendo se me pasará; no temas.

Ocuparon la mesa de costumbre en un ángulo del salón. Esta vez la comida no transcurrió en medio de la cordialidad de las anteriores. A pesar de poner Roberto el mayor empeño en aparecer tranquilo, una nube de angustia nublaba la mirada de sus ojos y una palidez enfermiza había eclipsado los rosados colores de sus mejillas. Era indudable que su espíritu pasaba por un momento de tribulación. ¿Sería remordimiento o rabia lo que le tenía así de soliviantado?

María de las Nieves no se mostraba de mejor talante, pero, cobarde como todos los seres indefensos frente a sus verdugos, hacía cuanto esfuerzo podía por aparecer risueña y sosegada. De vez en cuando formulaba una pregunta o hacía una observación a fin de no descubrirse ante su marido, cuyos instintos no era capaz de profundizar. El mozo que los servía, solícito como pocos, no dejó de observar el estado de ánimo de sus pensionistas. Pero, ducho en el estudio psicológico de los recién casados, creyó adivinar la causa de ello en algún caprichito de la novia, no satisfecho oportunamente. Después de todo, aunque el motivo fuese muy trascendental, ¿qué le importaba a él?

Terminado el almuerzo, regresaron a su habitación. Ya en ella, Roberto le preguntó:

—¿Adónde quieres que te lleve esta tarde, querida?

— Por mí no te molestes, Roberto. Si quieres salir tú solo, yo me quedaré aquí.

—¿Lo dices en serio? ¿Es que ya no tienes gusto en salir conmigo?

—¡Oh, nada de eso, Roberto! Será para mí una satisfacción que me lleves adonde quieras. Si no me llevas tú, ¿quién me llevará?

— Cierto; ¿quién, si no yo, que tanto te adoro? Pues bien: subiremos al parque; tengo deseos de aspirar aire puro. ¿Quieres acompañarme?

— Con toda el alma.

— Bien. Mientras tú te arreglas un poco, yo iré a escribir una carta a un amigo que casualmente está viviendo en Valparaíso, para anunciarle nuestra boda y nuestro deseo de dar un paseo por allá. Vengo en seguida.

Al quedarse sola María de las Nieves, lo primero que hizo fué hojear el diario que yacía sobre el velador. No se había engañado. Faltaba la hoja donde estaba el retrato. Por un momento cruzó por su imaginación la idea de huir aprovechando que se hallaba sola; pero bien pronto desechó esta idea con hondo desaliento. ¿Cómo y adónde huir? No disponía de dinero, y no había tren hasta la mañana siguiente.

Recostóse en el lecho, ya ordenado por la camarera, y se entregó a sus terribles pensamientos. ¿Qué hacer? No le quedaba más remedio que seguir desempeñando su papel de esposa confiada y enamorada, y estaba dispuesta a representarlo con la mayor propiedad a fin de no perderse. Llegada a esta conclusión, llevó su pensamiento a las horas pretéritas de su noviazgo. Recordó el azar que los había cruzado en el camino; la declaración ardiente y el parecer sincera; las obsequiosidades del novio; las visitas constantes; sus ensueños de amor; sus ilusiones de felicidad, y por fin aquella ausencia de más de una semana, incomprensible primero, pero justificada por él después. Al llegar a este punto, vió claro en la conducta de su novio. Aquella ausencia, según la noticia del diario, coincidía con la estafa al Banco Tirolés, de Montevideo. Los gastos extraordinarios que desde entonces venía haciendo, eran, sin duda, subvenidos con el dinero estafado. La esplendidez que demostraba era, acaso, un ardid para captarse mejor la buena voluntad de ella y de su familia. Pero en cuanto a despojarla de su dinero, era cosa que estaba por ver, ya que de una u otra manera, iba a dilatar la hora de hacerle la transferencia de sus bienes. Finalmente llegó a la conclusión de que no le quedaba otro recurso que fingir lo mejor posible, y una vez de regreso a Buenos Aires denunciarlo a la policía. En ese momento, sin embargo, no pensó en las terribles consecuencias de semejante paso: en que se quedaría sin marido; en que había sido la esposa de nadie, pues Roberto Senillosa no existía ni había existido jamás.

Media hora después, despachada la carta, Roberto se reunió con su mujercita y la invitó a salir.

Como la primera vez, subieron a pie al parque. Durante la ascensión Roberto se mostró locuaz y apasionado como siempre; acaso también se mostró más expansivo que nunca con ella:

— Yo no soy un mal hombre, querida, pero si acaso lo fuera, te juro por la salvación de mi alma que no lo podría ser contigo. Y es que te debo a ti las más grandes felicidades de mi vida.

Hablaba Roberto con sentimentalismo; con esa sinceridad peculiar de los hombres agradecidos; y María de las Nieves le escuchaba en silencio, poseída de una secreta simpatía que en más de un momento lo hizo olvidar de la tragedia que amenazaba su felicidad.

Sin darse cuenta de las fatigas que les costaba la ascensión, llegaron a poco a la cima de la sierra, en cuyo borde más pronunciado sobre el abismo se detuvieron. El fuerte viento que soplaba sacudía violentamente los vestidos de María de las Nieves y los cabellos de su marido, que se había quitado el sombrero. Cualquiera que los hubiera visto desde abajo, el uno pegado a la otra, hubiera creído ver un grupo alegórico presidiendo la entrada de la ciudad, como un poco más adelante la estatua ecuestre del general Rodríguez imponía su arrogancia de prócer.

Así estuvieron un rato, silenciosos, abarcando con la mirada el brillante cuadro mirífico que les ofrecían las sierras, salpicadas de irisaciones, como si sus faldas estuvieran matizadas de toda clase de piedras preciosas. De pronto, Roberto se asomó al abismo, como si hubiera querido calcular una vez más el camino que acababan de recorrer. Se asomó demasiado, sin duda, y fué como presa de un vértigo. Cuando María de las Nieves, en un impulso de verdadera enamorada, quiso echarle los brazos para sostenerlo, se le fué de entre los dedos como algo viscoso que no es posible apresar. Un grito despavorido de la mujer rodó por la falda de la sierra llenando de alarma a cuantos andaban por allí...

Cuando, vistiendo de luto riguroso, María de las Nieves regresó a la casa paterna, halló en ella una carta certificada a su nombre, que había llegado dos días antes, y cuya letra le era bien conocida. ¡Era la letra de Roberto!

Temblorosa de emoción abrió el sobre. En el pliego que contenía, el pulso firme de su marido había escrito lo siguiente:

"Querida mía: Cuando leas estas líneas, que te escribo transido de angustia, ya no existiré. Dos horas después de despachada esta carta, algún alma piadosa recogerá mi cadáver en la sima de la sierra. Mi muerte, inevitable, lejos de dejarte deshonrada, te rodeará de las mayores conmiseraciones. Y ya que la fatalidad me ha arrastrado a este horrible trance, quiero, brevemente, abrirte mi corazón. No te haré el relato de mi vida, que no puede ser más despreciable, porque sólo la he consagrado al mal; pero sí quiero que sepas cuán grande es el amor que me has inspirado, para que siquiera sientas un poquito de piedad hacia mí.

"Yo empecé a cortejarte con los mismos propósitos que a tantas otras: con el de apoderarme de tu dote y dejarte abandonada, sin marido y sin apellido. Pero lo que empezó en broma pronto se convirtió en pasión verdadera, y, al unirme contigo, creí poder reivindicarme merced a un nombre supuesto y al firme propósito de ser bueno y honrado; pero una noticia, leída al azar en un diario, ha desbaratado todos mis propósitos. A punto quizá de ser aprehendido, perdiéndote para siempre y dejándote, a pesar mío, deshonrada, he decidido salvar, por lo menos, tu honor. Después de mi muerte tú no serás simplemente "la burlada por el bandido", como te llamarían los periodistas, sino, y esto es lo que más me place, *la honorable viuda de don Roberto Senillosa;* de ese Roberto Senillosa que, no debes dudarlo, ha sido todo un caballero.

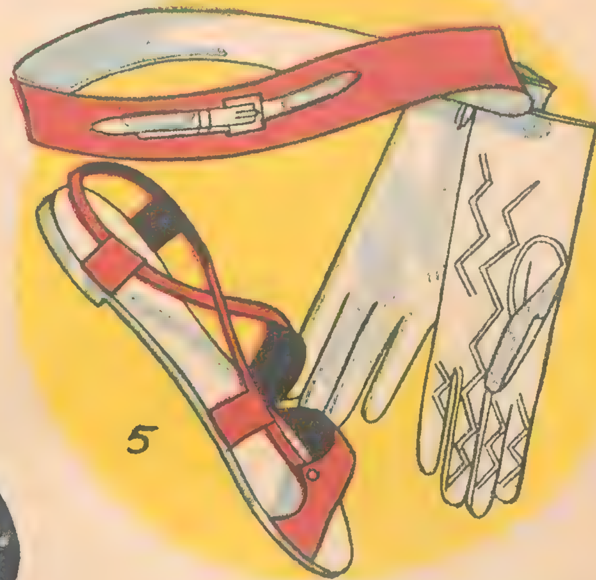
"No quiero cansarte más, ni me siento con ánimo de proseguir esta carta. Sólo te pido una gracia en premio del gran amor que te he tenido: que nadie sepa que yo era el despreciable Salvetti, y que todos tengan un recuerdo cariñoso para ese buen Roberto Senillosa a quien la fatalidad no quiso dejarle ser feliz."

Quiso releer María de las Nieves la carta, pero no le fué posible; sus lágrimas, copiosas, sinceras, la habían emborronado.

FIN

LOS NUEVOS MODELOS





5. — Cinturón rojo, guantes de cuero blanco y sandalias rojas, tres modelos para el veraneo.







1. — Traje de baño, en jersey blanco y verre, adornado con aplicaciones de jersey verde y azul.

2. — Vestido de playa, en tela coral, adornado con tela cruda.



3. — Peinador de baño, en franela roja y blanca. Está montado en un canesú recortado en puntas.



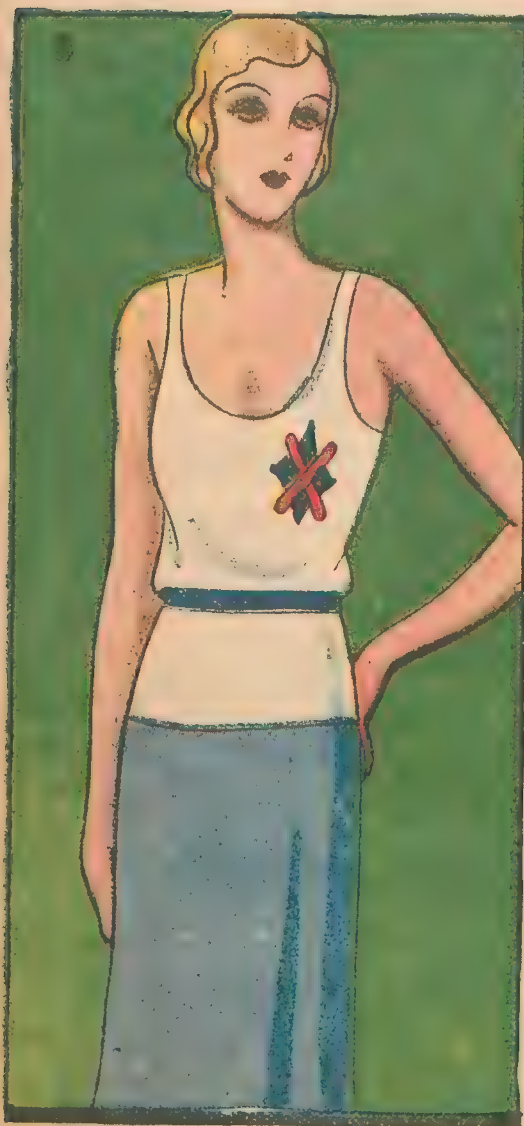
6. — Son complementos de un vestido blanco, un bolero de jersey azul, bordado de blanco y una écharpe de foulard rojo y blanco.

4. — Modelo de traje de baño con pollerita plisada que modifica fundamentalmente la silueta actual.

PARA LAS PLAYAS



7. — Cartera y saco para playa, en tela encerada con adornos rojos.

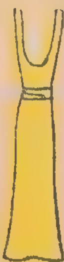


8. — Jumper en jersey blanco, adornado con un motivo rojo y azul. Este mismo adorno se llevará en el sombrerito.



9. — Traje de baño con pantalón de jersey ocre y chaleco en jersey marrón y naranja.





10. — Vestido de playa, en tela amarilla chartreuse, adornada con un recorte en las caderas. Aplicaciones azules



11. — Este modelo es en tissú esponjado, verde opalino, adornado de bandas naranjas y blancas.

12. — Traje de baño, en jersey amarillo y marrón, con saquito del mismo color. Cinturón marrón.



MENÚ
PARA TODA LA SEMANA

En nuestro propósito de contribuir a hacer menos pesudas las tareas de las amas de casa, en lo que a las comidas se refiere, continuamos en este número la publicación de nuestro menú diario para toda la semana. Seleccionado con el mejor criterio, estamos seguros que ha de resolver satisfactoriamente este problema, que es, sin duda, uno de los más engorrosos de cuantos se plantean en todos los hogares.

MIERCOLES

Almuerzo	Comida
Sopa de arroz.	Corvina guisada.
Puchero a la española.	Ropa vieja.
Sesos de ternera a la italiana.	Coliflor con salsa de tomate.
Fruta.	Compota de orejones.

JUEVES

Almuerzo	Comida
Tallarines al jugo.	Croquetas de bacalao.
Asado con ensalada.	Bifes a la plancha.
Filet de pejerrey frito.	Espinaca saltada a la manteca.
Fruta.	Arroz con leche.

VIERNES

Almuerzo	Comida
Sopa de verdura.	Sopa de sémola.
Mondongo guisado.	Milanesas con puré de papas.
Tortilla de arvejas.	Buñuelos de acelga.
Fruta.	Compota de ciruelas.

SABADO

Almuerzo	Comida
Minestrón.	Sopa de harina de garbanzos.
Costillitas de cordero saltadas con tomate.	Bifes con papas fritas.
Merluza frita.	Coliflor con salsa blanca.
Mermelada de damasco.	Budín de sémola.

DOMINGO

Almuerzo	Comida
Calamares en su tinta.	Asado de cordero.
Huevos rellenos a la turca.	Lengua de vaca con salsa.
Tortilla de jamón.	Puré de legumbres secas.
Ensalada de fruta.	Duraznos al natural.

LUNES

Almuerzo	Comida
Patitas en salsa blanca.	Carne de ternera a la provenzal.
Riñones de ternera saltados.	Habas verdes a la campesina.
Tortilla a la francesa.	Espárragos.
Fruta.	Manzanas.

MARTES

Almuerzo	Comida
Sopa de pastas.	Fricandó de carne de vaca.
Puchero a la madrileña.	Hígado asado.
Sesos de ternera a la marinera.	Chauchas en ensalada.
Fruta.	Fruta seca surtida.

EL PLATO DEL DOMINGO

CALAMARES EN SU TINTA

Se parten en pedazos los cuerpos y las barbas de los calamares, después de haberlos limpiado bien y de haber colocado aparte, en una taza, la bolsa de la tinta.

Se pone aceite en una cacerola y se frien en ella unos pedacitos de jamón; se sacan cuando están fritos, y en la misma grasa se fríe cebolla cortada en rodajas, sacándose también cuando está frita y poniéndose en un plato con el jamón; siempre en la misma grasa, fríase ahora tomate en abundancia, que se cuela sobre una sartén en la que se echan cebollas, el jamón y los calamares, añadiendo una cucharada de harina.

Déjese rehogar todo junto durante diez minutos, y al cabo de este tiempo añádase un poco de pimienta y agua.

Luego se deslíen las bolsas de la tinta en agua caliente, se pasa sobre los calamares por un colador y se cuece todo al calor durante diez minutos. Se sazonan, se cuecen otros diez minutos, y se sirven.

MEDITE USTED SOBRE ESTE PROBLEMA DIARIO, *por Misia Remedios*

Debemos precavernos contra el avance de la vejez

A los veinte años consideramos que los cuarenta constituyen una edad provecta, y al alcanzar esta última altura de la vida recordamos, tal vez con una sonrisa irónica en los labios, nuestro juicio de los veinte años. Y así vamos viendo cada vez más lejano el momento de la senectud.

Pero llega un momento en la vida humana, casi siempre alrededor del medio siglo, en que los que lo cumplen empiezan a sentir los estragos del tiempo.

Desde el punto de vista industrial, el hombre o la mujer de cincuenta años se ven relegados y pospuestos. Pocas son las probabilidades que se les ofrecen de emplearse en oficinas en que la competencia favorece a la juventud. Por lo que respecta a la sociedad, generalmente trata, casi siempre con éxito, de colocar al margen de toda actuación a las personas cincuentonas.



Tal vez porque a los veinte años resulta muy difícil colocarse, desde un punto de vista comprensivo, dentro de los cuarenta, y porque a los cuarenta es igualmente difícil asumir la misma actitud por lo que respecta a los sesenta, pocos de nosotros nos consagramos a prepararnos sistemáticamente para el asunto tan afligente de la vejez.

—¡Cuando sea viejo nunca seré como abuelito! —dice un joven, feliz en su ignorancia, y destinado, sin embargo, a tener una ancianidad no del todo diferente de la de su abuelo.

La falta de imaginación parece ser la razón primordial para que nos preparemos para cuando tengamos cincuenta, sesenta o setenta años. Nos parecen tan lejanas esas edades, tan remotas, que consideramos que es algo que alcanzará a los demás, pero no a nosotros. Y así acontece que cuando la vejez nos alcanza de sorpresa, casi a la sordina, nada nos ha prevenido su llegada. No ha habido una sola voz interna de alerta, y nos pilla desprevenidos. De la noche a la mañana nos encontramos convertidos en abuelos. Charlatanes como el abuelo nuestro. Viviendo en el pasado. Mirando hacia él, añorándolo. Evocando recuerdos y reminiscencias de una juventud olvidada, que a nadie interesan ya. Intolerantes con lo nuevo. Inermes...

Es entonces que se desarrolla la tendencia de las mentes ancianas a aceptar el impulso de la sociedad de hacer a un lado a las personas que declara "viejas". En seguida, para prestar tintes más sombríos a la tragedia, empezamos a contemplar las cosas bajo el prisma de "los buenos tiempos de antes".

Es lógico que para las mentalidades que se han dejado sorprender por la ancianidad, el pasado, por contraposición, parezca vívido y vigoroso.

Así comienzan las reminiscencias: "Cuando yo era joven..." "En nuestros tiempos sí que se hacían bien las cosas..." "La juventud de ahora no es como la de antes..." "La vida moderna es imposible."

¡Oh vejez, que rumias tus recuerdos! ¡Cerebros cristalizados que condenáis todo lo actual para exaltar lo que ya no será más!

He ahí, la forma más cruel de senilidad mental es la ancianidad intelectual que se ha dejado sorprender por los años.

Ojalá los seres humanos aprendieran a organizarse en edad juvenil para defenderse de los avances de la vejez. La sociedad hace tódo lo posible por relegar a los que han pasado la cincuentena, tanto industrial como socialmente, y se requiere algo más que la pasajera resolución reflejada en la frase: "Nunca me dejaré envejecer como mi abuelo", para evitar la caída en el abismo de los años que se tragó a los antepasados. Es necesario poseer una conciencia exacta de las cosas, la comprensión justa a los veinticinco años de que no se ha de prever por si se llega a la vejez, sino que se ha de preparar todo para hacerle frente cuando se presente.

A diario nos es dado presenciar la tragedia del hombre o la mujer que envejecieron, que quedaron atrás en la ruda carrera de la vida, reblandecidos, reminiscentes, intolerantes, sin que se percaten de ello.

He ahí sintetizada toda esa tragedia íntima: la vejez rara vez se comprende a sí misma. No ha luchado por mantener joven la mente, actualizados sus intereses, aguzada su tolerancia. Los "buenos tiempos de antes" son buenos principalmente porque la mente se ha fosilizado en el pasado y repudia como peligroso todo lo nuevo, lo actual.

¡Vejez! La mentalidad que se aferra al pasado ignora el presente y teme el futuro porque se ha dejado envejecer.

Los asilos para ancianos están llenos de viejos charlatanes y reblandecidos que se pasan las horas del día rumiando lo que fué y esperando a la muerte.

La mente que empieza a amarse contra la ancianidad antes de llegar a la edad media de la vida sabe de los peligros de "cristalizarse". Las mujeres que no pueden entenderse con sus nueras, los hombres que no pueden trabajar en franco entendimiento con los más jóvenes en los escritorios, las abuelas que encuentran condenable todo lo nuevo, no se han preparado en la forma que señalamos. De ahí su sorpresa y el hecho de que pasen sin transición de la juventud a la vejez.

Conviene prepararse a tiempo para el advenimiento de lo inevitable, a fin de que los obscuros tiempos de antaño no nos ensombrezcan el presente. Se diría que muchos ancianos adoptan una actitud hostil y rebelde contra lo nuevo y se convierten en censores implacables de la juventud, rechazando lo que conceptúan malo para quedarse con lo que reputan bueno. ¿Quién o qué los autoriza a

erigirse, así, en jueces de sus semejantes y hasta de las generaciones que los suceden? Esa franca y agria hostilidad tiene por efecto una reacción que se traduce en repudio completo, absoluto. La juventud no acepta, no puede aceptar a los ancianos gruñones.

Los tiempos de antes no son necesariamente superiores al hermoso presente que vivimos. No hay por qué añorarlo, pues.

No es tarea fácil precaverse contra la vejez en los años juveniles. Es difícil concebirla. Se la ve tan lejana, tan increíble... Casi como se ve a la muerte.

A una madre que cría hijos no le es fácil entever el momento en que los pequeñuelos que la asedian y para quienes su palabra es ley, lleguen a protegerla y tolerar sus achaques de vejez. Y casi inevitablemente lo harán si ella no se prepara a evitar tal posibilidad.

Los niños se apresuran a relegar a segundo plano a sus padres en cuanto se les proporciona la más mínima oportunidad de hacerlo. Y sin embargo, depende completamente de los padres que los hijos los consideren ancianos o no. Si se mantienen siempre alegres y vivaces, serán también los buenos y experimentados camaradas de la juventud. Pero si flaquean, si se tornan gruñones e intolerantes, pronto serán, simplemente, "los viejos". Tremendo y lapidario calificativo ese.

La vida es demasiado breve y preciosa para que le amputemos voluntariamente la última o las últimas décadas, y eso es precisamente lo que hace el individuo que permite a la sociedad relegarlo a las filas ignaras de la vejez.

La juventud mental puede subsistir aún en un cuerpo decrépito. La juventud es la universidad en la cual se aprende el secreto del éxito y se lo conserva hasta los cincuenta o aun más allá. Conviene no echarlo en olvido.

FIN

LA CIVILIZACION SOLO SE SALVARÁ...

(Continuación de la página 7)

mo es, en realidad, muy maleable, y hombres cuidadosamente elegidos que representen el cinco por ciento de todos los de su raza, podrán engendrar una raza nueva sin experimentar ninguno de los sentimientos de la paternidad. En el nuevo estado, según mi entender, el nacimiento se considerará simplemente una operación quirúrgica sin mayor importancia, y sólo destinada a perpetuar la especie."

Tales son las sorprendentes y tremendas declaraciones de lord Russell, a quien ciertamente no puede acusarse de extremista, pues es hijo del segundo duque de Russell, secretario de Estado de la India, de quien, a su deceso, ocurrido el año pasado, heredó el título nobiliario que ostenta.

Lord Russell, con su gran mentalidad desapasionada, sigue de cerca el desarrollo del bolchevismo desde su aparición y el examen psicológico lo ha llevado a la convicción de las conclusiones que expuso en la entrevista que damos a publicidad.

Al hacerlas, procede de acuerdo al más rigoroso método científico, sin dejarse arrebatar por el tema, prevaleciendo, más bien, en el curso de su exposición una gran amargura y decepción, aunque, según lo declara, aún abriga un destello de esperanza: la esperanza de que los hombres que hoy rigen los destinos de las naciones se posesionen de la gravedad del momento histórico y eviten la evolución violenta que prevé y que entrañaría la muerte y desaparición de nuestro actual sistema social.

FIN

LA CIRCUNSTANCIA IMPREVISTA

(Continuación de la página 5)

Enrique maldijo al gato y entró desesperado a la casa. ¡Que el diablo se llevase al animal! Se portaba, en realidad, como si supiese algo sobre la desaparición de su ama! ¿Sería posible que el gato sospechase de él? ¡Demonios; no! Un gato no tiene bastante inteligencia para sospechar algo.

Encendió una lámpara de aceite en la cocina, y miró su reloj. Las ocho y media. El comisario ya no vendría:

— Ya que no viene — murmuró, — me iré a la cama.

Entró en su dormitorio, que quedaba junto a la terraza del frente, y comenzó a desvestirse perezosamente, sintiendo que se caía de sueño. Colgó cuidadosamente su traje de los domingos en una percha. Sus zapatos, engrasados, los dejó debajo de la cama. Apagó la lámpara de aceite y se tiró en el lecho.

Estaba ya casi dormido cuando se imaginó que oía moverse algo en la pieza. Su primer pensamiento fué el gato. Sin duda habría saltado por la ventana, como lo hacía para visitar a Greta; pero eso no era probable ya que no recibía mimos de él. No; no había por qué preocuparse. Sin embargo, debía darle muerte al otro día.

Después de tomada esta resolución Enrique cayó en un sueño sereno; pero media hora después se despertó súbitamente. Sin explicarse el porqué, se encontró con que estaba sudando y que su corazón latía con violencia.

Sumamente alarmado se sentó en el lecho. Allí, junto a su cama, aparecía inmóvil un gran espectro gris, cuyos ojos verdes y redondos brillaban imponentes y malignos.

¡Dios santo! ¡Ese gato otra vez!

¡El hombre tembló! ¿Qué estaba haciendo en su cuarto? No había comida allí, y no podía querer otra cosa. ¿Habría venido...? Una idea horripilante se posesionó de su imaginación. ¿Habría venido a acusarlo, a perseguirlo?

Contemplándolo fijamente se sintió aterrorizado. El espectro gris empezó a moverse hacia él. De pronto, con un grito espantoso, Enrique Jorgensen saltó de la cama y corrió hacia la puerta.

—¡Vete! — rugió histérico. — ¡Vete! ¡Yo soy el culpable!... ¡Vete, por Dios!

En el paroxismo del terror, Enrique, sollozando nerviosamente, abrió de un golpe la puerta, y, sin darse cuenta, cayó en los brazos del comisario, que, contra su buen deseo, había llegado tarde a la cita. Asombrado el comisario dió un paso atrás. El gato pasó como una exhalación entre ellos, y desapareció entre las sombras maullando de dolor.

—¡Vete! — continuó espantado el chacarero: — ¡Vete! ¡Yo soy el culpable!... ¡Vete, por Dios!

—¿Usted es el culpable de qué? — le preguntó el comisario asombrado.

—¡De su muerte! ¡Yo la maté! — contestó enloquecido el hombre: — Greta me hizo perder la paciencia, y yo me cegué. Muchas veces me amenazó con que se me aparecería encarnada en el gato y me asediaría, y ¡así lo ha hecho!

El comisario lo llevó al dormitorio; encendió un lámpara, lo hizo sentarse en una silla y comenzó a interrogarle. Muy pronto Enrique Jorgensen, con la mente confusa por el temor, le refirió todos los detalles de su crimen.

En tales momentos Tinker irrumpió tímidamente en el cuarto. Maullando lastimosamente se acercó a los hombres. El comisario lo miró indiferente, no así Enrique que lo miró despavorido.

Un minuto después, el comisario empezó a reír con la mejor de las ganas. Entonces Enrique abrió sus ojos y miró hacia donde miraba el comisario.

El gato gris, con un aire de entera satisfacción, como si por fin hubiese logrado sus propósitos, estaba lamiendo glotonamente la gruesa capa de grasa de cerdo de sus zapatos.

Un terno terrible se escapó de sus labios. ¡La grasa de cerdo era el plato favorito de Tinker! Su tacañería lo había perdido! ¿Quién diablos le inspiró la idea de querer devolver el frasco del betún?...

FIN



El simuló estar fumando distraidamente, y ella que permanecía hundida en un sillón de mimbre, al otro extremo de la habitación.

EL OTRO

Un cuento sentimental de F. HAMBLEDON

Entre los personajes de esta narración se desarrolla una lucha de pasiones. A pesar de la desigualdad de las armas con que se atacan y se defienden, las más eficaces son las que esgrimen la verdad y la justicia. Y así es cómo Julia, la esposa ultrajada por la amiga desleal, recobra por fin sus bienes más preciados: su esposo y su felicidad.

HE perdido doce pesos — dijo la señora de Fenby. — ¿Tienes tiempo para jugar otro poco, Julia?

— Lo siento mucho, pero ya son las seis. Debo irme volando a casa, donde me esperan mi amiga y mi esposo.

— ¿Todavía está viviendo con ustedes la señora de Lisle? — exclamó la señora de Fenby. — ¿Por qué no la trajiste esta tarde?

— Porque no juega al bridge. ¡Ojalá supiese!

— No sé para qué — dijo otra de las señoras allí reunidas. — Ella se cree tan hermosa que no necesita exhibirse en los salones de juego.

Julia Martínez se dirigió a la que hablaba:

— Pero no me negará que es, en efecto, preciosa — dijo con entusiasmo.— Tiene una personalidad interesante y vívida. Éramos grandes amigas en la escuela. Luego ella se casó en la India, y dos años más tarde se quedó viuda. ¡Pobrecita! Ha tenido que luchar mucho. Yo me sentí encantada cuando me dijo que nos visitaría. Blas se burlaba de mi amiga de escuela, pero cambió de opinión en cuanto la conoció.

— ¡Es que es digna de admiración! — dijo la cuarta jugadora, no sin cierta insinuación en su tono, que Julia no notó. — ¡Y sobre todo para los hombres!

— Y también para las mujeres — agregó Julia ingenuamente. — Pero es un poco tímida y reservada a veces.

— A propósito de la India — dijo la señora de Fenby, — hay alguien que acaba de regresar de allí. Un viejo admirador tuyo, querida.

Julia, que estaba guardando sus ganancias en su cartera, se sorprendió:

— ¿No será Darío Manville?

— Sí. Darío Manville. Está parando en el Grand Hotel. ¡Por lo que veo, admites el título de admirador!

Julia se ruborizó contra su voluntad.

— ¡Bah! Un flirt estúpido, cosas de chicos. Estoy segura de que él lo ha olvidado tan fácilmente como yo. ¿Ha cambiado mucho?

— Bastante. Ahora tiene mucho de militar. Es justamente el hombre a propósito para completar el eterno triángulo, si es que sientes inclinación por él, naturalmente.

— Pues confieso que no siento ninguna.

Dos manchas rojas abrasaban las mejillas de la joven señora de Martínez.

— Eres bastante impertinente, Diana; si no fueses una amiga tan estimada, sería cosa de no perdonarte. ¡El eterno triángulo! ¡Qué disparate! ¡Y me extraña que lo digas tú, sabiendo lo felices que somos Blas y yo! Bueno, ¡adiós a todo el mundo!

Se fué. La señora de Fenby la acompañó hasta la puerta. Cuando regresó, las tres mujeres se miraron y se sonrieron.

— ¡Tímida y reservada!—dijo una de ellas.

— ¡Pobre Julia! — dijo la señora de Fenby con lástima.

Mientras tanto, Julia iba que echaba chispas, manejando el auto camino de su casa. Las insinuaciones de sus amigas la habían enfurecido. ¡Qué prontas estaban para descubrir una situación delicada, para recoger los primeros detalles de un escándalo! Por supuesto que sería un poco emocionante encontrar de nuevo a Darío. Durante una semana o dos se había creído enamorada de él, pero entonces conoció a Blas, quien la había hecho comprender qué cosa era el amor. ¿Quién podía volver a acordarse de Darío una vez que habría visto a Blas? Este disparate no era solamente absurdo, sino también de muy mal gusto.

Pero, manejando, le renació un poco de calma. Sólo la habían estado embromando. ¡El eterno triángulo! ¡Cómo odiaba esta frase! Preocupada con estos pensamientos, había llegado a su casa. Guardó el coche en el garage y se dirigió a la puerta de entrada.

El jardín se hallaba envuelto en la perlada obscuridad de una noche de primavera. Las luces de la ciudad aparecían anaranjadas en medio de un luz gris que prevalecía.

La casa estaba aún a obscuras, pero de la sala partía el brillo rojizo del fuego de la chimenea. Blas y Magda estarían allí. Al pasar por la ventana, Julia miró hacia adentro, sonriéndose. Pero su sonrisa se heló de pronto entre sus labios.

Vió a Magda en los brazos de Blas. Estaban de pie, casi sin moverse. Pero él la besaba ciega, apasionadamente. La cabeza de Magda estaba echada hacia atrás para poder recibir mejor sus besos. Durante un minuto Julia los contempló petrificada. Luego volvió en sí. Entró en la casa silenciosamente y se dirigió a su dormitorio.

Se propuso enchufar la estufa eléctrica y encender un cigarrillo antes de entregarse a sus pensamientos. Primero debía procurarse un poco de calma para ahogar ese deseo de

HOMBRE

matar que de pronto la poseía. ¡Magda y Blas! ¿Sería eso entonces lo que sus amigas le habían insinuado?

El velo cayó de sus ojos. Sí, sí. Era eso lo que aquellas mujeres habían querido decir. "¡Es que es digna de admiración!... ¡Y sobre todo para los hombres!" Y ella, estúpida y ciega, dió en elogiarla, jactándose de que Blas era de su mismo parecer. Por supuesto que lo era. Recordaba ahora palabras, miradas. Aquella vez que habían salido en el auto y no regresaron en todo el día. "Hemos tenido una "panne", le dijeron, y ella les había creído. ¡Cómo se reirían a sus espaldas!

Recordaba también otras cosas que habían pasado en el colegio. Ella siempre había admirado a Magda, pero las otras chicas no la querían. Decían que era poco leal e hipócrita. "Celos", pensaba entonces, pero ahora veía que era cierto. Magda no jugaba limpio. Había abusado deliberadamente de su hospitalidad robándole el marido.

Pues bien: ¿qué debía hacer? Encendió otro cigarrillo con la colilla del que estaba terminando. ¿Bajaría a la sala y se enfrentaría con ellos? ¿Echaría a Magda? Esto es lo que haría cualquier mujer. ¿No era, pues, el mejor camino? Sí; Magda debía marcharse, pero marcharse inmediatamente.

Julia se dirigió apresuradamente hasta la puerta. Luego regresó, muy despacio a su sillón y se sentó de nuevo. Si Magda se marchaba, ¿que ocurriría? Ella y Blas se quedarían con esta vergüenza, con esta culpa confesada entre ellos. Blas, al perder a Magda, ¿amaría más o menos a su esposa? ¿No seguiría poseyendo Magda para él la magia que lo cautivaba?

El rostro de Julia tomó una nueva expresión de resolución. Estaba empezando a comprender que no era por venganza, sino por su futuro por lo que estaba luchando. Deseaba conservar a su marido. No podría hacerlo por la fuerza, pero quizá sí por estrategia. ¿El eterno triángulo? Era una frase más contagiosa de lo que había pensado. Sí, pero, ¿no podría hacerse un cuadrado del eterno triángulo?

Tuvo los vislumbres de una idea. El cenicero estaba lleno de colillas, antes que su plan tuviese forma y cohesión. Luego tomó el teléfono y pidió un número.

Fué un poco más tarde cuando Magda, desprendiéndose de los brazos de Blas, dijo:

—¿No es hora ya de que Julia esté de vuelta?

Blas miró su reloj.

—¡Caramba, sí! — dijo. — Debía estar en casa hace rato.

—Llama y pregunta a qué hora dijo que regresaría.

Blas se levantó y tocó el timbre. Cuando entró la mucama, él simuló estar fumando distraídamente, y ella que permanecía hundida en un sillón de mimbre, al otro extremo de la habitación.

—María, ¿a qué hora dijo la señora que regresaría?

—¡Cómo, señor! Hace ya media hora que llegó. Se fué directamente a su dormitorio.

—¡Ah! No lo sabía. Corra las cortinas antes de irse.



Cuando la mucama se retiró, Magda de Lisle se dirigió a Blas con frenesí.

—Blas, ¡si ella está aquí, nos ha descubierto! ¡Estoy segura! Siempre pasa por frente a esta ventana al volver del garage. ¡Oh! ¿Cómo no oímos el auto? ¿Por qué no corrió antes las cortinas esa muchacha idiota?

—He observado que no le gusta entrar cuando estamos solos. Me parece que sospecha.

—Yo no hablo de la criada, Blas, sino de Julia.

—Pues te diré que si Julia nos hubiera descubierto ya nos lo hubiera dejado entrever.

—¡Quién sabe!

—Te equivocas. No debes juzgar a las demás personas por ti misma, querida.

Blas habló ahora con aspereza. Sus nervios estaban resentidos; resentidos por la pasión que lo consumía, por las hipocresías y evasivas que odiaba, pero que consentía. Magda estaba siempre mofándose de Julia, que era una mujer muy superior a ella. Él sabía eso, pese al loco apasionamiento que sentía.

Magda no notó su tono, sin embargo. Tenía sus propias preocupaciones. La mitad del placer de sus amores era el peligro; pero si Julia se había enterado, ¿qué podía ocurrir? Cuando las cosas llegan a su límite, nunca se sabe cómo terminarán. Quizá Julia pidiese el divorcio. Estas mujeres tan terriblemente extremosas tomaban la vida muy en serio.

—Iré a su cuarto. Me daré cuenta muy pronto por su actitud si sospecha. Si sabe algo fingiré que fué una locura de un momento.

—Comunícame en seguida lo que descubras.

—¡Oh! No temas. Te lo comunicaré.

Magda se encaminó al cuarto de su amiga. Al llegar, golpeó en la puerta y entró. Julia en ese momento colgaba el tubo del teléfono.

—¡Oh, Magda! — exclamó. — ¡Eres tú! Temí que fuese Blas. Escucha: quiero hablarte de mujer a mujer.

Magda tuvo un escalofrío de temor.

—Sí; de mujer a mujer — repitió Julia, con una leve sonrisa en los labios. — Nunca adivinarás con quién acabo de hablar.

—No tengo la menor idea — repuso sentándose cerca del fuego y encendiendo un cigarrillo.

—Pues acabo de hablar con un antiguo galanteador mío. El capitán Manville.

Magda se sintió tan sorprendida que casi

(Continúa en la página 46)

Las más grandes aventuras de mi vida



Ninguna mujer contará en su vida aventuras y episodios más extraordinarios que Rosita Forbes, novelista y exploradora, que se ha pasado varios años recorriendo los desiertos del mundo y sorprendiendo los secretos del alma de los pueblos autóctonos, a veces, y tal vez casi siempre, con riesgo de su vida. "Mundo Argentino" ha adquirido el derecho exclusivo de publicar la narración de las andanzas de esta intrépida viajera, que ha vibrado bajo el peso de las más estupendas emociones, que luego refiere con vivaz colorido.

LA MÁSCARA DE LA MUERTE

Por ROSITA FORBES

¿Existe aún el canibalismo?... Oficialmente se asegura que no, pero no hace muchos meses se denunciaron casos de antropofagia, ocurridos en el interior del continente africano, y Rosita Forbes, la intrépida exploradora, nos revela la subsistencia de esa bárbara costumbre entre los indígenas de la Nueva Guinea.

HACE años, cuando aún ignoraba muchas cosas, recorrí los mares australes con otra joven tan inexperta como yo. Nada sabíamos de exploraciones. No se nos había ocurrido enterarnos del enorme significado que tiene la palabra canibalismo, ni investigar siquiera la influencia obsedante del clima y el medio ambiente que determinan en algunos hombres tan extravagante aberración mental que abjuran de la civilización y adoptan la vida y las modalidades de los salvajes.

Navegábamos en un buque que recorría las islas de pesadilla de aquellos mares. Una docena más de pasajeros completaban el pasaje; eran la habitual morralla de las plantaciones de cáñamo y tabaco y competían en hacernos fantásticos relatos sobre la vida de aquellas regiones. A veces, por casualidad, se ajustaban a la verdad.

Permanecíamos casi todo el día sobre cubierta. Los hombres hablaban y discutían hasta el hastío sobre copra y vainilla, y el sol se filtraba por los agujeros de la toldilla y se quebraba en los vasos en que se bebía sin cesar.

Había un hombre que se diferenciaba de los demás: no hablaba más que de su esposa. Era pequeño e increiblemente arrugado y se movía con la ligereza y el silencio característicos de los aborígenes.

Había vivido durante treinta años entre los guri bari, tribu del interior de la Nueva Guinea. Cuando montó su negocio, treinta años antes, en la zona intermedia de la cadena de montañas Owen Ben, fué el único habitante blanco existente. Su antecesor había sido comido por los caníbales. La expedición primitiva que lo fuera a buscar sólo pudo encontrar las botas, que los negros se empeñaban en hacer hervir para ablandarlas y comérselas también.

—Naturalmente — explicaba un cultivador, — todo eso ha cambiado. No pretendo ocultar que a veces desaparece algún niño de los registros de una plantación y cuando se averigua su paradero, se recibe una respuesta un tanto chocante: "Estaba muy enfermo, y nos dió mucha lástima verlo así. Entonces no tuvimos más remedio que comerlo al pobrecito en "kaikai". Sin embargo, el hombrecillo ése que siempre habla de su esposa, domina a los nativos. No parece que fuera así al verlo, pero la negrada lo considera y reverencia como si fuera un dios, y le teme.

—¿Y su mujer?—preguntamos.

—¿Mujer? ¡Qué locura! ¿Qué quiere usted que haga una mujer en una indecente choza sin más perspectivas que las de contemplar aves del paraíso y negros desnudos día a día y año tras año?

—¿Pero qué hace entonces allí su mujer? ¿Acaso no la tiene? ¿Cómo puede quedarse sola?

—Tiene mujer y se queda sola. Es más que probable que se encuentre al frente del negocio ahora, vendiendo cuentas de vidrio, cuchillos, cintos y toda clase de quincallería de colores chillones. Eso es lo que adquieren los indígenas. En realidad, el establecimiento de ese hombre se encuentra situado en pleno territorio salvaje.

No quisimos saber más; eso era lo que nos interesaba: la vida salvaje, estudiar a los nativos en su estado natural. Conseguimos que el pasajero misterioso nos invitara a pasar una temporada en su casa.



La célebre escritora inglesa luce en las playas del Lido una original "toilette."

—Si ustedes tienen interés por ver la verdadera vida salvaje, acepten la invitación — nos dijeron. — Allá la podrán observar en toda su crudeza primitiva. Se dice que anda por allí un joven explorador europeo. Tal vez lo encuentren.

Pero más que nada nos decidió el deseo, la curiosidad de conocer a la mujer que tenía valor suficiente para quedarse sola... ¡allá! Cuando él la recordaba demostraba una felicidad estupenda, lo que, naturalmente, nos afirmaba en nuestro propósito de conocer a la mujer capaz de inspirar una pasión tan grande.

Llegamos a puerto y nuestro comerciante se separó de nosotros. Había vivido tantos años entre los salvajes que vacilaba al hablar inglés.

Ni siquiera quiso detenerse a beber una copa de despedida en el galpón exornado de telarañas que ostentaba el lujoso letrero de "hotel". La impaciencia lo dominaba. Antes de que los demás hubieran podido retirar sus equipajes, se puso en marcha a horcajadas de un miserable pony al través de la zona de los gomales.

Una luz de dicha inefable iluminaba sus ojos. Lo acompañaba un negro repelente que llevaba pendiente del cinto una gran rata muerta, que, probablemente, sería su cena de esa noche.

Dos semanas después un carricoche desvencijado, tirado por dos matungos flaquísimos, que a cada momento se enredaban en los tiros y caían, costando trabajo levantarlos, nos condujo hasta fuera del territorio civilizado. Dos días de marcha por entre bosques y pantanos nos llevaron hasta el establecimiento de nuestro invitante. Era una casa techada de cinc que parecía estar completamente fuera de lugar en aquel sitio. Una mujer salió a recibirnos. No era muy hermosa. No tenía más que su juventud y ojos muy azules. Se mostraba reticente y respondía apenas con monosílabos a nuestras preguntas.

El cambio operado en el comerciante nos sorprendió. El entusiasmo y la alegría que le conocimos habían desaparecido y no quedaba de su ser normal nada más que un hombrecillo enjuto, de manos como garfios y con una inaudita crueldad en el rostro. En la boca, duramente cerrada, no se notaban casi los labios. Ni una sola vez mencionó a su mujer; hablaba como si ella no existiera.

No nos hubiéramos explicado lo que sucedía si en la tarde subsiguiente a nuestra llegada no se hubiera producido un accidente que lo aclaró todo. Había sido un día molesto, de silencios y reticencias intolerables.

—Si esa mujer no fuera tan completamente estúpida, sentiría miedo — le dije a mi compañera. — Este sitio es tenebroso. Salgamos de la casa. Caminemos, aunque más no sea para librarnos de esta atmósfera de tensión nerviosa.

Al pasar frente al negocio, vimos al dueño de casa rodeado por una turba de negros que lo escuchaban en torvo silencio. De repente,

En el próximo número EL IDILIO DE "PEDRO EL CACATUA"

uno de ellos, muy excitado, empezó a hablar desaforadamente. La nerviosidad del sujeto pareció contagiarse a todos y la reunión estalló en confusa vocinglería, de la que nosotros no entendíamos ni una palabra.

Caminando, llegamos al borde de un manglar pantanoso en que florecían orquídeas. Los mosquitos zumbaban en nubes sobre nuestras cabezas. Entre la ramazón del bosque divisamos una saya de algodón blanco que avanzaba con presteza. Intrigadas, nos lanzamos en su persecución y sorprendimos, afortunadamente, desde cierta distancia, a la esposa del comerciante en los brazos de un joven de rostro bastante agradable. Nos fué dado observar que estaban terriblemente enamorados. Huímos y al ascender al barranco que conducía a la casa, mi compañera comentó:

— El lo sabe todo y... ¡debe estar tramando una venganza espantosa!

El era, naturalmente, el comerciante.

El joven a quien sorprendimos con la mujer se presentó esa tarde en la casa y fué invitado a cenar. Resultó ser el explorador de quien habíamos oído hablar; tenía su choza a unas dos millas río arriba.

— Esta mañana — observó el joven — sucedió algo muy raro; todos mis criados indígenas se marcharon juntos, según parece, a una especie de fiesta que hay en la costa...

El comerciante, en el rostro del cual se reflejaba una expresión beatífica, interrumpió con una explicación que parecía paladear con fruición:

— Cuando regresan los lakatois cargados de grano, siempre se hace una fiesta...

— ¿Los lakatois? — interrogué. — ¿Qué son?

— Canoas rústicas, angostas y largas — respondió el comerciante. Y luego prosiguió:

— Esa fiesta se realiza anualmente, y antes, hasta hace pocos años, era algo infernal. Se comía carne humana; canibalismo vivito. Se sacrificaba una víctima y se regaba el grano con su sangre. El gobierno puso coto a esas manifestaciones de salvajismo, pero desde entonces los negros se quejan de que sólo obtienen malas cosechas.

Levanté la cabeza e inspeccioné con curiosidad al comerciante. No me agradaba nada la absoluta falta de expresión facial de aquel hombre que tan alegre y comunicativo se mostrara a bordo.

— ¿Qué es eso? — preguntó, casi con espanto mi amiga, señalando algún objeto que debía encontrarse detrás de mi silla.

Alarmada, me volví con presteza, y entre las piezas de alfarería, tejidos y armas indígenas, en la semipenumbra que no alcanzaba a disipar la débil luz del quinqué colocado sobre la mesa, vi un objeto extraño.

El comerciante, con la extraña calma que tanto me chocaba, explicó:

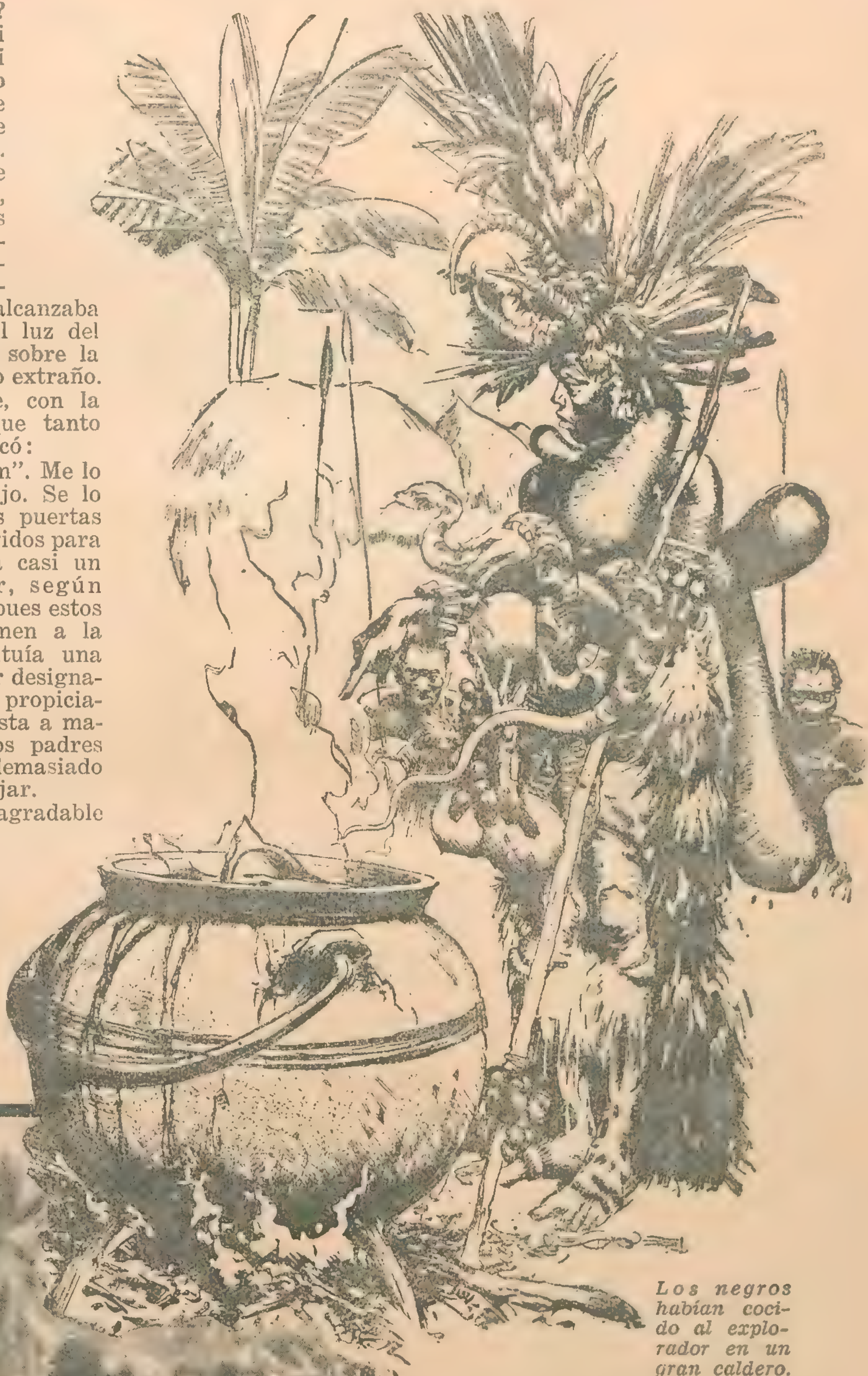
— Es un "totem". Me lo dió un brujo viejo. Se lo colgaba sobre las puertas de los jóvenes elegidos para el sacrificio. Era casi un timbre de honor, según tengo entendido, pues estos negros no le temen a la muerte, y constituía una alta distinción ser designados como víctimas propiciatorias. Llegan hasta a matar a sus propios padres cuando se ponen demasiado viejos para trabajar.

— No debe ser agradable servir de almuerzo — comentó el joven explorador, sin quitar los ojos de la mujer, que permanecía tan ajena al peligro como él.

— Por cierto que no — sentenció el anfitrión.

Y en el fondo de sus ojillos hundidos descubrí un ligerísimo destello de perversa crueldad.

Terminada la cena, me puse a inspeccionar con cuidado la repugnante mascarilla que era el "totem". Bajo la nariz, sobre el lado izquierdo, presentaba una deformación, especie de tajo producido, tal vez, al escaparse el cuchillo con que el escultor cincelaba aquel objeto.



Los negros habían cocido al explorador en un gran caldero.



Precede al sacrificio de la víctima propiciatoria una gran danza guerrera.

A la mañana siguiente, sin justificarlo en forma alguna, nos marchamos de regreso a la costa. Los dueños de casa no parecieron preocuparse por nuestra partida.

— No ha sido un éxito nuestra visita — le dije a mi amiga. — Me alegro de haber salido de esa casa porque tenía un vago presentimiento de que iba a ser teatro de algo espantoso.

— A mí me ocurría lo mismo.

Cuando llegamos al puerto nos reíamos de nuestra ocurrencia y de los vagos temores que nos habían asaltado. Deseábamos asistir a la fiesta de que nos hablara el comerciante, pero los funcionarios no lo permitieron en forma alguna.

— Imposible — declararon el gobernador, el juez y demás lumbreras de la localidad. — No es conveniente molestar a los indígenas en tales ocasiones; es hasta peligroso. Si se les

(Continúa en la pág. 59)

CUENTO PARA LOS NIÑOS



UNICA HISTORIA *del* CABALLITO *de* MADERA

HAY muchos, muchos caballos en el mundo, pero ninguno como el caballito de madera.

En las praderas llenas de sol, a orillas de los ríos anchos, al pie de las altas montañas, hay muchos, muchos caballos de ojos vivos y de cola lustrosa, pero ninguno, ninguno como el caballito de madera al que Maese Pedro acababa de pintarle el último lunar colorado de su piel, en la trastienda de la juguetería. Tiene finas riendas de hule, cola de choclo, ojos pequeños de azabache, parecido al de los ratones, y una montura, una montura tan pequeña y minuciosa que el hijo del rey de los enanitos estaría sobre ella como sobre un trono. Pero el caballito de madera no conocerá nunca la gracia de un lindo jinete, porque ya está secándose, al sol, el carrito de pino al que será enyugado, y que tiene unas varas coloradas, y las ruedas pintadas de tal modo, que parecen la luna de papel pintado que los payasos rompen en el circo cuando dan una voltereta en la pista.

Hay muchos, muchos caballos en el mundo, pero ninguno como el caballito de madera.

Maese Pedro acababa de posarlo sobre la caja de herramientas, después de repasar sus vasos pintados de albayalde, y, calándose las gafas, lo mira con un cariño de obrero que está satisfecho de su obra. Luego lo unce al carrito, pasa al negocio, haciendo eses entre las cajas de pelotas, entre los payasos que tienen un platillo de mano, entre las muñecas que muestran sus gordas piernas de cartón, entre los animales de trapo; abre despaciosamente la vidriera y coloca al caballito de madera en el sitio más visible, junto a un Tony plano, con la boca abierta, por la que pasarán las pelotillas de madera que le arrojen sus dueños, si aciertan la puntería. Luego la cierra, sale a la calle arbolada, comprueba si está bien colocado. Entra a la juguetería, acomoda de paso las botellitas de un juego de bolos desparramadas por el suelo, y vuelve a internarse a la trastienda, donde acaba de transcurrir la primera infancia del caballito de madera.

Pero, desde que el mundo existe, los magos que se ocultan a la mirada de los hombres, salen de noche, cuando las calles están desiertas, con su bonete estrellado. Nadie los ve, porque

(Continúa en la pág. 60)

H. WESLEY SMITH es por tercera vez campeón amateur de golf



En los links del Jockey Club, en San Isidro, se disputó la final del campeonato amateur de golf argentino, manteniendo su título el campeón Harry Wesley Smith, quien por tercera vez lo obtiene. Numeroso público siguió con vivo interés el desarrollo del torneo. En este grabado se ve al campeón en el momento de realizar una de sus más brillantes jugadas.



Durante un breve descanso, el señor Wesley Smith mira sonriente a su fiel caddy, el morenito que le acompañó en su partido final, y que fué para el campeón su mejor mascota.

Fotos de Antonio Padilla.



Al terminar los primeros 18 hoyos, en los cuales ya había obtenido ventaja, el señor Harry Wesley Smith comenta las incidencias del juego con el profesional de golf Tomás Genta, de tan descollante actuación en los links del país y del extranjero.

Se desempeñó con mucho entusiasmo el señor Francisco J. Martínez frente a su rival Wesley Smith en la final del torneo de aficionados, demostrando sus ya conocidas aptitudes de golfer.



El señor Wesley Smith realizando un approach durante su match con el fuerte finalista del campeonato Francisco J. Martínez, quien, no obstante haber desplegado todos sus recursos, cayó vencido ante la mayor experiencia del campeón.

"Mundo Argentino" visita la provincia de Buenos Aires

ENSENADA
Señoritas Nata Batallé, Peque y Pachi Foglia y Lola y Rita Castañeda, acompañadas de algunos jóvenes, durante las regatas.
Foto De la Mela





VILLA ELISA
Autoridades pertenecientes al Patronato de Menores que ofrecieron una fiesta con motivo de inaugurarse un nuevo pabellón, con el nombre de "Estanislao G. Bejarano".
Foto De la Mela



ABASTO
Concurrentes a la demostración que le fué ofrecida al director del Patronato de Menores Provincial, señor Benigno Díaz, por sus empleados, testimoniándole el afecto a que se ha hecho acreedor.
Foto Martin



CASTELAR
Parte de la concurrencia que asistió al baile que organizó el Club de Castelar, desarrollándose en un ambiente de franca animación.
Foto Ortiz



LA PLATA
Algunos de los concurrentes a la reunión danzante que llevó a cabo el Círculo Balear en honor de sus asociados.
Foto Martin



LA PLATA
Damas pertenecientes a la Sociedad de Beneficencia que tuvieron a su cargo la colecta en favor de los niños pobres el 2 de octubre.
Foto Martin



RIO SANTIAGO
Señoritas Chela y Susana Paglietto y señores Antonio Otero Lamas y Luis B. Perazzo, durante la fiesta que se realizó en la localidad.
Foto Martin



RIO SANTIAGO
Señoritas María Alma Caride Malquine y Ana María Benítez, de paseo con los jóvenes Bourdeau y Martínez
Foto Martin



RIO SANTIAGO
Paseando por la Escuela Naval: señoritas Frías, Souza, Martínez, Cethonk y Fernández y señores Alemán, Migues y Copello.
Foto Martin

Fué una gran exhibición de buen tennis el partido entre CILLY AUSSEM y ANALIA OBARRIO DE AGUIRRE



El presidente de la Asociación Argentina de Tennis, señor Horacio Bustos Moron, dirigiéndose a la cancha del brazo de las notables jugadoras alemanas Cilly Aussem (a su izquierda) e Irmgard Rost (a su derecha), quienes se enfrentaron con la campeona argentina Analía Obarrio de Aguirre y Gladys Voodruff, las cuales ofrecieron una brillante resistencia a las jugadoras extranjeras. El resultado de los matches, aunque no fué favorable a nuestras compatriotas, no da idea de lo que fué el desarrollo del juego. A la derecha de esta fotografía se ve a la jugadora argentina Gladys Voodruff.



Nuestra compatriota Analía Obarrio de Aguirre y la campeona alemana Cilly Aussem, pareja que realizó el match más interesante de la tarde. A pesar de haber sido vencida, la señora Obarrio de Aguirre hizo una lucida exhibición de tennis, doblemente meritoria al hacerlo frente a una jugadora de la talla de la señorita Aussem. El resultado final de 6-0, 6-0 no da la mene idea de lo brillante que fué el juego de nuestra compatriota.

CUATRO MOMENTOS DE LOS MATCHES JUGADOS EL SABADO



La jugadora alemana Irmgard Rost, que venció a la señorita Gladys Voodruff, durante un drive.



Al iniciar su match con Irmgard Rost, la señorita Gladys Voodruff mira a su gentil adversaria.



La campeona argentina de tennis Analía Obarrio de Aguirre restando una pelota, en su match contra Cilly Aussem.



Esperando la pelota para hacer un rechazo se ve en esta fotografía a la gran campeona alemana Cilly Aussem

Fotos de Manuel A. Louzán

Las ollas populares para los trabajadores del puerto



Uno de los conscriptos de la armada, distribuyendo el "rancho" entre los trabajadores del puerto, de acuerdo con una iniciativa de las legiones cívicas femeninas, que solicitaron el concurso del gobierno para realizar esta obra en distintas zonas de la metrópoli.



Los obreros son los encargados de transportar las ollas de comida preparadas con elementos que facilitan las legiones cívicas femeninas.



Otra escena en la que aparecen numerosos trabajadores del puerto, en el momento de recibir cada cual su ración. La escena se lleva a cabo en plena calle, al costado de los mismos barcos y dentro del mayor orden.



No son muy exigentes los trabajadores cuando se trata de saborear el "rancho" de la escuadra, que tiene fama de ser suculento y agradable; he aquí a un grupo de comensales en plena acción, cuyos platos son, para el caso, sendas latas de gran capacidad.



Junto con el "rancho", los trabajadores reciben un pan, según puede verse en la bolsa que ha sido colocada junto a las ollas. Los conscriptos, en traje de fajina, se encargan de esta tarea, que desde hace algunas semanas se viene cumpliendo dentro de una organización ejemplar.



Como puede verse, cada comensal va "armado" de un recipiente capaz de contener un almuerzo completo. Son latas de a litro, y como no se hace cuestión de cantidad, no ha de faltar, a buen seguro, alguno que se llegue hasta el despacho con una lata de nafta, dispuesto a dar cuenta del guiso o del locro en pocos momentos.

Este viejito ha encontrado que resulta más sabroso gustar la comida en la propia sartén, sentado en el cordón de la vereda. Las salpicaduras que se advierten sobre el suelo son el resultado de un hábito ya generalizado de sacudir el recipiente, una vez que se ha dado término al banquete.

Son muchos los aspirantes a la "olla popular" del puerto. Los obreros forman una línea compacta y avanzan hacia el lugar del reparto, sin ofrecer ninguna nota disonante, sin duda, porque saben que ha de alcanzar para todos y que saldrán ganando si comparan el obsequio con los guisos explosivos de la fonda cercana.

Fotos de Padilla



Cartas de amor

La HISTORIA DE DOS VIDAS

SEGUNDA PARTE

Por JOSUE QUESADA



DE HORACIO A ALBERTO.

Querido Alberto: ¡Los tiempos cambian en forma tal, que el desconcierto constituye el fundamento de todo! Te digo esto, bajo una impresión que aún no puedo discernir en su verdadero significado. Diva y yo constituimos una sola alma; nuestra pasión absorbe totalmente nuestros sentidos y si no hemos adoptado la actitud lógica de ceder al imperativo de nuestra conciencia y proclamar el vínculo que nos une, ha sido por esa inexplicable cobardía que nos ata a los prejuicios. Yo estoy convencido que he dejado de querer a Graciela y casi te diría que ella no ignora ya mi relación con Diva. ¡Y asómbrate, querido Alberto, no se ha producido la tragedia de los celos, ni han llegado las lágrimas del reproche! Yo estoy encantado, porque su conducta simplifica los acontecimientos desagradables. ¿Sabes, en cambio, quién me ha enrostrado enardecida mi amor con Diva? ¡Nada menos que Silvia! He debido defenderme de ella y de sus intrigas, con verdadera destreza, y lo he hecho, no tanto por mí, que al fin y al cabo estoy dispuesto a todo, sino por Diva, cuyo prestigio trato de cuidar con todo el amor que ella me inspira. Silvia, amante fugaz, asumía la representación de la moral y del honor. ¿Te das cuenta? ¡Si cuando te digo que el mundo ha dado un vuelco absoluto, no exagero. Mi mujer, por su parte, ha resuelto el problema con una filosofía que sin llegar a preocuparme, ha tenido la virtud de producir aquella impresión de desconcierto a que te hacía referencia más arriba. Por lo pronto, ha modificado su manera de ser. ¿Recuerdas que era una mujer de su casa, que se pasaba días y semanas sin asomar sus narices a la calle? ¡Bueno; no quieras saber lo que es ahora! Naturalmente, yo no me he considerado con la autoridad suficiente como para impedir que ella prolongara su existencia de encierro. Hubiera sido injusto haciendo valer mi autoridad de marido; además, querido Alberto, yo, culpable, no podía lealmente ejercitar ninguna presión, a pretexto de que ella lleva mi nombre. Tanto Graciela como yo, hemos aceptado esta situación de "guerra cordial", en un expresivo y elocuente silencio. Ella por su lado, yo por el mío.

Se ha comprado una "voiturette", utilizando el cheque que su padre le regalara el día de su casamiento y le ha dado por excursionar: hoy a Luján, mañana a La Plata, a Bella Vista... Todas las noches me refiere con infantil entusiasmo su programa. Su inmenso pecado — con el cual supone que ha de despertar mi amor propio, — es irse sola a tomar el té a Harrods o a cualquier otro sitio elegante y distinguido. Se ha hecho socia de un club de "tennis" y desde las dos de la tarde, se lo pasa ahí hasta el anochecer. El otro día — ella no me lo ha dicho, pero yo lo leí en un diario — ganó una copa, nada menos que en una carrera de natación en la pileta de ese club. Como verás, se ha reintegrado a su vida de soltera y evoca sus años juveniles en Mar del Plata, cuando conquistaba, en la vieja pileta del "Negro Pescador", sus primeros triunfos deportivos. Frente a esta situación, yo he debido adoptar la actitud discreta y prudente que corresponde. No me doy por aludido, mientras vea que su conducta se reduce a estas expansiones. Por lo demás, no la creo capaz de manchar mi nombre convirtiéndose en una mujer de aventura. Sus nervios martirizados, hallan en el deporte un remedio eficaz. He aquí una gratitud que los "maridos sinvergüenzas" debemos al "tennis", al "golf" y a otros juegos, donde la mujer distrae sus largas horas de abandono conyugal...

No pudiera decirte desde ahora hacia dónde nos habrá de conducir esta situación casi teatral en que ella y yo actuamos. Toda comedia tiene por fuerza su escena final, pero la nuestra no se advierte por ninguna parte. Y como en la realidad que estamos viviendo, no nos apresura la caída del telón, yo dejo que sea el futuro el que llegue hasta mí, sin necesidad de que sea yo quien vaya en su busca.

Te abraza:

HORACIO.

> **RESUMEN DE LO YA PUBLICADO**
>
> **Desde el comienzo de esta novela epistólar hasta este momento, han transcurrido casi dos años; la primera parte está destinada a reflejar el idilio entre Graciela y Horacio. En el capítulo siguiente, ya casados, es cuando se inicia la acción; él es un médico que ha triunfado con extraordinaria fortuna, mientras ella, durante su primer año de casada, se resigna a una vida apacible, de la que resuelve desprenderse luego de comprobar que su marido ha cedido a la violencia de una pasión exaltada por Diva, criatura que llegó a su consultorio en busca de salud. Alberto y Marinés son dos figuras interesantes que forman el reverso de los protagonistas.**

DE GRACIELA A MARINES.

Querida Marinés: Cuando miro hacia el pasado y me veo resignada y triste, se me ocurre que toda aquella parte de mi vida es una pesadilla... ¡No puedo concebir cómo he podido vivir un año de sumisión y de encierro, creyendo que entre las cuatro paredes de mi departamento, junto a la radio y a mi gato de Angora, estaba la verdadera dicha... mientras mi señor marido, "el triunfador", andaba por ahí haciendo de las suyas!... ¡Vieras, encanto, cuántos atractivos tiene para mí esta nueva vida! ¡Tú eres soltera y no puedes alcanzar a comprender el deleite que se experimenta en ocultar algo a la persona que se quiere... Porque debo decirte que Horacio es, a pesar de todo, mi única pasión; te dije ya, que estos alardes de libertad tendían al único fin de reconquistarlo. Pero a medida que avanzo en mi propósito, voy advirtiendo que el camino elegido es peligroso y que es necesaria una gran dosis de equilibrio y serenidad para no desviarse. Desde luego, mi táctica me ha hecho ensayar diversos sistemas; fué primero el de las excursiones, luego el de los deportes, los tés danzants, las fiestas. Los había tomado separadamente y ninguno ofrecía el resultado que buscaba; mi marido sabía demasiado bien cuánto yo hacía cada hora del día. Ahora he mezclado todos los sistemas y alterno el baile con el paseo, el deporte con el teatro y el té con el copetín... Yo misma no sé lo que voy a hacer cuando salgo de casa y esta misma incertidumbre tiene para mí, una atracción irresistible. La otra tarde, por ejemplo, fuí al consultorio del doctor Vargas, uno de los amigos de Horacio. No tenía nada, pero aparenté un malestar cualquiera, mis nervios alterados, para conversar con él una larga media hora.

Vargas es uno de esos tipos de hombre que parecen insensibles a cualquier sugestión y posiblemente por ello mismo, me propuse ver hasta dónde era verdad aquella sospecha mía. Grande, rubio, de ojos azules inexpresivos, toda su persona refleja dominio y calma. Después de las primeras visitas — porque debo decirte que he vuelto varias veces — se ha ido operando en su modalidad una transformación notable; el hombre frío, apático y rígido, es a estas horas de una amabilidad encantadora. Hemos hablado de mil cosas y hemos olvidado por cierto, el motivo que me ha llevado hasta él.

Su consultorio, tan luminoso y blanco, con esa colección de aparatos y vitrinas, se trocó en un confesionario; así se lo hice notar y él, un tanto sorprendido, convino conmigo en que yo lo "estaba sacando de sus casillas"... Fué lo más audaz que ha llegado a decirme hasta ahora y considero haber logrado un gran triunfo. Te diré ahora, que elegí a Vargas para mi experimento, porque a través de él, me parecía estar viendo a Horacio en sus consultas. Quería saber cómo "operaban" estos médicos jóvenes con las "enfermas" que van en procura de un alivio para su mal. Deben ser todos iguales en la iniciación: graves y solemnes, con la expresión contraída, el oído atento y el ademán pausado. Poco a poco, cuando adivinan un detalle de la coquetería femenina, aparece de inmediato el "Don Juan" que todos llevan dentro, se despojan de ese aspecto de médicos de "comedia francesa" y son hombres. Te aseguro que me divierte comprobar su metamorfosis. El es amigo de Horacio, compañero de curso y cuando lo nombra es para elogiarlo en términos exagerados; pero todo ello no es un obstáculo para que me haga decididamente la corte.

(Continúa en la página 51)

EL OTRO HOMBRE

(Continuación de la página 37)

deja caer el cigarrillo.

—¿Con un antiguo galanteador? ¿Tú, Julia?

Julia miró con rostro compungido a su amiga. No había sospechado que esta parte de su papel sería tan fácil de representar.

—Sí, yo. Pero, por supuesto, te ruego que no le digas una sola palabra a Blas. Los hombres se imaginan que una, después de haberse casado, no necesita más diversiones. Darío y yo éramos grandes amigos. ¡Si supieras qué cosas me ha dicho por teléfono! Naturalmente que lo reté; pero, ¡tú ya te figuras lo que son estos hombres que regresan de la India! Temo que no ha prestado mucha atención a mis rezongos. Esta noche vendrá a cenar con nosotros, y aquí es donde me puedes ayudar. Por favor, encárgate de Blas esta noche y dame una oportunidad. ¿Lo harás?

Magda se sonrió irónicamente. ¡Qué tonta! ¡Como si ella no se hubiese encargado de Blas hacía tanto tiempo!

—Así lo haré, querida, no faltaba más; pero debo confesarte que me has sorprendido con tu revelación. Yo creí que eras una esposa modelo.

—Es que una debe guardar las apariencias — repuso Julia, mordiéndose los labios al decirlo.

—Pues finges a las mil maravillas. ¿Y qué tal es este capitán Manville?

—Es alto, morocho. Tiene dinero a montones y es heredero a una mina de cobre. Te diré que desde que está enamorado de mí no ha mirado a otra mujer.

—Pues sí, querida — dijo Magda, encantada por el cariz de las cosas. — Estoy pronta para ayudarte. Ahora me iré a vestir.

Salió del cuarto rápidamente. Blas la aguardaba afuera.

—¿Qué hay? — le preguntó ansiosamente.

—No temas; no sospecha nada.

Entró a su cuarto y empezó a revolver su ropero. Tenía un traje negro, de París. Siempre había pensado que era demasiado osado para el hogar de los Martínez y lo tenía reservado para alguna ocasión especial. Bien; aquí estaba la ocasión. Se vistió cuidadosamente. Sus ojos brillaban. La conquistadora estaba de nuevo en su campo de acción. ¡Heredero a una mina de cobre! ¡Dinero a montones! ¿Y nunca miraba a otra mujer que no fuese Julia? "¡Bien, bien! — pensó Magda. — Debo tomar cartas en este asunto."

—La señora bajará dentro de unos minutos, señor — dijo la mucama.

Acompañó a Darío Manville hasta la sala y lo dejó en ella. Darío miró a su alrededor curiosamente. Era un hombre alto, trigueño, con ojos extrañamente graves. No había vuelto a ver a Julia desde que se había casado. La loca pasión que había sentido por ella era ya cosa del pasado; pero aún sentía por ella toda la ternura que uno conserva del primer amor. Y era aún de opinión que Julia era la mujer más noble que había conocido.

La puerta se abrió y Julia apareció.

—¡Darío! ¡Qué contenta estoy de verlo nuevamente!

La encontró él tan hermosa como antes, pero había algo distinto en ella. Tenía más dignidad; más seguridad en sí misma. Había también una gran reserva en el fondo de sus ojos cándidos.

—Fué usted muy amable en aceptar mi invitación — continuó ella. — Quiero tener el placer de que conozca a mi esposo.

—Y usted fué muy amable en invitarme. Tengo muchos deseos de conocerlo. ¿Es usted muy feliz, Julia?

—¡Oh, sí! ¡Muy feliz!

Pero al decirlo, y muy a pesar suyo, un estremecimiento sacudió su rostro. Cuatro horas antes podía haber dicho eso sin vacilaciones. Darío notó el estremecimiento y se sintió intrigado. En ese momento entró Blas. Los dos hombres se estrecharon la mano. Darío recordó haber visto al esposo de Julia antes, pero no podía decir cuándo ni en dónde.

—Tengo una amiga — dijo Julia — que está conviviendo con nosotros. Ella también ha regresado de la India. Está un poco triste y sola. Su esposo falleció hace poco. Espero que usted y ella simpatizarán.

—Si es amiga suya..., así lo espero — dijo Darío.

La puerta se abrió y Magda hizo su entrada triunfal. Darío pudo contemplar entonces a una mujer exótica como una flor de pasión de los trópicos. Blas también la miraba atónito. Nunca había visto tan bella a Magda.

Llevaba un vestido negro con cola. Su cabello, alisado, cubría su frente. El vestido le llegaba hasta los pies, pero ceñía su cuerpo perfecto como su cabello su cabeza. Una larga cadena de esmeraldas brillaba y se mecía cuando caminaba. Viéndola, Darío la reconoció. Y cayó también en dónde había visto al esposo de Julia.

—El capitán Manville; la señora de Lisle.

—¿De modo que usted también ha estado en la India? — preguntóle Magda con su voz tenue, profunda. — ¿No le parece éste un país frío y hosco después de haber vivido en cálidas llanuras y entre plantas exóticas?

—Muy al contrario. Me parece éste un país encantador.

Al decirlo, sus ojos vagaron hasta tropezar con Julia, tan completa y tan mujer. Y se preguntó para qué lo habrían invitado.

Durante el primer plato estuvo un poco pensativo; pero Magda lo arrancó de su ensimismamiento. Estaba alegre, irresistible. Refirió una o dos historias de tono bastante subido, pero, indudablemente, ingeniosas. Julia la alentaba. Pero el ceño de Blas presagiaba tormenta. ¿Por qué derrochaba Magda su ingenio con ese individuo? ¿Acaso ya no le pertenecía?

—Escuchen ustedes... ¡Acabo de tener una idea! — dijo Julia cuando trajeron el café. — Blas, tú y yo nos hemos conducido como un par de vejestorios durante tanto tiempo.

—Pero como un par de vejestorios encantadores—interrumpió Magda con dulzura. — ¡Tan reposados, tan simpáticos! ¿No le parece así, capitán Manville?

—Como quieras; pero cambiaremos de papel siquiera por una vez — dijo Julia rápidamente, antes que Darío pudiera contestar. — Iremos al Grand Hotel a bailar. El piso es excelente y la orquesta pasable.

—¡Oh, Julia! ¡Qué idea maravillosa! — exclamó Magda.

—El auto grande está descompuesto — dijo Blas, que odiaba el baile.

—Pero tenemos mi "voiturette" — dijo Julia. Y dirigiéndose a Darío, agregó: — Y me imagino que usted habrá traído su coche.

—Sí, es un "coupé".

—¡Espléndido! No perdamos tiempo entonces. Vamos a arreglarnos, Magda.

Unos momentos después estaban de nuevo en el hall. Julia tenía puesta una capa de terciopelo gris y Magda usaba una piel de leopardo que la hacía semejarse a una criatura de las selvas. Blas la condujo en la "voiturette" de Julia. Cuando los perdieron de vista, se dirigió furioso hacia ella.

—Magda, ¿qué significa este jueguito?

—Querido, ¿no te das cuenta?

—No, no me doy cuenta. Unicamente que quieras conquistar a Manville.

—¿A ese muchacho?

Su risa lo tranquilizó muy poco.

—Esperemos — dijo Magda — que Julia crea lo mismo. Eso es lo que deseo. ¿No ves que sospecha un poquito? Debes convencerte que estoy haciendo lo posible por aquietar sus dudas. Y quizá se sienta muy satisfecha de viajar sola en el auto de un viejo amigo.

—¡Julia no es una mujer cualquiera! — dijo Blas furioso.

—¿De veras? — se mofó Magda, pero percibiendo un peligro, agregó: — ¡Bésame, monstruo celoso!

Blas detuvo el auto y la besó apasionadamente. Llegaron al hotel diez minutos más tarde que los otros. Magda explicó graciosamente que el tráfico los había hecho demorarse. Vió que Darío no le creía, y esto la satisfizo: "Ningún hombre — pensó — se entusiasma tanto en una conquista como cuando cree que tiene rivales."

Blas creyó que había sido ella misma la que había combinado tan hábilmente su regreso en el auto de Darío. No se dió cuenta que habían sido manipulaciones de Julia. Pero Darío se dió cuenta. Ayudó a la señora de Lisle a subir a su auto, con exagerada ternura. Julia se sentó al lado de su marido y se hizo la que no había notado su mal humor.

—¡Oh, querido! — dijo. — ¡Esto sí que es hermoso!

—¿Hermoso? ¿Qué es lo que encuentras hermoso?

—Pues, esto de estar solos de vez en cuando. Yo quiero mucho a Magda, la verdad; pero a veces las visitas cansan.

Blas solamente refunfuñó:

—Quizás el tráfico los haga demorarse otra vez — dijo Julia con intención.

—No entiendo lo que quieres decir.

—Querido, todas las mujeres casadas somos muy casamenteras. Debes ayudarme en esta pequeña conspiración. Magda está tan sola, ¡pobrecita!, y Darío es un buen candidato. Y no me negarás que ambos hacen una pareja encantadora. Debemos facilitarles el camino.

Blas solamente refunfuñó.
rapidez, que casi chocan contra un buzón.

Ella bosquejó una sonrisa.

Julia se dió en seguida cuenta de que las cosas marchaban con más rapidez de la que se había propuesto. Estaba realmente asombrada de los progresos de aquella aventura. Al cabo de una semana, Magda y Darío eran inseparables. Este llevaba a la señora de Lisle a las carreras, a los bailes y a los teatros. Magda se sentía radiante. Julia, por su parte, se notaba intranquila. No había pensado que Darío sería una víctima tan fácil. Pensó siempre que Magda no era el tipo que gustase a Darío. Evidentemente se había equivocado. Lo había utilizado para un fin sin pensar en las consecuencias. ¿Se sentiría molesto Darío?

Ya no tenía más ilusiones con respecto a Magda. Ni por un momento pensó que podía ser una esposa fiel para nadie. Y Darío merecía mejor suerte. Si él era desgraciado por culpa suya, nunca se lo perdonaría.

Blas se ponía más malhumorado y hosco cada día que pasaba. A veces era hasta grosero con Magda. Su mal genio era visible. "¿Me creería ciega?" — se preguntaba Julia amargamente. Hasta una criatura se hubiese dado cuenta de la situación por que pasaban, y ella tenía que seguir fingiendo completa ignorancia.

La crisis llegó inesperadamente una tarde. Blas regresó de su oficina temprano. Mientras le servían el té preguntó a su mujer.

—¿Dónde está Magda?

—Salió con Darío — le respondió ella. — Iban a almorzar afuera. Deben regresar de un momento a otro; pero, naturalmente que en su feliz situación el tiempo vuela.

Blas bebió su té de un trago. De pronto se oyó el ruido del auto de Darío. Un minuto después Magda entró completamente radiante. Darío la seguía.

—Ha sido un día espléndido — dijo Magda sacándose la piel y aceptando una taza de té. — ¡Qué lástima que Julia no haya podido acompañarnos!... Por cierto que he encontrado una casita encantadora en un pueblito del Oeste.

(Continúa en la pág. 59)

LOS SOBRINOS DEL CAPITAN

Por KNERR

























EL FANTASMA DE SCRYMLEY

(Continuación de la página 27)

llegar a la casa el cuerpo fué colocado sobre una mesa y tapado con una sábana. Después, alguien partió para dar aviso a la policía. Mientras tanto, Dale se dedicó a observar a los allí presentes. Estaban Oliver Albright, un primo de los Boyleston, hermoso muchacho de veinticinco años a quien Marcela amaba y por quien desdeñaba a Avery. Había dos más en la habitación. Dale recordó que uno de ellos había sido llamado Juan..., Juan Keefe. Se hallaba sentado cerca de la puerta, pensativo, con los ojos asustados y profundas arrugas en su frente que indicaban su estado de ánimo. Era alto y delgado, de espaldas encorvadas y cabello ondulado. El otro debía ser Fred Dorren, administrador de la granja, que se paseaba nerviosamente. Dale no había visto aún a la señora de Harley Boyleston, la viuda de Joe Keefe. Indudablemente no se le había permitido la entrada allí para evitarle un disgusto. Pronto llegó el comisario Wingate con el médico de policía, que de inmediato se dedicó a observar el cadáver. Dale se aproximó con él hasta la mesa, y al retirar la manta que cubría el cuerpo observó con asombro que el objeto amarillo que poco antes una de las manos aprisionaba, había desaparecido. Decidió callar y evitar así que el criminal se pusiera en guardia. El veredicto del doctor fué breve.

—No hay signos de violencia. Muerte producida por inmersión. Eso es todo cuanto puedo decir, aunque la autopsia podrá, tal vez, revelarnos algo más. Dispondré que el cadáver sea de inmediato trasladado al hospital.

Dale se aproximó a Wingate:

—Me hallo intrigado, comisario — le dijo. — ¿Me permite que colabore con ustedes en la investigación? Le aseguro que habrá trabajo en abundancia para los dos.

De buen grado el policía accedió a tal pedido. Conocía la fama de Dale por haber leído repetidas veces en los periódicos su actuación en diversos crímenes, y le pareció agradable la idea de tener tal ayudante. Del interrogatorio que a continuación siguió nada concreto pudo establecerse. Ernesto estaba leyendo en la sala con la señora Boyleston cuando se oyó el grito. Fred estaba en su escritorio, adyacente a la casa, arreglando las cuentas. Oliver encerraba en aquellos momentos las aves en el corral. Y Juan en su dormitorio, se preparaba para irse a dormir. Al regresar al hogar de los Rolfe, el detective fué directamente a su dormitorio, donde a los pocos minutos se durmió. Las dos horas anteriores habían sido demasiado agitadas y necesitaba descanso. Al día siguiente pasó dos horas metido en el casco del buque, sin resultado alguno. Al mediodía, mientras almorzaba con Wingate, recibió el veredicto completo del doctor. Avery no había muerto más que por inmersión y, por consiguiente, no existía prueba alguna que diera lugar a la suposición de un crimen. Al finalizar el almuerzo, Dale regresó a la casa de los Boyleston.

Sus intenciones eran conversar con la señora, a quien encontró en la sala, nerviosa y agitada. Era una anciana bondadosa, de cabellos plateados y modales sencillos. Y luego de presentarse a sí mismo, Dale habló:

—No es mi intención molestarla con un largo interrogatorio, señora, pero necesito conocer ciertos detalles que sólo usted puede saberlos. No creo en duendes ni en aparecidos, pero sí creo que bajo todo esto se oculta una mano criminal que provocará muchas muertes, si no la detenemos a tiempo.

—Le ayudaré en todo cuanto pueda, joven.

—Necesito conocer el testamento de Boyleston. ¿Cómo fueron distribuídas las propiedades?

—La granja fué dejada por partes iguales a Avery y Ernesto, pudiendo yo vivir aquí y disfrutar de ella hasta mi muerte. Si ellos mueren primero, el único pariente existente sería Oliver Albright, y la propiedad pasaría a él. Eso es todo.

El asunto era por cierto menos complicado de lo que Dale había imaginado.

—Por supuesto, si Avery o Ernesto se casaran y tuvieran un hijo, las cosas cambiarían de aspecto, ¿verdad? Si ellos murieran la criatura heredaría todo.

La señora Boyleston pensó un momento y después asintió. Pero antes de que Dale pudiera reiniciar la conversación, Oliver Albright entró en la sala acompañado de Marcela Rolfe. Poco hacía que conversaban los tres cuando Ernesto entró también. Fruncido el ceño, miró a la pareja y brucamente habló:

—¡Marcela Rolfe, no es menester ya que vengas a esta casa!.. Avery ha muerto. Y tú — dirigiéndose a Oliver, — entrarás aquí cuando alguien te llame.

Nadie había visto a Juan Keefe aproximarse a la puerta entreabierta. Dale observó que sus puños se cerraban, mientras una mueca de desagrado se dibujaba en su rostro. Ernesto se había retirado a su pequeño escritorio, al lado de la sala. Dale se preguntó si sería posible que Juan estuviera también enamorado de Marcela.

—¡No hagas caso, Marcela! — dijo Juan desde la puerta. — ¡Puedes entrar aquí cuando quieras! Nadie te lo prohibirá.

Juan avanzó hasta llegar al lado de Marcela. Sus ojos delataban la adoración que le profesaba. Oliver lo comprendió, pero nada dijo. Al cabo, ambos jóvenes salieron, y Juan marchó detrás de ellos. Dale se volvió a la señora Boyleston que permanecía muda. Necesitaba aclarar aún otro punto y le habló. Al oír sus primeras palabras, ella palideció.

—Conozco la existencia de un mapa, señora. Harley Boyleston lo guardó durante muchos años. Se lo entregó a usted antes de morir, ¿no es eso?

—¿Cómo ha podido usted saberlo? — exclamó ella, temerosa.

—En realidad le pertenecía a usted. Harley era un hombre bondadoso, pero ese mapa constituyó la tragedia de su vida. Mientras vivió, lo conservó, y al entregárselo a usted le habrá aconsejado que lo conservara o lo destruyera. Esto último él no podía hacerlo, porque en realidad, el mapa no le pertenecía. ¿Usted lo ha guardado, señora?

Ella dudó un instante. Pero al fin contestó:

—¡No! ¡Hace dos semanas que me fué robado!

—¿Quién sabía que usted lo tenía?

—Avery y Ernesto. Ambos me lo pedían constantemente. No quise dárselo porque temía una tragedia. Lo tenía escondido en un florero, pero ahora me desapareció.

—¿Podría usted describirlo?

—No. Pero hice una copia de él, que siempre he llevado conmigo.

De su seno sacó un papel que entregó al detective, quien lo observó cuidadosamente. Al final, con el permiso de ella, lo guardó en su bolsillo. Después, mientras la señora salía para traer alguna bebida con que obsequiarlo, Dale se dirigió al escritorio de Ernesto. Revolvió y encontró un frasco de tinta roja con sus bordes aún húmedos. Retornó de inmediato a la sala. La señora Boyleston volvía ya con una bandeja y dos copas de licor. Aquella noche Wingate lo visitó. Apenas se habían sentados ambos hombres en el balcón, vieron venir hacia ellos a Marcela Rolfe. Parecía agitada y sumamente pálida.

—¡Ernesto recibió también un papel como el mío y salió corriendo para matar a alguien!

Dale y Wingate no esperaron más y partieron veloces hacia la casa de los Boyleston.

La noche era tan obscura como la anterior. Apenas habían llegado allí, cuando una vez más la terrible aparición se hizo presente. Otra vez su color verde se destacó en la obscuridad, y un lúgubre ruido se dejó oír. Pero Dale no dudó ya. Con Wingate y un agente de policía corrió hacia el casco del buque. Pero el espectro desapareció antes de que ellos llegaran. Encontraron a Ernesto Boyleston. Flotaba sobre las aguas, en la misma posición que su hermano, la noche anterior. También estaba muerto. A Dale le pareció raro el hecho de que ninguno de la casa hubiera acudido allí al oír los gritos.

La investigación que una hora más tarde tuvo lugar, no fué más que un duplicado de la realizada la noche anterior. Sus resultados fueron también iguales a los otros, es decir, negativos. Nada en limpio se sacó tampoco del interrogatorio hecho a los miembros de la familia Boyleston. La anciana tenía un papel igual en tamaño y estilo al anterior, aunque redactado de diferente manera. Decía:

"Seguirás el camino de todos los que tienen sangre de los Boyleston."

La amenaza era evidente, pero una vez más la policía se encontró sin la más mínima prueba de asesinato.

A la mañana siguiente, bien temprano partió con Wingate y un oficial de policía hacia él lugar del crimen. Al llegar al casco saltaron, mientras el oficial quedaba de guardia con órdenes terminantes de no permitir la entrada a bordo a ninguno. La marea había bajado haciendo fácil la operación. Dale se dedicó febrilmente a buscar la entrada del pasadizo que, según él, debía existir. Hora tras hora continuaron la búsqueda hurgando en los más apartados rincones del casco. Hacía tiempo ya que la hora de almorzar había pasado, cuando los esfuerzos del detective obtuvieron resultado. Hábilmente disimulada, en uno de los montantes que formaban el casco había una pequeña puerta que funcionaba con bisagras. Al abrirse ésta pudo verse en la arena un amplio agujero. Presurosos ambos bajaron protegidos por la luz de la linterna de Wingate. Durante varios minutos se arrastraron por él. Habían ya avanzado un gran trecho cuando de pronto el aire comenzó a enrarecerse y resultar más pesado. Prosiguieron, sin embargo, y avanzaron varios metros más hasta que la respiración se tornó dificultosa. Dale oyó como Wingate tosía tras él. Algo raro se le había introducido en la nariz:

—¡Gas! ¡Gases asfixiantes!

Despavoridos comenzaron a retroceceder. El policía manoteaba pidiendo aire. Dale creyó que sus pulmones estaban a punto de estallar. Y el gas mortífero avanzaba tras ellos. Al fin llegaron a la entrada del túnel, ¡pero la puertecilla estaba cerrada!

Wingate cayó al suelo medio desvanecido. Dale, haciendo un esfuerzo desesperado, empujó con su cuerpo la puerta. Pareció ésta ceder un poco. ¡Otra vez más! Un último empellón y los clavos cedieron. Arrastró a Wingate fuera del pasadizo, y ya en el casco del buque permanecieron un largo rato silenciosos respirando el aire puro de la tarde que empezaba a declinar. Finalmente pudieron ya pararse y recobrar las fuerzas. Fueron al sitio donde el policía había quedado de guardia y lo encontraron desvanecido. Alguien le había pegado con un objeto duro en la cabeza dejándolo inconsciente.

El agua fresca pronto reanimó al policía, y los tres emprendieron el camino del regreso. Al llegar a la comisaría lo primero que hicieron fué pedir varias caretas contra gases asfixiantes. Debieron, sin embargo, esperar hasta la mañana siguiente antes de que éstas llegaran. A requerimiento de Dale, cinco policías fueron colocados durante la noche, alrededor del casco, para evitar que el criminal pudiera entrar o salir de él. Dale invitó a Wingate a cenar en la casa de los Rolfe. Pero al finalizar la cena se produjo algo que debía apresurar los acontecimientos. Se hallaban sentados en el jardín cuando Marcela llegó hasta ellos.

—¿Ha visto usted a Oliver, señor Dale? — preguntó. — Me prometió venir a cenar esta noche conmigo, pero ya son las ocho y aún no ha venido.

Como tocado por una descarga eléctrica Dale se alzó de un asiento, comprendiendo repentinamente la verdad de todo.

—¡Cielos! ¡Qué Dios nos ayude! ¡Pronto Wingate! ¡El fantasma aparecerá otra vez esta noche, a menos que lleguemos a tiempo para evitar otro crimen!

Partieron ambos veloces, mientras Wingate daba gritos llamando a sus hombres, que corrieron presurosos tras de ellos.

¿Hacia dónde corría Dale? ¿A quién querían salvar? ¿Qué provocó en Dale la seguridad de sus sospechas? ¿Quién era el fantasma de Scrymley?

Vea el lector la respuesta en la página 60.

NUESTRA CONDUCTA

SOBRE LAS PRESENTACIONES



Mediante la presentación se inician las relaciones tanto en la sociedad como en los demás actos de la vida. Desde luego, las presentaciones pueden ser circunstanciales o convenidas, y cada una tiene su especial importancia. Dícese "convenida" a toda presentación que se hace para que dos personas se conozcan, o por pedido de dos personas que desean conocerse. Desde luego, ambas personas tienen que estar conformes en ella.

En cuanto a las circunstanciales, son aquellas que se hacen por obra de la casualidad, en cualquier lugar o momento.

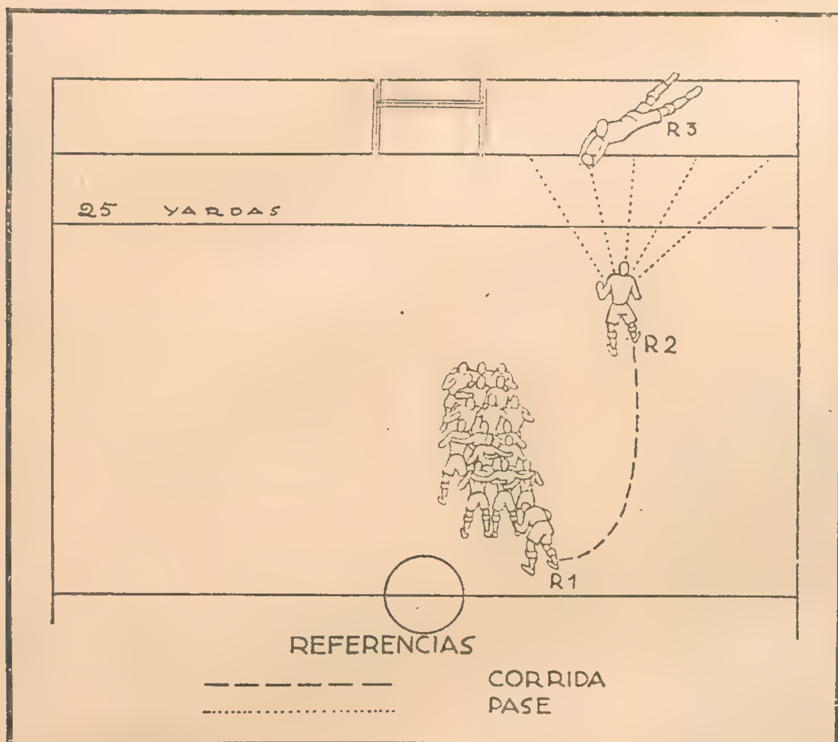
En unas y otras, quien presenta es responsable, moralmente, de su presentado, ya que no puede suponerse que éste no sea persona de su conocimiento y confianza. Cuando no existen razones especiales, nadie debe negarse a presentar una persona a otra, y, al hacerlo, es con el firme propósito de que puedan resultar buenos amigos.

Desde luego, debe tenerse amistad con la persona a la cual se le va a presentar un nuevo amigo.

En todas las presentaciones, tanto al iniciarse como al despedirse, debe ponerse de manifiesto la satisfacción que se experimenta por la nueva relación. Entre damas, la presentación se hace como entre caballeros.

MI JUGADA FAVORITA

Por ARTURO RODRIGUEZ JURADO



De los ases de nuestro rugby, Arturo Rodríguez Jurado es el más popular y uno de los jugadores más capaces. El público lo llama cariñosamente Mono, y el apodo es, sin duda, el que siempre más corean los aficionados al deporte en los campos de juego. Parece que el vocablo fuera algo así como un estimulante, por cuanto cuando el Mono siente gritarlo, emprende veloz e impresionante carrera buscando siempre sacar ventaja para su team, que lo es San Isidro. Es también uno de los deportistas más completos, pues ha practicado diversos sports, destacándose netamente en boxeo y rugby. Basta decir que es uno de nuestros primeros campeones olímpicos, por cuanto en los juegos realizados en París, en 1928, conquistó el título de campeón de peso pesado, al vencer por puntos al púgil holandés Oly. En rugby fué en diversas ocasiones jugador internacional, y durante más de seis temporadas integró el equipo del San Isidro, que fué trece veces consecutivas campeón.

Este famoso y popular player describe así su jugada favorita:

"Cuando en un costado de la cancha se forma un scrum, mi puesto está en la tercera línea, desde el cual siempre estoy atento para cubrir la cancha en procura del adversario que logre sacar la pelota, y a la vez defiendo también nuestro campo. Si del scrum salgo con la pelota en mi poder, inicio entonces veloz carrera haciendo dribbling, y después de haber sorteado a los rivales y ganado bastante terreno recojo la pelota, la aprieto con todas mis fuerzas contra el pecho y me lanzo decididamente en busca de la línea del try. Si consigo éxito en todas las maniobras puedo decir que he ejecutado la jugada que más me agrada realizar. Prefiero entre las variantes que la misma puede ofrecer, realizar mi juego desde el centro del field, para en último caso procurar correr por los costados del mismo, pero más me satisface efectuar mi rush por el centro del campo de juego.



"Hay también otra jugada que me gusta mucho. Desde mi puesto en el centro de la tercera línea, y suponiendo que mi scrum saque la pelota y se abra el juego de los backs, trato entonces en la medida de mis fuerzas y recursos de aumentar el número de mi línea de backs, para así poder serle útil al team desde la zaga, en el momento oportuno y contener la arremetida de los rivales."



Si Ud. desea subscribirse a la revista *Mundo Argentino* debe llenar el presente cupón y enviarlo en la forma siguiente:

(Para la Capital Federal se atienden pedidos de Subscripciones por teléfono. U. T. 60 Caballito 1020 al 1029)



Sr. Administrador de la EMPRESA EDITORIAL HAYNES Lda.
Río de Janeiro 252 — Buenos Aires

Sírvase tomar nota de mi subscripción a la revista "MUNDO ARGENTINO", por el término de........ para cuyo efecto adjunto la cantidad de $........... moneda legal.

NOMBRE Y APELLIDO ....
....
CALLE .... Nº .....
LOCALIDAD ....
PROVINCIA......... F. C. ......

Precio de Subscripciones

Capital-Interior:
1 año (52 números)....... $ 9.— %
6 meses (26 números)...... „ 5.— „

Exterior:
1 año (52 números)....... $ 15.— %
6 meses (26 números)..... „ 8.— „

NOTA: Las subscripciones se anotan en la fecha que se recibe su importe (el que debe ser remitido en Giros Postales o Bancarios, Valores declarados, cheques sobre esta plaza), y únicamente por los períodos indicados en la presente tarifa.

CORREO CINEMATOGRÁFICO

Por KING



Milton Sills

★ **MILTON SILLS había nacido en Chicago (EE. UU.), el 10 de enero de 1882** y murió el 15 de septiembre de 1930. Se había divorciado de Gladys Winner y casado con **Doris Kenyon**, de quien tenía un hijo. Se educó en la Universidad de Chicago, y luego de haber viajado por todo Europa, nació en él, el deseo de convertirse en actor dramático. De regreso debutó en un teatro americano de escasa importancia, en El mísero. Esto ocurría en 1909, y ya en 1914, el famoso director Mauricio Tourneur lo vió actuar. Se interesó por él, haciéndolo debutar en el cine, en la película **El abismo**. Siguieron luego sus triunfos en **Arenas quemantes** y **El honor**, para consagrarse luego en **El halcón de los mares**. Falleció de resultas de un ataque al corazón mientras jugaba al tennis. Actualmente su viuda ha vuelto al cine filmando **Alejandro Hamilton** con **GEORGE ARLISS**.



John Gilbert

a **L. Aragno.**



Lon Chaney

★ **RAMON NOVARRO; Metro Goldwyn Mayer Studios, Culver City, California. BILLIE DOVE: Warner Bros Studios, 5842 Sunset Boulevard, Hollywood, California.** De nada.

a **Montevideanita.**



Charles Chaplin

★ La seriedad de esa empresa cinematográfica que usted me cita en primer término es un vulgar producto adulterado. Le aconsejo, pues, que no muerda ese anzuelo porque se va a enfermar. La cinematografía Valle se dispone actualmente a filmar una película en Usuahia. Los "Studios Ariel" no funcionan más.

a **Violeta.**

★ No sé cómo hay que hacer para ingresar al teatro. Las tablas no son mi fuerte, a parte de que me seduce más la pantalla.

a **Una Pelirroja.**

★ **MAURICE CHEVALIER nació en Menil Montant (Francia), el 18 de julio de 1899.** A los seis años de edad asistía con su madre a las exhibiciones teatrales que semanalmente tenían lugar en el teatro Palais du Travail. Fué expulsado de la escuela por su poca aplicación al estudio, y a pesar de poseer gran vocación artística, fué carpintero, mecánico y electricista antes de ser actor. Debutó en el "Trois Lions", y un año más tarde era contratado para actuar en el Casino des Tourelles, ganando doce francos por semana. Progresó hasta que trabajó con la famosa Mistinguet. Luego vino el gran paréntesis que abrió la guerra, su retorno con la cantante y su actuación en París. Aquí en Buenos Aires hizo una temporada en el teatro Porteño con su actual esposa, **Ivonne Vallee**. Debutó en **Inocentes de París**, y su última es **El teniente de la sonrisa**, con **CLAUDETTE COLBERT**. Pueden escribirle a **Paramount New York Studio, Long Island City, New York.**

a Dos admiradoras de Maurice.

★ Eso de que **EMIL JANNINGS** es quien se traga casi toda la película en **El ángel azul**, es algo de lo que no me había enterado. Gracias por el dato...

a **Lucía Rosario.**

★ **A FLORENTINO DELBENE** escríbale a Sociedad Cinematográfica Argentina, Montevideo 458, Capital. Gracias por las felicitaciones y hasta la próxima.

a **Raquel.**

★ **ERNESTO VILCHES** hace en **Cheri Bibi** dos papeles, porque más tarde, al morir el barón, decide tomar su personalidad y poder de esa manera vivir al lado de Cecilia. **Cheri Bibi** no es un cínico al negar que él mató al padre de ella, sino que dice la verdad. Quien lo mata es el barón, que luego enferma y muere cuando **Cheri Bibi** lo visita en su dormitorio. Además, otro es el móvil que en realidad induce al artista a transformarse en el barón; es el deseo de probar que él no fué quien mató al padre de Cecilia. La confesión, como usted recordará, brota inconscientemente de los labios de la que era amante del barón y amiga de Cecilia. Y colorín colorado...

a **Sor Inés.**

★ Sospecho que usted se ha equivocado de dirección, y en lugar de enviarle esa apasionada declaración a **JOHN GILBERT** o a **RAMON NOVARRO**, me la ha enviado a mí. De todos modos, no se aflija. Haga de cuenta que no me ha enviado nada. Que yo también haré de cuenta que no he recibido nada.

a **J. D. S.**

RAMON NOVARRO

Lugar de nacimiento: Durango (Méjico).
Fecha: 6 de febrero de 1899.
Nombre verdadero: Ramón Samaniegos.
Estatura: mts. 1.70.
Ojos castaños. Cabello negro.
Soltero.

Actor exquisito, músico sensible y cantor delicado, sabe dejar tras su actuación un recuerdo feliz y la sensación de haber visto y escuchado a un verdadero actor. Si acaso algún defecto quisiéramos hallarle lo encontraríamos en su rostro un tanto infantil, que le ha impedido asumir papeles donde la trágica expresión facial haga digno pendant con su poderosa emotividad dramática personal. Filma en la actualidad "Susan Lenox" con Greta Garbo, hacia quien llega, no como tantos otros en los comienzos de su carrera, sino en pleno vigor artístico y en la época en que derrocha a manos llenas el valioso tesoro de su sensibilidad y de su hermosura.

★ **A TOM MIX** escríbale a **The Standar Casting Directory Inc. 614 Taft Building, Hollywood Boulevard, Hollywood, California. (EE. UU.)**

a **Eduardo Varela.**



Ramón Novarro

★ No puedo negarle que quisiera ser amable con usted, pero resulta que en los momentos de escribir estas líneas tengo un dolor de muelas que no me da tiempo a pensar en esas delicadezas. ¡Pero al menos tengo el consuelo de que, aunque el dolor me hace ver las estrellas, no me fastidia gran cosa porque ya estoy acostumbrado a verlas todos los días! **DOLORES DEL RIO nació en Durango (Méjico), el 3 de agosto de 1905.** Se llama en realidad Lorita Asunsolo, **mide 1.58 metros, ojos obscuros y cabello negro.** Viuda de Jaime Martínez del Río y casada en Agosto de 1930 con el director Cedric Gibbons. Estuvo enferma varios meses, pero ahora se ha mejorado y pronto filmará parlantes.

Maurice Chevalier

a **Dilo con flores.**

Tom Mix

★ **EMIL JANNINGS** desempeñó dos papeles en **Fausto. GEORGE LEWIS** es mejicano y **HANS SCHLETTOW** austríaco. Este último, además de **¡Volga, Volga!**, filmó también **Asfalto** y **La canción de la troica**. La película muda que más público arrastró aquí fué **Alta Traición**, de **EMIL JANNINGS. La quimera del oro**, de **CHARLES CHAPLIN; El fantasma de la Opera**, de **LON CHANEY** y **El barquero del Volga**, de **WILLIAM BOYD**, lograron mucho éxito.

Emil Jannings

a **Juan Senatore.**

★ Sinceramente eso que van ustedes a hacer me parece una gran pavada. Además, el dinero que tienen no es mucho, que digamos, si se considera el estado actual del cambio. **PAUL ELLIS** no creo que pueda hacer mucho por ustedes, pues apenas si logra él aparecer a cada muerte de obispo en alguna parlante española. **MONA MARIS nació en Buenos Aires el 7 de noviembre de 1910**, y se llama en realidad María Rosa Amidee Capdevielle. Actuó en diversos teatros de Alemania hasta que pasó al cine. **RODOLFO VALENTINO murió el 23 de agosto de 1926.**

a **China y Raúl.**

(Continúa en la pág. 61)

TANGO A LA YANQUI

Fué un sábado por la noche. La sala se hallaba repleta. Pasaban una cinta de Joan Crawford, la media naranja de Douglas Fairbanks. Era "El mundo que baila". Y por supuesto, para hacer honor a tal título fué necesario hacer que alguien bailara. La cosa ocurre en un yate donde todo el mundo se aburre soberanamente. Joan quiere alegría, diversión, risas... Y cree la cosa más plausible del mundo ponerse a bailar. ¿Un fox-trot, un blue? ¡No, nada de eso! ¡Un tango! ¿Y saben ustedes cuál? ¡Asómbrense! ¡Tocaron "A media luz"! ¿Quién no recuerda esta música que tanto furor hizo entre nosotros? ¡Pues eso bailaron! ¡Y había que verlos a Joan y a Lester Vail, el galán, prendidos en ese tango! Mezcla de danza apache, de chacarera y de baile clásico, daban ganas de matarlos a los dos. Ella lucía una falda sumamente estrecha en la cintura y amplia abajo, de manera que al dar vueltas como una tonadillera, ¡olé!, la falda formaba a su alrededor un abanico que ya quisiéramos tenerlo en los días de verano! ¡Y él! El no encontró, ¡pobrecito!, indumentaria más apropiada para bailar un tango que un sombrero calañés... Y a todo esto, entre el menjunje de danzas con que ambos se despachaban, el "A media luz" se dejaba escuchar con una velocidad espantosa. A mí se me figuraba que los músicos se hallaban ya avergonzados y querían terminar cuanto antes. Y cuando "aquello" finalizó, el público, nuestro público porteño, que sabe lo que es tango, que sabe sentirlo, no exteriorizó desagrado alguno contra lo que acababa de ver. Se limitó a demostrar su compasión mezclada con un poco de humorismo. Y entre risas y cuchicheos el público porteño dejó oír su aplauso. Y la sala entera batió palmas rindiendo así un "cachador" homenaje a quienes tan bien sentado continuaban dejando a nuestro tango...

EN ESTE CONSULTORIO CINEMATOGRAFICO

Todos los lectores entusiastas del cine hallarán un medio fácil y seguro para enterarse de las novedades ocurridas en la Meca del cine, así como de cualquier otro dato referente a este tema.

La correspondencia debe ser dirigida a RIO DE JANEIRO 300.

A USTED LE CONVIENE SABER QUE...

...cuando Marlene Dietrich llegó por vez primera a Hollywood, la Paramount le asignó uno de sus camarines más pobres. Ella era tan tímida que ni siquiera se atrevió a protestar. Pero desde entonces hasta ahora, las cosas han cambiado mucho y el camarín de Marlene ha progresado tanto como ella. Hay en él una pequeña cocina, tres teléfonos, refrigeración eléctrica, etc.

...además de decepcionar a sus admiradores al casarse con Virginia Valli, Charles Farrell hizo algo peor aún. Al regresar de su luna de miel pesaba doce kilos más que cuando partiera.

...el cabello de Alice White es rojizo. Hace poco tiempo lo tiñó y ahora ha vuelto a adoptar su antiguo color.

Cambiándole la cara a una mujer

(Del "Household Friend")

Cualquier mujer que no esté satisfecha con su tez, puede cambiarla y tener una nueva. El pequeño velo mortecino de cutícula vieja es un estorbo y debe quitarse para dar lugar a que aparezca la piel vigorosa y nueva que hay debajo, dejándola respirar. Un remedio antiguo y casero, sumamente sencillo, puede realizar este trabajo. Compre cera pura mercolizada en una farmacia seria y aplíquesela todas las noches en el rostro, lavándose con agua caliente por la mañana. La "mercolida" absorbe toda la piel muerta y deja un cutis hermoso y fresco como el de un niño. Naturalmente, desaparecen todas las imperfecciones de la epidermis, tales como pecas, manchas, barrillos, quemaduras de sol, etc. Es de uso agradable, eficaz y económico. El rostro sometido a este tratamiento, parece a los pocos días mucho más joven.

Hojeando los últimos libros

Comentarios de LUCAS GODOY

Octavio R. Amadeo: "Domingo Faustino Sarmiento"

Edición del autor. Buenos Aires. — El doctor Octavio R. Amadeo ha publicado en un folleto la conferencia pronunciada en el Jockey Club de Buenos Aires, el 30 de junio de 1931 sobre la personalidad perennemente actual de Domingo F. Sarmiento. Pocas figuras de nuestra historia habrá que mantengan un contacto íntimo con la posteridad que la de ese viejo glorioso que no tuvo más título que el de maestro y sin otra preocupación que la enseñanza a lo largo de su vida. En los últimos veinte años, los libros y los ensayos han brotado en torno de su gloria, espontáneos, admirativos, fervorosos. Y es que entre todos los escritores argentinos, Sarmiento es el único indiscutiblemente clásico y con un valor en cierto sentido universal. Si se nos preguntara cuál es el libro argentino que podría interesar a un extranjero, no se nos podría ocurrir otro nombre que "Facundo", no sólo por su estilo vigoroso y límpido, sino, además, por la doctrina, el pensamiento, la tesis.

Figura no sólo prócer, sino íntimamente vinculada a los destinos presentes de la nacionalidad, Sarmiento mantiene por eso una vitalidad que no presenta ninguno de los otros héroes del pasado, y casi no hay un escritor argentino que no haya sentido la tentación de narrarnos la manera cómo el grande hombre lo conmovió o lo sedujo. En trazos breves, casi siempre de buen gusto, el doctor Octavio R. Amadeo ha trazado ese retrato a su manera: un conocimiento acabado del modelo, una simpatía cordial por su figura, un entusiasmo indisimulado por su gloria. No podría pedirse a una conferencia, máxime como en el caso actual en que el autor no se reduce a un aspecto, sino a la totalidad, documentación inédita o contribución original, pero tal como Sarmiento aparece a través de la prosa de Amadeo, fuerza es admitir el acierto del pintor y la contagiosa emoción de su pincel.

O. Muñoz Maines: "El milagrero de Santa Magdalena"

Editor Glusberg. Buenos Aires. — La laboriosa novela que el señor O. Muñoz Maines acaba de publicar, pertenece al grupo de esas narraciones hispano arcaicas que tan de moda estuvieron hace algunos años, y cuyo más notorio culpable ha sido entre nosotros el señor de Larreta. El motivo propiamente histórico es casi siempre lo de menos: ya se trate de "La gloria de don Ramiro" o de "La boda de don Juan", lo esencial reside en exhibir un dominio acabado del idioma, un señorío de los vocablos más abscónditos, una afición de coleccionista por viejas palabras enterradas o herrumbrosas...

Cuando creíamos ya, y al parecer con alguna razón, que la moda había concluído definitivamente, el señor O. Muñoz Maines viene a demostrarnos nuestro error o a probarnos quizá que no vive muy al día. Su novela arcaizante, con notas aclaratorias para colmo — excesivamente pedagógicas las más, como la explicación, por ejemplo, de la palabra simonía, — inspira al mismo tiempo casi tanto respeto como fatiga: y si lo primero sería injusto negarlo ante el esfuerzo que representa "El milagrero de Santa Magdalena", lo segundo es también imposible de disimular como impresión sincera del lector...

Maruja Vidal Fernández: "Los látigos invisibles"

Compañía Ibero-Americana de Publicaciones. Madrid. — Una habilidad innegable para el romancillo y el cantar, dan a la señorita Vidal Fernández un puesto destacado entre nuestras poetisas. Pero muchos otros defectos, de pereza o de abandono, malogran en gran parte sus otras realizaciones. Véase la distancia que media, por ejemplo, entre la suave gracia de "Romancillo ingenuo" y la afectación almafuertiana de "Riganelli".

Una producción quizá demasiado fácil conspira contra la propiedad del idioma y la justeza adecuada de los ritmos. Tal como aparece en este sucederse alucinante de paisajes, se la adivina siempre deteniéndose un instante entre el torbellino de sus viajes para captar al azar una impresión o aprisionar nerviosamente alguna imagen. Pero de la impresión o de la imagen captadas en lo vivo, apenas si llega hasta el lector un eco semiapagado o un color semidiluído. "Los látigos invisibles" dejan por eso, una impresión de algo apresurado, inconcluso, demasiado escrito en el camino.

LA HISTORIA DE DOS VIDAS (Continuación de la página 45)

Desde luego, confieso que yo he contribuído a producir la situación actual.

¡No te alarmes! No ha sucedido nada inconveniente, ni sucederá. ¡Estoy hecha a prueba del fuego y sólo aspiro a que la gente suponga una realidad que no existe. Porque Horacio está hoy desorientado y si por acaso llega a pensar en mi conducta, no sabrá a qué atenerse. Quiero que las apariencias me condenen, para ver si de este modo logro reconquistarlo. No me resigno a perderlo sin luchar. La vida de una mujer sola está llena de riesgos inútiles, de asechanzas, de emboscadas. Claro es, que sabría defenderme de ellos con destreza a esta edad, antes de mis treinta años... ¿Pero y después? ¿Dónde van — me he preguntado muchas veces — aquellas con las cuales el destino no se mostró generoso, cuando el otoño comienza a revelar sus primeras canas? ¡Están solas en la vida; brillaron como un destello apenas un instante, se asomaron a un mundo turbulento e inquieto, amaron y fueron amadas con locura, conocieron de cerca la atracción del abismo en los brazos del hombre que las hizo suyas y cedieron a pasiones exaltadas y frenéticas¡... Pero... ¿y después? ¡Ah! ¡Marinés querida!... ¡No imaginas la lucha que se desencadena en mi pobre corazón atormentado por el dolor!... ¡Quiero vencer, necesito reconquistarlo a cualquier precio; si no pudiera lograrlo, entonces... no... no... no quiero decirte más... la pluma se resiste a trazar uno solo de los pensamientos que en tropel quieren precipitarse a su extremo!... ¡Tengo miedo... mucho miedo!...

Te beso llorando

GRACIELA.

(Continuará en el próximo número)

Una moda que se ha impuesto

Nos referimos a los cabellos claros, que hoy están en boga y hacen furor en las grandes ciudades europeas.

Personas recién llegadas de París nos afirman que toda niña y hasta las damas que se precian de elegantes, lucen sus cabellos color oro, obteniendo así en el rostro ese aspecto agradable de juventud y belleza, no igualado por ningún otro medio.

Con este motivo se han preparado productos de tocador que realizan a la perfección el maravilloso cambio de los tintes del cabello.

Entre los más renombrados cabe destacar la Manzanilla Verum, que hasta ahora ha dado entera satisfacción por su resultado insuperable y su sencilla aplicación. Se usa en casa como una loción y en 3 o 4 días da al cabello el tono de color deseado. En las buenas farmacias se obtiene la Manzanilla Verum, pronta para el uso y envasada en frasco que alcanza para varias aplicaciones.

PARA LAS MADRES

Por "EL MEDICO DE GUARDIA"

SEQUEDAD DE VIENTRE

Contra la sequedad de vientre en las criaturas uno de los remedios más eficaces es el conocido bajo el nombre de "PETROLAGAR" "numero uno", es de importancia la numeración de este remedio, pues son varios sus números y de distintos efectos.

Todas las noches, antes de la última lactada, se le administra al niño una cucharadita, hasta que éste normalice su vientre.

Contestando a "Una madre agradecida", de Tupungato.

ICTERICIA

En los recién nacidos el color de la piel es rojo obscuro los primeros días. Más adelante la piel se torna rosada. Al primitivo color, en un 80 por ciento, le sucede una ligera ictericia (color amarillo). Es normal y desaparece a los 15 o 20 días.

Pero si tarda más o es muy intenso el color, tomando las conjuntivas, coloreando fuertemente las orinas y tornándose blancas en vez de amarillas doradas las deposiciones, entonces ya no es benigna, ya no es fisiológica. Consulte a un médico. Puede ser grave.

Contestando a "Mamita joven", de Justo Darac, San Luis.

LA DESINFECCION ES EL ARMA MAS PODEROSA DE QUE DISPONE LA HIGIENE CONTRA LAS ENFERMEDADES TRANSMISIBLES.

La pregunta que usted nos hace es imposible contestar, y mucho menos sin ver al enfermo. Sólo podemos decirle que esos defectos físicos como el de su hijo, en la mayor parte de los casos son curables poniendo al enfermo en manos de un buen especialista.

Cdo. a "Argentino", de Santa Fe.

EL NIÑO CAMINA

Una madre no debe nunca apresurarse por que su niño camine, él lo aprenderá por sí solo a su debido tiempo, con tal que se le deje la libertad suficiente.

En una alfombra, en la cama camera, suele empezar a ponerse de pie, agarrándose a algún objeto, y ensayar poco a poco sus primeros pasos agarrándose de los muebles o de la mano de sus padres. Cuando ocurra esto hay que facilitar la tendencia del niño tomándolo por debajo de los brazos y acompañándolo de esta manera.

Cdo. a "Vicenta", de Berazategui.

✣ ✣ ✣

LA CRIANZA

Después de los dos meses es conveniente darle el pecho cada dos horas y media para que la madre pueda descansar más tiempo, y a los cuatro meses se le da cada tres horas.

Cdo. a "Marilisa", de Santa Fe.

La cura de desintoxicación

Estamos intoxicados crónicamente por las condiciones de la vida moderna: hacinamiento de ciudades y habitaciones, aire viciado, exceso de trabajo físico e intelectual, insuficientes períodos de descanso, alimentación excesiva o defectuosa, etc. La mayoría de nuestras enfermedades proceden de esta intoxicación continua. He aquí los remedios:



Nuestros antepasados empleaban los "depurativos": borrajas, lúpulo, berros, zarzaparrilla, etc., y debiéramos imitarlos, sobre todo al cambiar las estaciones, aunque quizá necesitemos usar los purgantes.



Las personas a quienes asuste o repugne el ayuno completo, deberían alimentarse, durante un día por semana a los menos, con kilo y medio de frutas, tomado en cuatro comidas, y beber agua mineral.



El que se vea obligado a vivir en la ciudad, debe, periódicamente, buscar el aire puro y el descanso del campo. El mejor método sería pasar en el campo todos los días festivos de cada semana.



Después de un baño templado o una ducha, acostarse en habitación silenciosa con la ventana abierta y en cama ni muy dura ni muy blanda. Por la mañana, lavar todo el cuerpo en agua fresca y hacer quince minutos de gimnasia sueca. El domingo practicar algún deporte no violento ni prolongado.



El mejor remedio de todos es el ayuno, que tiene dos ventajas: la de dejar descansar los órganos de la digestión y la de limpiar el organismo del desecho de la nutrición. Todos debieran ayunar un día a la semana, reemplazando las comidas por bebidas de tisanas, té, café o caldo de legumbres.



Cada dos meses, tomar cinco días seguidos en ayunas una dosis laxante de salino. Al mediodía y por la noche se puede tomar pan, legumbres verdes, féculas, ensaladas, queso y requesón.



Además del descanso semanal, conviene imponerse la "obligación" de descansar física e intelectualmente tres veces al día: veinte minutos al mediodía y a media tarde, y cuarenta antes de acostarse.



A dichos remedios, añadir una disciplina contra los tóxicos morales; prevenirse contra el pesimismo y las emociones; substituir las imágenes tristes por otras alegres. El pesimismo no es más que un efecto tóxico.

LA DENTICION

Un niño que a los diez y siete meses no tiene más que los dos primeros incisivos es, sin duda, un niño atrasado. No importa que en la actualidad tenga buen peso, buen apetito y buen color. Sin duda, cuando se encontraba en pleno desarrollo ha sido mal alimentado y ha sufrido graves atrasos por enfermedades de la alimentación. Eso lo ha llevado a un principio evidente de raquitismo, que en la actualidad, con los tratamientos ordenados por el médico ha desaparecido, pero cuya consecuencia lógica es el atraso de la dentición. Puesto ya el niño en buen camino, no tardará en aparecerle el resto de los dientes. En un caso como éste puede consultarse con el médico que lo vigila el empleo de la "Tricalcine".

Cdo. a "Y. J. M. de G.", de Rosario.

EL ALIMENTO

Una descompostura, por leve que esta sea, siempre es causa de que un niño pequeño pierda rápidamente peso. La alimentación que usted da a su niño nos parece excelente, pero lo que le produce irregularidad es la falta evidente de método, el peor enemigo de la salud de los niños.

Alimente usted a su niño cada tres horas, no saliéndose de este método por nada. Cúmplalo estrictamente todos los días, sin ninguna variante. El niño se acostumbrará a comer las cosas a sus horas, y la digestión se realizará en forma perfecta, no habiendo nunca en esta forma el temor de las indisposiciones, única causa de los malestares del niño.

He aquí un buen régimen de comida:

A las seis de la mañana: Pecho.

A las nueve de la mañana: Pecho y mamadera (lo que el niño quiera tomar. No pasando de ciento sesenta gramos la mamadera).

A las doce del día: Comidita, que consistirá en una sopita de tapioca, sémola o fideos cabello de ángel, para la cual usted habrá hecho previamente un caldito especial, que hará de esta manera: al agua le pondrá un trozo de carnaza bien flaca, verdurita, zanahorias, porros, perejil y un diente de ajo. Se le puede agregar también un poco de arroz. La sal debe echarse recién a lo último, por no ser conveniente echarla como habitualmente se hace, al principio. Antes de darle la sopita a su nene échesele un chorrito de aceite, con preferencia una buena marca.

LOS PADRES QUE ENSEÑAN A SUS HIJOS A BESAR A LAS VISITAS, SOLO PRUEBAN QUE VIVEN EN UN GRADO DE IGNORANCIA INCONCEBIBLE EN NUESTROS DIAS.

La sopa debe ser espesa, y se le dará al niño un plato sopero medianamente lleno. Si la criatura no quedara satisfecha, puede dársele como complemento un poco de zapallo pisado, con una pizca de papa, al que también se le agregará un poco de aceite, pisándolo hasta convertirlo en una pasta bien suave, a fin de facilitar la digestión. Como postre puede dársele a la criatura un poco de compota de manzanas o de peras, siendo conveniente utilizar siempre para ello fruta fresca. No habiendo fruta puede alternarse con una cucharadita de jalea o dulce de leche.

A las quince de la tarde: Pecho solo.

A las diez y ocho: Mamadera.

A las veintiuna: Pecho solo.

Y NADA MAS HASTA EL DIA SIGUIENTE.

No debe olvidarse de que durante el día el niño debe tomar un poco de agua, sobre todo con los calores. El agua debe ser filtrada o, en su defecto, hervida.

Contestando a "Madrecita triste", de Santa Rosa.

✣ ✣ ✣

PERDIDA DE SANGRE

En caso de una herida, una pequeña pérdida de sangre no puede ser de ningún cuidado, pero si ésta se prolonga ocasionando una hemorragia, conviene llamar al médico de inmediato, pues la enorme cantidad de sangre perdida debilita al herido agravando como consecuencia su estado.

Cdo. a "Pampeano muy agradecido", de Buenos Aires.

Aconsejar a un niño es ennoblecerlo

Caprichoso *motivo* checoeslovaco para *bordado*

He aquí un caprichoso e interesante motivo de bordado checoeslovaco, que se presta muy bien para adornar prendas de lencería, como ser: manteles, colchas, fundas de almohadones, etc. Debe ejecutarse al punto largo o cordón y punto de espina. El color más a propósito para el bordado al punto de cordón es el marrón obscuro, y el azul pavo real para el punto de espina. Como los demás modelos de bordados que ya hemos ofrecido, el presente tampoco ofrece dificultades para su realización.



RECUERDOS DE LA GUERRA DE MARRUECOS

El LEGIONARIO ARGENTINO que

Una nota de F. GOMEZ DE OTERO

Cruz Montero era un muchacho modesto que cometió un crimen impulsado por los celos. Huyendo de la justicia argentina, buscó refugio en las filas de la legión extranjera de Marruecos, donde sirvió a las órdenes del general Millán Astray. Allí fué protagonista de un episodio sensacional: raptó nada menos que a la favorita del sultán. Hoy alterna con los diplomáticos de Europa, y es en París un comerciante que al lado de la mora que raptara vende instrumentos de música y alfombras hechas a mano.

APENAS hace dos años que lo vi. Coincidimos en París, en una cigarrería del bulevar Garibaldi. No me costó trabajo reconocerlo. Allá en Marruecos, en los azarosos días del sitio de Xauen, habíamos sentido en el mismo vivac las emociones de aquellas noches de incesante tiroteo de fusilería y ametralladoras. El estaba alistado como legionario de la cuarta bandera. Yo también iba en ella como enviado especial de un rotativo madrileño para hacer la crónica de la guerra.

Si os digo su nombre, no lo recordaréis, porque cuando ese muchacho argentino huyó de su tierra para formar en la legión extranjera, como era perseguido por la justicia, se alistó con otro nombre. Su delito es fácil que lo recuerden los aficionados a las crónicas policiales de los diarios. Allá por el año 1923, en la provincia de Buenos Aires, una noche abrileña entraron en un restaurante de ínfima categoría un sujeto mal encarado, tipo que presumía de matón y pendenciero, y una mujer no mal parecida. Una hora más tarde, los dos caían acuchillados por el mozo que les sirviera. Fueron a darle celos, y pagaron con su vida el capricho...

Aquel mozo, que ciego de pasión mató a su novia y al sujeto pendenciero que la acompañaba, consiguió huir, y unos meses después estaba alistado en la cuarta bandera de la legión extranjera que fundó Millán Astray.



Hombres de todos los rincones del mundo integran la legión extranjera. Muchos de ellos cambiaron su nombre y echaron tierra sobre su pasado. Así le pasó al argentino Cruz Montero, protagonista de esta verídica historia.

Leyendo hoy en un diario porteño la reseña que hace un cronista social de la comida que el embajador de España en París, señor Danvila, ofreciera al sultán de Marruecos en el palacio de la embajada, viene a mi memoria la hazaña de ese legionario argentino, a quien vi hace dos años en París, llevando del brazo a una hermosa mora, graciosamente trajeada a la europea.

¿Sabéis quién es aquella burguesita parisiense, de ojos negros y tez pálida, que daba el brazo a Cruz Montero, el legionario porteño? ¡Pues es una de las favoritas que tuvo el antecesor de ese sultán marroquí, a quien el diplomático español obsequió con una cena hace pocas noches en la embajada de París!...

raptó a la FAVORITA DEL SULTAN

Oid la hazaña: Cruz Montero era en Marruecos la alegría del campamento. Sus canciones criollas, sus graciosas ocurrencias y sus ingeniosas maniobras para conmover al cocinero de la bandera y conseguir siempre el mejor bocado, eran muy celebradas por sus camaradas y superiores. Recuerdo que cuando a raíz del levantamiento de las kabilas, en 1924, llegó a Africa el general Primo de Rivera, al visitar la cuarta bandera de la legión oyó ponderar la valentía y el buen humor de Cruz Montero.

—¿De dónde eres, muchacho? —le preguntó el dictador.

—Argentino, mi general.

—Dicen que siempre estás contento y optimista. Te felicito. Eso demuestra que no les tienes miedo a las balas.

—Ningún miedo, mi general. Las balas no me asustan lo más mínimo. Lo que me asusta un poco es la velocidad con que vienen.

Pasaron varios meses; un grupo de oficiales españoles, correspondiendo a deferencias de sus colegas del ejército francés, visitaban las zonas de Fez, Mequinez y Rabat. Yo tuve la suerte de acompañarlos en aquella deliciosa e interesante excursión. Con nosotros venía como ordenanza Cruz Montero. Y recuerdo que aquel hombre, siempre jovial y rebosante en su alegría de vivir, sentía extraña nostalgia e intensa melancolía cuando escuchaba en los restaurantes aquellos tangos y rancheras que a maravilla ejecutaban las orquestas.



Aspecto de un campamento de la legión extranjera, donde Cruz Montero era el hombre que animaba con sus ocurrencias a los desalentados y luchaba heroicamente.

En Rabat, en el palacio del sultán, fuimos obsequiados la víspera de nuestro regreso a Tánger con una opípara comida a la usanza mora. Aquella noche vi por última vez en Marruecos al legionario argentino.

Dos días después se iniciaba contra él un proceso por desertor. Transcurridos otros pocos días, llegaba a nosotros confidencialmente, desde Rabat, la noticia de que una de las mujeres del sultán había huído de aquel legendario palacio.



Las moras se cubren el cuerpo con una especie de túnica y algunas son de extraordinaria belleza. Nuestro compatriota le birló la favorita nada menos que al propio sultán.

A decir verdad, a ninguno se nos ocurrió que la deserción del legionario porteño y la fuga de la favorita tuvieran la menor relación. Yo lo he sabido luego, en París, hace dos años, cuando Cruz Montero me presentó a aquella burguesita de ojos negros y tez pálida.

—Es mi esposa —me decía el simpático ex legionario. —Va vestida a la europea, pero es mora... La conocí en Rabat. ¿Se acuerda usted de aquella noche que cenaron en el palacio del sultán?

Y Cruz Montero me sonríe y me dice:

—¡Es la mejor conquista que hice en tierras de Marruecos!

Histórico, lector amigo. En París, en una callecita muy alegre, hay una modesta casa de instrumentos de música y de alfombras hechas a mano. Sus propietarios son el legionario argentino y la ex favorita del sultán.

Un tango a tiempo sobra para un idilio que tiene como epílogo la modesta casa de música y de alfombras de aquella alegre calle parisiense. ¡Como si las cuerdas y los nudos quisieran aprisionar para siempre los amores de aquel legionario argentino con la favorita de un sultán!

LAS AVENTURAS DE CHOCHA



FIGURINES Y LABORES

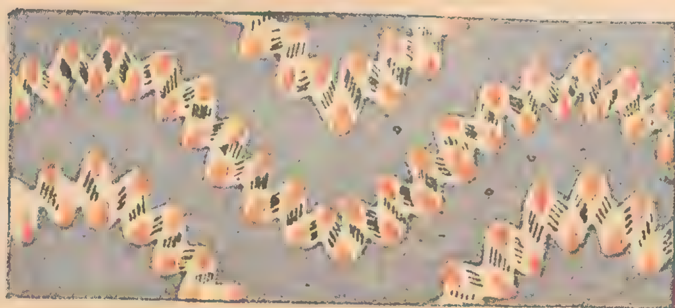
1.—Vestidito en tela de algodón blanco. Galones de tonos vivos.

2.—También en tela de algodón blanco es este vestidito, pero está adornado con borduras multicolores.

3.—Modelito de jardinera, en algodón verde, compuesto por delantal y sombrero.

4.—Vestido de franela roja. Adornos blancos.







5.—Guardapolvito de piqué blanco con puntos de fantasía rojos.

6.—Trajecito de bebé, en franela blanca, con adorno rojo.

7.—Modelito en velo, con adornos multicolores.

8.—Vestidito en tisú, con bordados y fruncidos.

9.—Trajecito de bebé, en batista blanco. Cinta en los hombros.

10.—Otro modelito para bebé, en sedita rosa. El cuello recortado en estrella.

11.—Modelo para bebé, en tela de algodón moteada.





12.—Este otro modelo es en muselina blanca, con moños rosados.

13.—Vestido largo, en tela blanca, con finos bordados.

14.—Saquito de bebé, en franela rosa.

15.—Tapadito largo, en franela, formando capuchón. Finos bordados.

PARA LOS NIÑOS

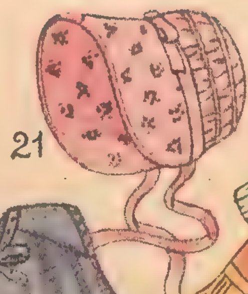




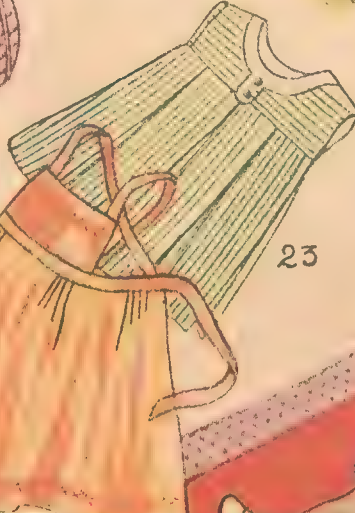




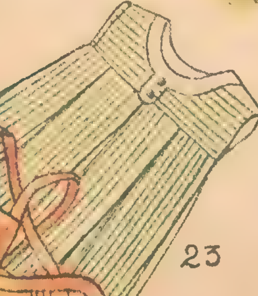
















16.— Delantalcito en tela. Todo el borde recortado en dientes.
17.— Vestidito en sedita, adornado de encajes y nidos de abejas.
18.— Gorrito para bebé, en cretona de seda.
19.— Trajecito en tela festonada.
20.— Vestidito en velo, con adornos punteados.
21.— Modelito de gorro, en cretona de seda floreada.
22.— Delantal en satinette, adornado con bordados.
23.— Sencillo vestidito, en zefir rayado.
24.— Tapiz de franela roja para sentar al bebé.
25.— Tapado en franela, formando pellerina. Bordados en ésta, el cuello y las mangas.
26, 27 y 28.— Tres lindos modelitos, en tela de algodón, con dibujos vivos.

LA CIENCIA DE PREGUNTAR

ESPERANZA. — *El destino de los nacidos el 11 de mayo no está bien aclarado aún. Si usted es una persona sensata comprenderá que ser fatalista o supersticioso no conduce a nada. Además, nosotros creemos que cada hombre es dueño de su destino, según sea su capacidad para triunfar en la vida.*

●●

DAMITA LILA. — Para preparar quimbos se deslíen, en un vaso de leche, 100 gramos de harina, añadiéndose 250 gramos de manteca derretida. Se le agrega después almíbar caliente preparado con 400 gramos de azúcar y un vaso y medio de agua, uniéndose todo con 18 yemas de huevo, bien batidas. Cuando toda la mezcla está convenientemente preparada, se vierte en moldecitos untados previamente con manteca y se colocan en una asadera con poca agua hirviendo. Se cuecen al horno y se sirven fríos.

●●


Tipo chino. Monje

PACIFISTA. — *Compartimos sus conceptos acerca del conflicti chino-japonés. En cuanto a la cuna del milenario pueblo chino, según los libros sagrados y las tradiciones, ella fué la actual provincia de Kan-su, desde donde las masas emigraron a los valles del Hoang-ho, luchando varios siglos contra las poblaciones aborígenes, y, siendo a su vez, víctima de los ataques de los manchúes, turcos y mongoles. El tipo más puro del chino se conserva actualmente en las provincias centrales.*

●●

ROSARIDA BELL. — Diríjase a un empresario teatral. No hay ningún oficio de escritor reglamentado que sólo les permita escribir a los mismos. La "profesión" de escritor no exige diploma como la de médico, abogado, ingeniero. Por lo tanto, puede escribir y publicar quienquiera, sin restricciones de ningún género, salvo las impuestas por la moral y las buenas costumbres.

●●

PADRE. — La frase de Carlos Marx a que usted se refiere es la siguiente: "Los niños deben hacer la educación de los padres." Quería con esto decir que la sensibilidad, la cultura, las maneras de un padre deben afinarse con el sentimiento de la paternidad. Carlos Marx ponía en práctica este pensamiento. Era amado con locura por sus hijos y jamás les hizo sentir el peso de su autoridad.

●●

PULMARDI. — Diríjase a la secretaría del Colegio Nacional Central, sito en la calle Bolívar entre Alsina y Moreno.



ESTA de más ponderar la importancia de esta sección que venimos publicando semanalmente. Muchas veces el lector se habrá visto perplejo ante cosas aparentemente simples, pero que de momento no ha podido resolver. Toda consulta que se nos haga sobre los más diversos asuntos, trataremos de satisfacerla lo mejor que podamos. Cuantos se hallen en la duda respecto a cualquier motivo, diríjanse por carta a la Dirección de MUNDO ARGENTINO, firmando con su nombre o seudónimo, y responderemos a la brevedad posible en forma sintética y clara.

LA DIRECCION.

LOS LECTORES QUE PREGUNTAN

NICOLEÑO. — Efectivamente, la "Casa del Acuerdo" de San Nicolás será reparada. El gobierno expidió un decreto, por el Ministerio de Obras Públicas, fijando la suma de $ 19.588.49 para llevar a cabo las obras necesarias. La "Casa del Acuerdo" fué declarada de utilidad pública por ley, el año 1919.

●●


¡Cuidado con los mosquitos!

BELGRANENSE. — *El escozor que produce la picadura del mosquito es debido a que, al picar, vierte en la herida una gotita de un líquido como saliva, que contiene propiedades tóxicas. Ese líquido evita la coagulación del líquido sanguíneo y permite beberlo con su trompetilla. La Naturaleza es sabia.*

●●

ESTUDIANTE DEL LICEO. — Según Bello, la división natural de París, en sus sílabas, sería Par-ís. Según la regla general del silabeo que establece que, cuando una consonante está entre vocales, acompaña a la vocal que la sigue, París se divide Pa-rís. El uso, por otra parte, ha impuesto esta última forma, que nos parece la más sensata.

●●

X. X. — La temperatura anual media de Florencia es de 14°6.

VECINO DE "MUNDO ARGENTINO". — La fama del gran actor Antonio Vico se debe, sobre todo, a sus interpretaciones del teatro de Echegaray. Sus principales éxitos fueron "El gran galeoto", "De mala raza", "La muerte en los labios", "El loco Dios", así como "La vida es sueño" de Calderón de la Barca y "Juan José" de Joaquín Dicenta, obras éstas últimas que definen sus condiciones para el teatro clásico y el realista, respectivamente, además del romántico.

●●

CURIOSO. — Los icebergs siguen las rutas de las corrientes oceánicas. En los sitios, por ejemplo, donde coinciden corrientes cálidas y frías hay siempre aglomeración de estos enormes bloques flotantes de hielo. Tal sucede cerca de Islandia, y, sobre todo, de Terranova, donde, en los meses de abril, mayo y junio, la navegación se hace peligrosa, sobre todo en los días de niebla, en que no pueden ser divisados.

●●

CARRERISTA. — El Premio Jockey Club fué ganado por Botafogo en 1917, el Premio de Honor en 1918 en 3.45 3|5 los 3.500 metros. El Premio Nacional en 1917 en 2.39 3|5 los 2.500 metros y el Premio Internacional en 1917 en 3.8 4|5 los 3.000 metros. El récord de los 3.000 metros lo posee Macon con 3'6".

●●

GENOVEVA. — *Las uñas encarnadas se deben, generalmente, a una mala práctica al cortarlas. Recurra a un pedicuro.*

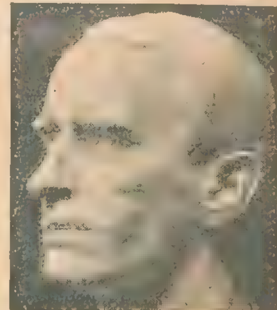
EL ARTE DE CONTESTAR

UNO DE FIUME. — *El hundimiento de los cruceros Amalfi y Garibaldi, durante la guerra, persuadió a Italia de que debía valerse de las insidias de la lucha de submarinos y barcos ligeros. Los grandes acorazados fueron encerrados en Pola y Cáttaro. En cuanto a su última pregunta, las ciudades de Ancona, Barletta y Trani fueron bombardeadas varias veces por los navíos austríacos.*

●●

ENEMIGA DE LA MELENITA. — El argumento "bíblico" que usted ha oído esgrimir contra la melenita y que desearía conocer, debe ser tomado de la primera epístola de San Pablo a los Corintios. En el capítulo II, versículo 15, dice: "Por el contrario, a la mujer criar el cabello, le es honroso; porque en lugar de velo, le es dado el cabello."

●●


Cabeza de Tschiffely, por During

DEPORTISTA. — *Aimé Tschiffely es suizo. El recorrido, a caballo, entre Buenos Aires y Wáshington fué de más de 20.000 kilómetros, en su célebre raid. Salió de Buenos Aires el 23 de abril de 1925 y llegó a la capital estadounidense el 29 de agosto de 1928. Don Emilio Solanet fué quien le facilitó los dos caballos, Gato y Mancha, que se han hecho tan famosos como el mismo Tschiffely.*

●●

GONZALITO. — *El "Zoófilo argentino", órgano de las sociedades protectoras de animales del país, trae la noticia de esa corrida de toros, a que usted se refiere, efectuada en Charata, localidad del Chaco. A su debido tiempo, el gobernador del territorio, impuesto de la denuncia contra semejante espectáculo, informó que no se había solicitado permiso para el mismo. A pesar de ello, la lidia tuvo lugar. Todo esto, ateniéndonos a la información del mencionado órgano de publicidad.*

●●

DOS EN DISPUTA. — El campeonato Sudamericano de Foot-ball por la copa América fué ganado, desde 1920 hasta 1927, cuatro veces por los uruguayos, en los años 1920, 1923, 1924 y 1926; tres veces por los argentinos, en 1921, 1925 y 1927, y una vez por los brasileños en 1922.

●●

JOVITA. — El soneto que comienza "Me amas como a tu vida, me dijiste" es de Joaquín Dicenta. Lamentamos que la falta de espacio no nos permita transcribirlo. Por otra parte, lo que usted deseaba saber era el nombre del autor...

deja solos, bailan hasta caer rendidos, y todo termina ahí. Pero son terriblemente desconfiados, y si se enteraran de que los blancos pretendieran intervenir en el asunto, se irritarían y no se sabe lo que podría resultar. Nos han dado ya bastante trabajo con sus malditos ritos secretos.

Para conformarnos se nos improvisó una excursión al través de tabacales, ríos llenos de cocodrilos y poblaciones lacustres en que los cerdos viven en

LA MASCARA DE LA MUERTE

(Continuación de la página 39)

chiqueros que apenas se levantan un palmo del agua, y en que niños de bronce cuelgan en canastas de junco desde cualquier rama o poste.

A nuestro regreso nos encontramos con un formidable alboroto en el pueblo: había acontecido algo horrible.

Los indígenas guri bari, que se distinguían fácilmente por su insolencia y sus narices ganchudas, estaban contentísimos: la próxima cosecha sería abundante, puesto que el sacrificio se había cumplido en forma que no podía ser más satisfactoria. En lugar de un cerdo o un gallo se había inmolado un hombre señalado por su dios o su demonio, y no un hombre común, sino... ¡un hombre blanco!

Nos costó trabajo conocer los detalles de la tragedia, pero una noche, cenando con un jovencito que desempeñaba un cargo en la policía, conseguimos que satisfaciera nuestra curiosidad.

— No lo divulguen, porque me comprometerían — nos dijo.— Aunque todo el mundo lo sepa, se guarda el secreto y nadie tiene conocimiento oficial del enojoso incidente. La verdad es que un explorador de la región pantanosa ha sido asesinado. No sé cómo se colocó en el trance que le costó la vida, perc sirvió de víctima en la fiesta a que ustedes querían asistir. Y lo más curioso del caso es que uno de esos curiosos "totems" que ustedes deben haber visto por ahí fué encontrado pendiente de su puerta. Creíamos haber terminado con todas esas inmundicias, con la brujería y con el canibalismo, pero... ¡ya ven ustedes!...

Le rogamos que nos permitiera ver el "totem" y nos condujo al edificio de la policía... Sí; allí estaba... Era el mismo: la repulsiva mascarilla que habíamos visto en casa del comerciante. Supimos, tiempo después, que éste y su mujer se habían mudado a otra parte de la isla.

FIN

EL OTRO HOMBRE

(Continuación de la página 37)

—¿Una casita? — preguntó Julia.

— Sí; me mudo mañana. Ya he abusado demasiado de la hospitalidad de ustedes. Darío me ayudó a buscarla.

— Dígame, Darío, ¿estará aquí, en la ciudad, para mi fiesta de la semana que viene?

— Posiblemente no, porque yo también me voy..., pero yo me iré muy lejos.

Magda había tomado una casita afuera y Darío se iba. Era fácil llegar a una conclusión. Y todo esto sucedía en la casa de su esposa.

Poco rato después Darío se retiró y Julia fué llamada al teléfono. Blas se volvió hacia Magda. Estaba tan iracundo que casi no podía hablar:

— ¿Qué quiere decir todo esto?

—¿A qué se refiere usted?

— ¿Quién es el que paga esa casita?

— Ese no es asunto de su incumbencia.

— Es muy de mi incumbencia. ¡Contéstame! ¿Son ustedes amantes?

— Tenga cuidado con lo que dice.

Magda se puso de pie, orgullosa y arrogante.

— Es una gran suerte para mí marcharme de esta casa. — díjole fríamente. — Su comportamiento en los últimos días era intolerable. Nada más que porque fuí amable con usted, tiene usted la audacia de pedirme explicaciones. Usted es demasiado burgués, Blas. Francamente, le permití que me hiciera el amor porque no tenía a nadie más a mano. En cuanto a la fidelidad, eso lo dejo para las esposas.

Terminó con un carcajada aguda y lo dejó. En el hall se despidió de Julia. Ya en la calle, se dijo:

— ¡Pobre Julia! ¡Y cuánto se jactaba de que Darío no miraría jamás a otra mujer que a ella!... Sin embargo, ¡cosa tan rara! A Julia no parecía importarle mucho mi triunfo. ¿Será ella tan artista que ha sabido fingir tan bien?...

Julia volvió a la sala. Blas estaba allí contemplando fijamente el fuego. Alzó los ojos y la vió. La dulzura y la bondad de su mujercita le ganaron el espíritu. Sus sentimientos reaccionaron repentinamente.

— ¡Julia! — la llamó quedamente.

— ¿Qué quieres, Blas?

— No puedes figurarte qué contento estoy de que ella se vaya. ¿No podríamos irnos nosotros también?

— ¿Irnos? ¿Adónde?

— A algún sitio lejos de aquí. Me parece que tanto tú como yo necesitamos unas vacaciones. Vámonos juntos, querida, y gocemos otra luna de miel.

Julia no osó preguntarle el porqué de todo aquello. Bien que lo sabía. Abrió los brazos y lo aprisionó en ellos.

Pero Julia no podía dar las cosas por terminadas. Estuvo despierta casi toda la noche pensando en Darío. Era demasiado noble para ser juguete de Magda. Lo llamó por teléfono a la mañana siguiente, mientras que Magda empaquetaba sus cosas, y le preguntó si podía ir a verlo.

Darío se hallaba en el hall del hotel cuando ella llegó. Viendo su rostro, sintió una súbita punzada de dolor.

— Hay un salón de escribir donde nunca escribe nadie — dijo Darío. — Vamos a él y estaremos tranquilos.

Cuando llegaron al escritorio, ella dijo:

— Darío — comenzó. — Tengo algo muy delicado que decirle.

— Si le dijera que ya sé de lo que se trata, ¿le facilitaría la tarea?

— No creo que usted lo sepa.

— ¿Y si yo fuera un brujo? — le dijo burlón. Y en seguida:—Permítame que le muestre algo.

— ¡Cómo! ¿Un pasaje para Bombay?

— Sí. Fíjese ahora en la fecha.

— ¡El 15! ¡Cómo! ¡Si mañana es 15!... Entonces la casita...

— El contrato de seis meses por esa casita es un regalo de despedida para Magda. No le he dicho aún nada de mi viaje. Le daré la noticia esta tarde, cuando la lleve a su casita. Seguramente se enojará, pero su enojo no me preocupa.

— Entonces, Darío, ¿usted no está enamorado de Magda?

— ¿Enamorado de ella, después de haberla amado a usted?...

— Sus palabras me avergüenzan...

— ¿La avergüenzan, por qué? ¿De luchar por su propio marido? Nunca he visto nada más valeroso. Confieso que al principio no estaba muy seguro de lo que se proponía usted de mí, pero muy pronto caí en la cuenta. Sabía que Magda y su esposo se entendían. Los había visto en un restaurante una semana antes. Y en la India también había dado ella mucho que hablar. Si al fingir que conquistaba a Magda he abierto los ojos de su marido, he cumplido con lo que me propuse por salvarle de sus garras.

— Usted es un hombre como pocos.

— De ninguna manera. Soy un hombre muy común, Julia.

— No; común, no. Blas y yo somos otra vez muy felices, y a usted le debemos nuestra felicidad.

— Si eso es verdad, con ello me doy por muy bien pagado.

FIN

EL FANTASMA DE SCRIYMLEY

(Continuación de la página 48)

Al llegar al costado del buque, Dale no se detuvo, y rápido saltó a su interior seguido por Wingate y sus hombres. Miró hacia el sitio donde pocas horas antes había descubierto la entrada del túnel. La puerta estaba entreabierta. Una forma humana corrió en aquella dirección, pero Dale saltó sobre ella. Mientras luchaban, un haz de luz iluminó el rostro de aquella figura.

¡Era Juan Keefe! Con un desesperado esfuerzo, éste se deshizo del dectective, y lanzando un grito atravesó la puerta. Se oyó el ¡clik! de la puerta al cerrarse.

—¡Pronto, Wingate! ¡Que algunos de sus hombres vayan a la casa de los Boyleston! ¡Saldrá por allí!

Se oyeron varias órdenes rápidas, y Dale se sumergió en las aguas, que ya cubrían gran parte del casco. Vió un bulto negro y lo aprisionó, sacándolo a flote. Era Oliver Albright. Rápidamente le tomó el pulso.

—¡Vivo aún, gracias a Dios!

Quitaron el cuerpo de allí y lo tendieron sobre la arena. Varios minutos de flexiones y masajes hasta que la respiración comenzó a tornarse normal. Media hora después Oliver era conducido, débil, pero fuera de peligro, a la casa de los Rolfe, donde fué atendido por Marcela. Pero Juan no apareció ni por la puertecilla ni por la casa de los Boyleston.

—No creo que vuelva más, Wingate. Prefirió asfixiarse con gas antes de enfrentar a la justicia. Mañana, cuando nos lleguen las caretas, extraeremos su cadáver.

Instantes después Dale y el comisario regresaban.

—Aún no puedo creerlo — decía Wingate. — ¡Parecía un tipo tan decente!

—Y lo era — contestó Dale. — Pero hacía tiempo que algo roía su alma. Al principio cualquiera de ellos hubiera podido ser el culpable. Sospeché de Ernesto por un momento, pero su muerte, ocurrida anoche, echó por tierra mis sospechas. A Doreen no le tomé muy en serio. No parecía tener la inteligencia suficiente como para forjar un plan tan diabólico. Después vino el joven Oliver, pero no podía creer en la posibilidad de que Marcela amara tanto a un criminal. Todo es cuestión de psicología en estos crímenes, y esa psicología es la que siempre acaba por ahogar al criminal. Ella siempre nos hace sospechar de una persona determinada. En los dos días que permanecí aquí observé que Juan nunca demostraba el menor afecto por su madre. Al principio supuse que la aparición del fantasma de Scrymley guardaba relación con la primera tragedia. Después la verdad apareció sola. Juan Keefe fué ese fantasma que al decir de las gentes prosiguió su camino la noche en que Joe Keefe fué muerto. El padre había hecho resurgir primero al duende. Al caer, de inmediato Juan ocupó su lugar. Presenció el asesinato de su propio padre, lo que provocó en él deseos de venganza. Sin embargo, su madre al casarse con el viejo Boyleston aplazó, con su bondad para ambos, esa venganza. Pero a partir del fallecimiento del viejo las cosas cambiaron. Juan se preparó para castigar. Habrá tardado muchos meses en cavar ese túnel que comunicaba la casa de los Boyleston con el casco del buque hundido. Pero alentado por el deseo de vengarse lo hizo. Hasta el joven Oliver, que no era más que un primo en aquella familia, se hallaba en la lista de sus futuras víctimas. Nada sobrenatural podía ocurrir. No podemos creer en tales cosas. Con el túnel, el duende constituía una cosa sencilla. Simples fuegos de artificio y una sirena fué todo lo que empleó para aparecerse ante los ojos aterrados que lo observaban. Aparte de esto, los papeles escritos en tinta roja nos atestiguan que nada anormal era aquello. Pero ahora el fantasma de Scrymley ha desaparecido para siempre.

—Pero el mapa — interrogó Wingate, — ¿qué hará usted con él?

—Mañana — replicó el detective sonriendo, — daremos caza al tesoro.

Tal como el detective lo había previsto, Juan Keefe fué al otro día encontrado en el túnel, asfixiado por los gases. En una caja, en el mismo túnel, cerca de la casa de los Boyleston, se encontraron los fuegos de artificio al lado de una gran placa de metal de brilloso color verde. Había, además, una sirena con un pequeño disco que la hacía girar. Sobre el cuerpo estaba el original del mapa, partido en dos pedazos, que le fué devuelto a la anciana.

Dos días después, de acuerdo con las indicaciones encontradas en el papel, se hicieron las excavaciones necesarias. Pero tal tesoro no existía en realidad. Tan sólo hallaron allí un esqueleto humano cuyos huesos, al ser tocados, se reducían de inmediato a polvo. Por los dos aros que junto a él fueron encontrados, el viejo Gabriel reconoció aquellos restos. Eran los de Scrymley, compañero de correrías del pirata Fergus.

Poco a poco el recuerdo de aquella doble tragedia se borró de la mente de aquellos aldeanos, hasta no quedar del famoso fantasma de Scrymley más que un recuerdo ingrato que el tiempo sabiamente borraba.

FIN

VIAJES DE TRES MINUTOS PARA LEER EN LA CLASE:

ZANZIBAR (Africa)

La famosa ciudad de Zanzibar, localizada en la isla del mismo nombre, que se encuentra fuera de la costa Este de Africa, fué durante muchas décadas cuartel principal de los mercaderes de esclavos de ese continente. Hoy constituye aún un punto comercial importante, aunque no es su movimiento comercial lo que más atrae la atención del viajero.



Aspecto característico de una calle de Zanzibar donde las razas de todo el mundo transitan diariamente.

El marcado contraste de los tipos que forman su población es, fuera de toda duda, su nota más destacada. Sus edificios, de vivos colores, emergiendo graciosamente por entre un conjunto de palmeras, es original. Sus calles son curvas, y tan estrechas, que un hombre, de pie en medio de una de ellas, puede tocar con los brazos extendidos las casas de cada acera. Las puertas son de una belleza que asombra. Hechas muchas de ellas en ébano trabajado a mano, están reforzadas por fuertes barras de artístico hierro. En las calles se tropieza con representantes de las más diversas razas del mundo. Hay árabes, miembros de todas las especies hindúes y blancos que se encuentran allí de paseo o con propósitos comerciales. La Catedral Católica Romana de Zanzibar es formidable, por su estilo de construcción Renacimiento que le da gran valor. Hace aproximadamente cien años constituía el centro comercial de marfil y de esclavos más grande del Este de Africa. Treinta mil negros pasaban por sus calles anualmente para ser vendidos o comprados. Por supuesto, en la actualidad no existe tal clase de comercio. Este ha sido suplantado por el tráfico de los diversos productos procedentes de las selvas africanas.

UNICA HISTORIA DEL CABALLITO...

(Continuación de la página 40)

son invisibles, y si aman las calles desiertas es porque entonces se hacen la ilusión que la ciudad les pertenece. Y aquella noche entre las noches de los cuentos, el Mago del Bonete Puntiagudo advirtió que, por primera vez, el escaparate de la juguetería aparecía como en pleno día, pues Maese Pedro se había olvidado de ponerle los postigos.

Y no pudo menos que admirar al caballito de madera, que estaba tieso entre las varas del carro, más hermoso que nunca, porque la luz de la lámpara bañaba sus ancas lustrosas, finamente torneadas, y los llamativos lunares de su piel. El Mago del Bonete Puntiagudo silbó como él sólo sabía hacerlo, y el caballito de madera paro las orejas como sólo saben hacerlo los animales de verdad. Volvió a silbar el mago, y el caballito dió un paso. Luego movió la cola, y, por último, al cuarto silbido dió un relincho.

En ese mismo momento Maese Pedro se incorporó en el lecho.

—He soñado — se dijo a sí mismo — que el caballito de madera sabe relinchar.

Y corrió a la vidriera, comprobando, con gran sorpresa suya, que se había olvidado de cerrarla.

—¡Bah! — exclamó. — No lo han robado.

Y como hacía frío silbó para olvidarse de ello, mientras se restregaba las manos, y como el mago sabía cuál era la intención de Maese, silbó también, al mismo tiempo, confundiendo su silbido con el del amo. Y el caballito de madera paró las orejas. Volvió a repetirse la operación por parte de ambos, y así por cuatro veces. Y el caballito de madera dió un paso, movió la cola y relinchó como sólo saben hacerlo los animales de verdad.

—Soy el hombre más feliz de la tierra — exclamó Maese Pedro, — por-

que sin saberlo, mi silbido tiene la propiedad de dotar de movimiento a mis juguetes, como si se tratase de una mágica cuerda.

Y trató de ensayarlo con una muñeca, y como el mago invisible le siguiera y silbara también como sólo saben hacerlo los magos, la muñeca cerró y abrió los ojos, dijo papá y mamá, movió la cabeza y dió un paso con sus gordas piernas de cartón.

—Bien. Bien — dijo Maese Pedro. — Mañana será otro día y sabré, en realidad, si estoy soñando o si mi silbido hace mover las piedras.

Y volvió a su lecho.

Pero al otro día, silbó y silbó y el caballito de madera permaneció tan inmóvil que no parecía el mismo de la noche anterior. El Mago del Bonete Puntiagudo no volvió por la tienda, pero al anochecer, Maese Pedro volvió a olvidarse de colocar los postigos a la vidriera, y a medianoche se despertó sorprendido, pues le parecía que el caballito de madera había vuelto a relinchar. Corrió al escaparate y se reprodujo la misma escena que tanto le había sorprendido antes.

Y silbando, silbando, salió del negocio, y tras él el caballito de madera. Y pronto se juntó un público que los siguió por las calles. Y el día amaneció, y el caballito de madera seguía trotando tras Maese Pedro. Y salieron al campo. Y llegaron a las márgenes de un río. Y Maese Pedro ya estaba cansado de silbar, tenía la boca seca, y el hambre y la fatiga lo acosaban, pero le parecía tan extraño todo aquello, que cuanto más tiempo pasaba más deseos le entraban de hacer funcionar el misterioso mecanismo del caballito de madera.

Y a la tarde del día siguiente, unos labradores que volvían de su faena, encontraron a Maese Pedro, muerto en el camino; y al caballito de madera inmóvil, al lado suyo.

El mago, comprendiendo cuán grande sería su desilusión al comprobar que su silbido no tenía el poder de hacer caminar al caballito, había preferido verlo morir, maravillado de lo que él creía un poder sobrenatural. Y el caballito de madera, desde entonces, no obedece ya a ningún silbido, ni siquiera al del Mago del Bonete Puntiagudo, y permanece siempre en el mismo sitio, de donde no ha osado sacarlo la superstición de los labradores.

Por eso es que hay muchos, muchos caballos en el mundo, pero ninguno como el caballito de madera.

FIN

EL HUMOR EN NUESTROS TEATROS

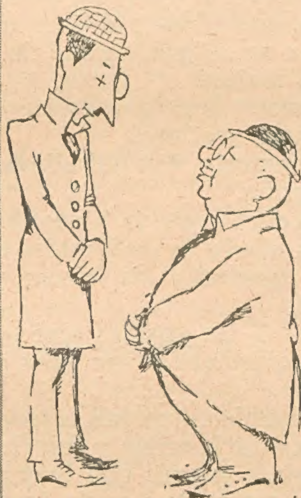
(DE LOS ULTIMOS ESTRENOS)

Apuntes de nuestro dibujante **"GINZO"**



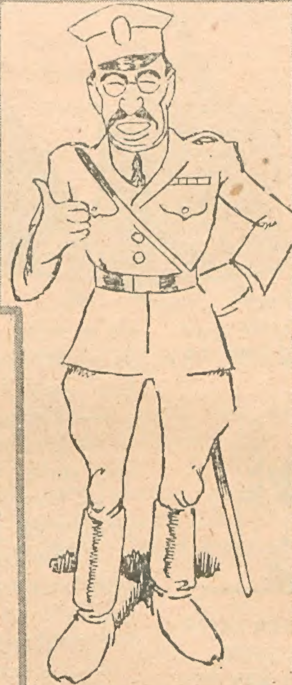
EL NOVIO (D. Oliveira).—Tus ojos son más negros que el mar...
ELLA. — (D. Costa).—¡El mar es azul o verde!
EL NOVIO. — ¿Y el mar Negro?

De "¡A BAHIA E BOA TERRA!..., éxito del TEATRO BUENOS AIRES.



FRANZ (A. Calderilla). — ¿Sabes en qué se parece un plato de sesos a un equilibrista?
FRITZ (A. Lerena). — No.
FRANZ. — En que los dos "sesos-tienen"...

De "NOCHES DE BUENOS AIRES", éxito del TEATRO SARMIENTO.



EL GENERAL (L. Zárate). — Marcelo...
[¡vaya un sujeto!,
quiso apuntarse un [poroto:
se vino en busca de [un voto,
y se encontró con un [veto...

De "¡CHAU, URIBURU!...", éxito del TEATRO SARMIENTO.



ZULEMA (Rosita Arrieta). — Yo lo quería a Roberto... y un día me pidió una prueba...
GAUCHA (Olinda Bozán). — ¡No digás más!... Y ahora le vas a dar una ampliación...

De "LOCOLOCO Y SU FAMILIA", éxito del TEATRO COMEDIA.

CORREO CINEMATOGRAFICO

(Continuación de la página 50)

¡Hágame el favor! ¡Obligarme a desenterrar semejantes fósiles en pleno año 1931! **DOROTHY DALTON nació en Chicago (EE. UU.), el 23 de septiembre de 1893.** Luego de recibir su educación en un colegio católico pasó al teatro (¡para algo le sirvieron esa clase de estudios!), donde luego de actuar por espacio de tres años pasó al cine en la compañía Triangle, bajo la dirección del famoso Ralph Ince. Lo mejor que hizo fué **Rosa de fuego, La aventurera romántica** y **Culpable de amor.** Actualmente está retirada de la pantalla y se ha casado con Arthur Hammerstein. **PERLA WHITE** y **ENID BENNETT** actúan en las tablas y de **MARGARITA CLARK** no sé nada. Y con esto doy por terminadas mis investigaciones históricas.

a **Zytta.**

Envíeme esos dibujos y si son buenos se los publicaré con mucho gusto en esta página. Gracias por sus buenos deseos.

a **Casca.**

Eso de abandonar a su novio por haberse enamorado de **JOSE BOHR** me parece una tontería. ¿Es que no ha tenido usted en cuenta la enorme carestía de candidatos al casorio reinante? Ahora, que si usted espera casarse con José, entonces ya es otra cosa... más tonta todavía. ¡En fin! El caso es que **JOSE BOHR es argentino, actor teatral desde muy pequeño y chansonnier desde los 18 años.** Ha hecho diversas jiras teatrales por toda Europa. Fué el autor de los famosos tangos "Melenita de oro" y "Cascabelito". En una de sus visitas a Estados Unidos la Paramount lo contrató para actuar en el cine. Y hasta ahora sigue actuando.

a **Inolvidable amiguita.**

MONA MARIS nació en Buenos Aires el 7 de noviembre de 1910. Mide 1.65 metros; ojos obscuros y cabello negro. A los seis años de edad se trasladó a Francia, radicándose en París. A los 17 años comenzó a actuar en el cine debutando en **Les serfs,** producción francesa. De allí pasó a Inglaterra y luego a Berlín, donde filmó **Los esclavos del Volga** y **Príncipe mío.** Actualmente se halla en Hollywood filmando parlantes. Está soltera.

a **Una asidua lectora.**

CHARLAS FEMENINAS *Por MESEC TUBAT*



DOMINGO

Es inútil creer en la superstición de que el martes y el viernes son días funestos, en los cuales no debe emprenderse nada importante. Martes y viernes son, por lógica, los días principales de la semana. Se ve que con el modernismo hasta las cábalas se modifican. Pues antes se decía: "Ni martes ni viernes, ni te cases ni te embarques." Y hoy el viernes es el día aristocrático para los casamientos.

El lunes es el día de la lucha encarnizada contra la pereza, contra la rebeldía en la iniciación del trabajo. El martes es, en realidad el día en que se inician los negocios. Miércoles y jueves son de actividad; viernes, éxitos, finalización de lo emprendido; sábado, día medio, día inútil. La civilización ha modificado al almanaque y la superstición.

Falta que nos quiten el domingo. En Rusia no existen ya los domingos; la gente se divide en clases y las clases en cinco colores, cada color descansa al cabo de cinco días.

Nosotros, perezosos por temperamento, nos rebelaríamos si nos impusiesen tal modificación; se rebelarían los niños, y hasta los animales en los potreros renegarían a su manera contra la desaparición del domingo.

Somos unos grandes burgueses; precisamos fiestas a plazos fijos. Aún hay gentes que dan al domingo una trascendental importancia, comen más y mejor, visten de lujo, estrenan nuevas prendas, salen de paseo... Y hay quien se baña... porque es domingo...

SILENCIO

Herida ella y ofendido él. Los dos guardaron silencio, y el silencio prolongado se estableció entre ellos y se enseñoreó de los espíritus, donde la voluntad no pudo ni supo intervenir... Y pasaron los días... El recuerdo punzante traía el nombre a flor de labios, mas el silencio les enmudecía.

Nada hay más grandioso que el silencio. Yo lo mido con frecuencia cuando en mi lógica se dice: "Un minuto de silencio para reconcentrar el pensamiento" en tal o cual cosa, en tal o cual deseo. Y parece un siglo el minuto, a pesar de que el pensamiento reposa siempre sobre una idea grande y noble.

En amor, en amistad, en encono, en perdón, el silencio es terriblemente frío. Lejos de hacer resurgir el afecto, lo mata. Es como labio enmudecido, como corazón que ya no palpita; es como la paralización de la acción. En cierta ocasión, un amante escribía a su amada:

"En medio de este horrible silencio, olvido a Dios, mas no al amor." Pero ocurre que el amor recordado tórnase triste y trágico. Parece que el recuerdo de las horas alegres y del gesto risueño se borrara para sólo mantener en pie la rencilla, con su imagen visiblemente triste, ceñuda, displicente y muda.

El silencio es la antecámara del olvido, y cuando el amor ha vivido en la antecámara algunos días, ya todo es inútil; y aun en el caso en que la voluntad luchara, ¿cómo llenar el tiempo transcurrido? No vale ya ni la charla, ni la ternura, ni la confidencia; nada, nada es capaz de llenar el sitio vacío que el silencio clava entre dos almas.

¿Herida ella y ofendido él? Pues así es el amor. Así es el tren en que el amor se embarca: una piedrecita basta para descarrilarlo. Una querella basta para destruirlo; también en la vida del corazón basta una gota más de sangre que corra por las venas para matarlo.

DIÁLOGOS EN LA PELUQUERÍA



—Bueno, don Giácomo: ya nos falta poquito para dejar de penar; dentro de unos días nomás se habrá corrido el gran clásico Presidente y habremos vuelto a la normalidad.

—Eso se cree usté, pero yo le aseguro que el 8 de novembre recién es cuando vamos a empezar el baile.

—¡Cómo! ¿Usted cree?

—Me extraña, don Mandinga, que usté que ya tiene el cuero duro, todavía no se dé cuenta de esto...



—Yo soy "bonafide", amigo, y nunca ando viendo sombras donde no hay árboles, pues.

—Es que esta sombra no viene de los árboles, sino de las nubes. ¿No ve, mío caro cliente, que el tiempo se está ñublando?...

—Vamos a ver, entonces, qué dice la cátedra.

● ● ●

—El 8 de novembre vamos a tener las elecciones, ¿no?, pero después del 8 de novembre vamos a tener las consecuencias, propiamente lo mismo que cuando uno va a un banquete (que no sea de periodistas) y se pasa un poco con la mayonesa, el vino tinto y los discursos... Ese día andamos muy contentos, andamos, pero al siguiente, a cada rato vamos al espejo a mirarnos la lengua.

● ● ●

"En este banquete de la política también se vamos a indigestar, don Mandinga, porque el plato principal es un plato indigesto, tan indigesto, que después de comerlo a más de cuatro les va a parecer que se han tragado una bayoneta. Y lo peor va a ser que una vez que se la traguen no van a tener más remedio que aguantar, porque para esta clase de indigestión no sirve el aceite de castor.

—Pero se puede cambiar de plato...

—¡No me haga reír! Pero ¿no ve que en este banquete no va a haber más que un "plato único"? Ma..., dígame un poco: ¿usté vive en la Luna?



—No, señor, pero como además de los "niños envueltos a la concordancia" he visto figurar unas "ranas en salsa roja"...

● ● ●

—Así que tendremos que conformarnos con los "niños envueltos".

—Y ¡sólo Dios sabe lo que hay adentro de la envoltura! Otro caudillo de aquí de Mataderos, que es uno de los hicieron la trenza de a ocho, decía el otro día, de mientras que lo afeitaba, que adentro de los "niños envueltos" hay un zorro que cambió de pelo...

—Malo, malo...

—Y dígame, don Mandinga: de entre los dos, usté ¿cuál prefiere?

—Francamente, don aMndinga, yo hubiera preferido gallo.

—Entonces lo que va a suceder es que los que tengan miedo de indigestrse con el "plato único", se quedarán sin comer y esperarán los postres.

—¡Ecco! Y los postres serán macanudos: bollos a la chicolata y bombitas de crema... lacrimógena.

"Con el hambre que van a tener los que se queden abajo de la mesa, y con el efecto de los postres, ¿no le parece que tengo razón para decir que lo mejor va a venir después del 8 de novembre?



● ● ●

"Además, en este banquete va a haber unos ricos bombones, que se va na servir en bandeja de oro. Pero estos bombones son extra y reservalods. El mejor de todos se lo van a dar a Martínez de Hoz.

—Sí, el candidato a gobernador de Buenos Aires de los demócratas nacionales.

—Yo tengo miedo que le haga daño, don Mandinga; se le puede atravesar en la garganta, porque este candidato, ¿sabe?, entiende mucho de "pedigree", pero no está acostumbrado a los banquetes de la política. Además, ¿quién le dice que el bombón no esté envenenado? Como lo habían preparado para un gusto "radicalmente" distinto...

—Sí, era el que se iba a comer el doctor Pueyrredón.

—Y en cambio se tuvo que conformar con una aceituna.

—¿Con una aceituna?

—Sí..., como le dieron el olivo...

● ● ●

—Usted es un espíritu un poco pesimista...

—Espético, nomás, don Mandinga. ¡Y cómo no! Los hombres viven predicando la armonía, la concordia, y usan con frecuencia una gran palabra: "¡la fraternitá!" Y después de tanto discurso, se pelean, se odian, se insultan y hacen todo lo contrario de lo que dicen. ¡Linda filosofía!

● ● ●

"Si los radicales hubieran aceptado la fórmula Gallo-Gallardo el "plato único" del banquete hubiese sido un pucherete de volátil, y todo se habría arreglado perfectamente bien. Pero, ¿qué pasó? Vino la envidia, la angurria de los que en vez de caldo de volátil querían peludo asado, y le echaron cianuro al caldo y al último, mientras que discutían, se les quemó el peludo, ¡y ahora se quedan sin comer! ¿Qué le parece?



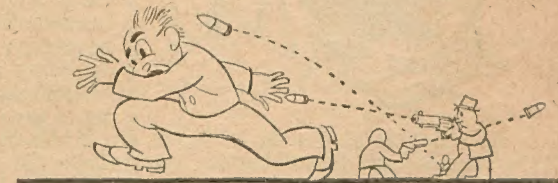
● ● ●

—A usted no le falta razón, pero hay que tener e ncuenta que un país no es como un colegio de pupilos, donde todo se hace al toque de campana y donde se cocina igual para todos.

—Así tendrá que ser: con la disciplina se vive mejor y más barato. Si el país fuera como el colegio, nadie se quejaría de hambre, ni tendríamos que andar por las calles mirando para adentro de los zaguanes para saber adónde meternos por si se nos viene un garrotazo perdido o uno de esos tiros "al aire" que le dan a uno en el mondongo.

—Pero eso no es posible.

—¿Acaso en el colegio no triunfa la inteligencia? ¿Acaso la disciplina no es la mejor educación espiritual de los hombres útiles? Y si todo eso y mucho más se consigue en el colegio, ¿qué no conseguiría un país que supiera disciplinarse como los muchachos estudiosos y trabajar como ellos por la conquista del porvenir?



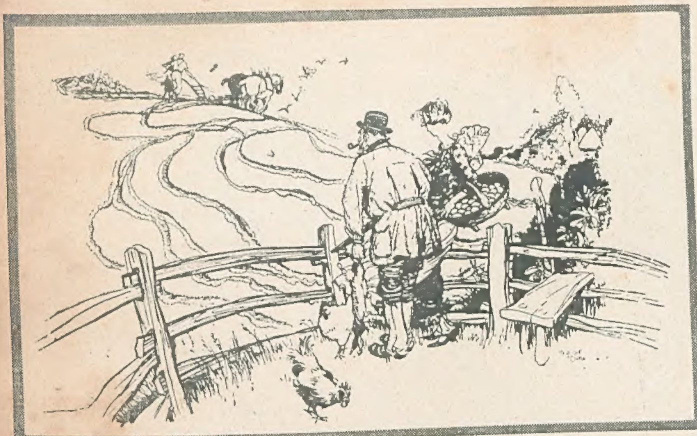
—¡Caramba, don Giácomo!...

—¿Le sorprende, don Mandinga?... Ustedes los criollos tienen mucha parada, pero están necesitando otro Cristófo Colombo que venga a descubrirlos, porque, ¿sabe?, los políticos d'esta tierra confunden dignidá con superbia, libertá con anarquía, y piensan que el orden y la justicia deben amoldarse a su vanitá y a su orgullo...

—¡Qué don Giácomo éste! Me ha tocado el amor propio, pero ¡así nomás es, que caramba!

Por

El Viejo Mandinga



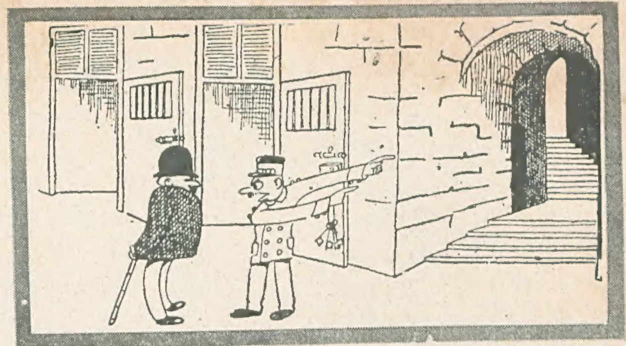
El chacarero. — ¡Qué desgracia! ¡El arador se ha enamorado de nuestra hija!

(De "The Passing Show", Londres)

TOLSTOI Y LAS HUELGAS

Tolstoi no comprendió nunca las huelgas. El derecho de huelga era para él una cosa sin sentido. Explicaba así sus ideas:

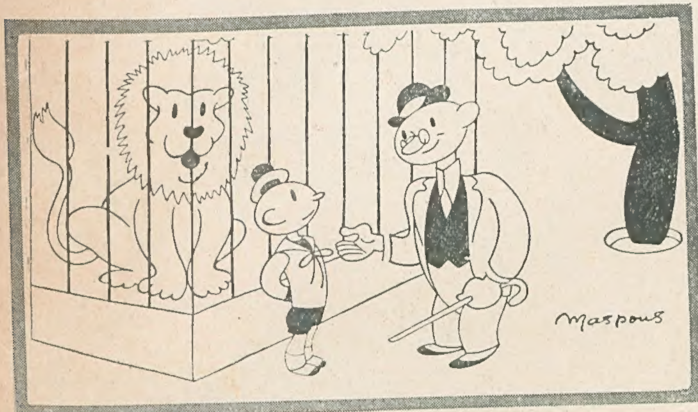
— La huelga me hace pensar en dos ricos que se colocaran frente al mar. Uno de ellos lanza una moneda. El otro le responde con dos. El primero vuelve a lanzar tres; se le responde inmediatamente con cuatro. Y así siguen hasta quedar pobres los dos.



— ¿Qué se hizo de los presos?

— Se escaparon. Pero no se aflija, señor director. Está tan cara la vida, que volverán todos a la hora del almuerzo.

(De "Papitu", Barcelona)



— Supongo que con esta visita a Palermo tendrás ya cierta cultura zoológica.

— La tengo, sí, señor.

— ¡A ver! Cítame seis animales feroces.

— Cinco leones y un tigre.

(De "Gutiérrez", Madrid)

SALPICON

EL HUMORISMO DE OSCAR WILDE

La moral no es más que la actitud que adoptamos con las personas que nos son antipáticas.

¡Los músicos son tan irritables, tan absurdos! Quieren siempre que se vuelva uno mudo, precisamente en el momento en que desearía uno quedarse sordo.



El médico. — No me gusta nada este bulto que tiene usted aquí. Hay que reducirlo.

La víctima. — Ya lo creo que lo reducirá usted. ¡Es mi cartera!

(De "Buen Humor", Madrid)

LA ANECDOTA EXTRANJERA

Diplomacia nipona

En 1867, una embajada japonesa llegó a París, para negociar con el gobierno imperial la apertura de tres puertos franceses para los productos del Japón. En cambio, ofrecían los diplomáticos, en nombre de su emperador, tres puertos franceses de su país para el comercio marítimo entre ambas naciones.

— Elijan ustedes los puertos que deseen — dijo el plenipotenciario japonés; — nosotros elegiremos después.

El ministro de Relaciones Exteriores indicó Yokohama, Yedo (hoy Tokio) y Hanyang.

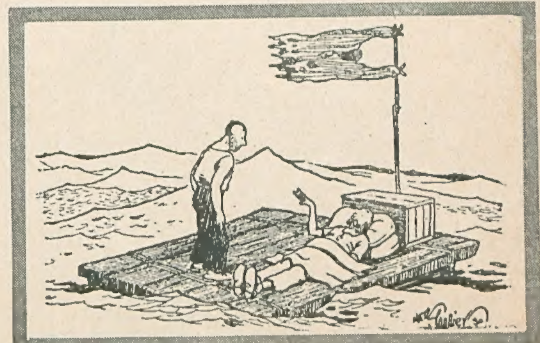
El embajador se sonrió y no hizo la menor observación.

Algunos meses después el Japón contestó diciendo que aceptaba la designación de los tres puertos, y, en cambio, pedía que le fueran abiertos los de Marsella, El Havre y Southampton.

La elección de Southampton, convertido en puerto francés, fué durante varios días la comidilla en todos los ministerios, y desde el jefe hasta el último portero riéronse a mandíbula batiente del error geográfico de los japoneses.

Al fin, con toda diplomacia, el ministro de Relaciones Exteriores explicó al embajador japonés que Southampton no era puerto francés, sino de Inglaterra.

— Ya lo sé — contestó sonriendo irónicamente el embajador, — pero tampoco Hanyang está en el Japón, sino en Corea.



El perfecto gentleman. — Juan, a las nueve me despiertas, y procura que no me interrumpan.

(De "The Humorist", Londres)



— Toma, Felipe. Tú que no tienes nada que hacer, puedes entretenerte en convertir este árbol en astillas.

(De "Blanco y Negro", Madrid)

SOBRE EL AMOR Y LA MUJER

Sígase el primer consejo de una mujer, nunca el último.

Agarrar a un águila por la cola y a una mujer por la palabra, es no agarrar nada.

Una mujer ríe cuando puede, y llora cuando quiere.

Todos los disgustos de las mujeres vienen de no estar en su casa.

La mujer es como la sombra; se sigue y huye, se huye de ella y nos sigue.

Cuando una mujer dice adiós en una visita, es que está a la mitad de ella.

París es el infierno de los caballos, el purgatorio de los hombres, y el cielo de las mujeres.

— ¿Cuándo conoció usted a su señora y cuándo comenzó a amarla?

— Verá usted. Primero la amé y después... la conocí.

EPIGRAMA

Troquemos suertes, amigo,
ya que eres tan liberal;
dame, Fabio, lo que ofreces;
quédate con lo que das.

FRANCISCO DE LA TORRE.



— ¡Vengo a asegurar mi casa contra incendios!

— Pues póngase en fila como todo el mundo.

— ¡Imposible! ¡Mi seguro es urgente! ¡Mi casa se está quemando!

(De "Fantasio", París)

—¿Por qué has terminado tus relaciones con Carlos?

— Porque la otra tarde al pasar por delante de una joyería, le dije que me gustaría que me comprara algo para mi cuello y me compró un cepillo y un pan de jabón.



— No lo insultes, Pedro, que a lo mejor podemos necesitarlo más adelante.

(De "London Opinion", Londres)

— Vamos a ver, doctor, ¿se muere o no mi tío?

— No creo. Lo que es por ahora tiene una salud refractaria a toda clase de medicinas.

IMPRESO EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES LDA. S. A.